

1907  
CUADERNOS DE ESTUDIO

LUIS BELLO

# España durante la guerra

Política y acción de los alemanes

1914

SOBRE ASUNTOS DE ACTUALIDAD

Cuaderno 1.º



EDITORIAL „EUROPA“  
MARQUÉS DE LA ENSENADA, 4. - MADRID







ESPAÑA  
DURANTE LA GUERRA

POLÍTICA Y ACCIÓN  
DE LOS ALEMANES



LUIS BELLO

ESPAÑA  
DURANTE LA GUERRA

*POLÍTICA Y ACCIÓN  
DE LOS ALEMANES*

1914 — 1918



MADRID

EDITORIAL «EUROPA»

CUADERNOS DE ESTUDIO SOBRE ASUNTOS DE ACTUALIDAD

---

---

ES PROPIEDAD  
Queda hecho el depósito que marca la ley.

---

---

**A**L preparar el plan de unos CUADERNOS DE ESTUDIO SOBRE ASUNTOS DE ACTUALIDAD, surgió antes que todos el de mayor interés: „España durante la guerra“. Esta guerra, que ha enriquecido a fabricantes, acaparadores y navieros, ha aumentado también el caudal de temas, conceptos y noticias en circulación; así es que las notas reunidas exigirán varios cuadernos, hasta formar un libro. Al ordenarlas hallé que si era posible hacer de todas un extracto, sirviendo al lector la quintaesencia, valía más aprovecharlas bien, en vivo y en caliente, con su valor actual, no tanto por ayudar a la Historia como por facilitar a los españoles de hoy una visión de conjunto, panorámica, de sucesos que estamos viviendo casi sin darnos cuenta. Anticiparse a la Historia es demasiado. Me basta con reunir datos que nos ayuden a todos a ver las cosas claras.

Escribo estas líneas a los cuatro años justos de empezar la guerra. Nos hemos librado de ella mediante la proclamación de la neutralidad como norma de política internacional. España no manda sus hombres a las trincheras; pero no por eso ha dejado de venir a España la guerra, que llena el mundo y sabe tomar formas cautelosas y subrepticias. Siendo distinto en cada nación neutral el carácter que reviste la lucha entre los dos grandes grupos de pueblos y de ideas, trato de precisar cómo pelean dentro de la neutralidad española los beligerantes.

Fácil es observar tres períodos:

1.º En Agosto del 14 todos los españoles capaces de ver sobre los problemas políticos y militares de la guerra otros problemas morales,

sufrieron inquietudes y preocupaciones de orden intelectual o sentimental. No se preguntaban: ¿Quién triunfará?, sino: ¿Quién merece triunfar? Era el período de examen de las causas, en que todo neutral se sentía juez, y los beligerantes aducían ante él su querrela, sus descargos y sus elementos de prueba. Rápidamente se dividieron las opiniones, y ya hubo entonces gran diferencia entre la previsión, actividad y celo de los procuradores germánicos y la ciega confianza en su mejor derecho revelada por los aliados.

2.º Era preciso determinar la actitud de España. No se trataba de motivos morales, sino de intereses, de posibilidades; es decir, de política. Las fuerzas encontradas, dentro de la nación española dieron una resultante de inercia: la neutralidad. España resolvió no hacer, no intervenir, no optar. La decisión fué el primer triunfo de Alemania en España, puesto que la neutralidad, por razones geográficas, sólo podía romperse a favor de los aliados.

3.º Pero esta inhibición posible, relativamente, para el Estado, para el organismo director, no lo era para la Nación. Entramos, pues, en el tercer período. Son los beligerantes quienes luchan por desequilibrar la neutralidad, y vienen a España, ya que España no ha ido a ellos.

Reuniendo todas las notas referentes a este nuevo factor de la vida interna de nuestra nación durante los cuatro primeros años de guerra, va surgiendo a plena luz una verdad: en España emprendieron la ofensiva los alemanes. Su obra ha sido calculada, pertinaz y resuelta desde el primer día, tanto, que para hacer la historia de España durante la guerra, el mejor método consistirá en seguir cómo va desarrollándose „la política y la acción de los alemanes“.

¿Puede sorprendernos ni escandalizarnos esta verdad después de lo que hemos visto en naciones que luego se inclinaron a favor de los aliados, como Italia y Grecia y, sobre todo, los Estados Unidos? Norteamérica ha sido teatro de la campaña más activa y más intensa. Contribuían a ella, no sólo la opinión dividida, sino los ocho millones de alemanes o hijos de alemanes residentes en los Estados. Fué gigantesca la propaganda de prensa antes y después del „Lusitania“. Se actuó

sobre la opinión, sobre los medios políticos y financieros. Se apeló al terrorismo de huelgas, incendios, explosiones y atentados. Alemania no consiguió, a pesar de todo, evitar las consecuencias de su teoría de la guerra submarina, cifra de sus concepciones generales sobre el derecho de los Estados fuertes. Una gran nación dirigida por el espíritu democrático del presidente Wilson no podía aferrarse a la neutralidad impotente de España con su pobreza de recursos y de ánimo y con su monarquía. Los Estados Unidos dieron, pues, la respuesta más radical a la política y acción de los alemanes en territorio americano, mientras que España se resignó a ser campo de batalla de una guerra oculta.

Hemos de ver en el curso de estas páginas que los diversos géneros de acción de los beligerantes en España se encierran en dos: actos encaminados a atraerse la voluntad de España o a contrarrestar los del adversario en el mismo sentido, y actos que tienden a convertir a España en base de operaciones para hostilizar al enemigo. Los primeros pueden ser de buena o de mala ley. Los segundos forzosamente son de mala ley.

Durante muchos años nuestra nación había vivido lejos de la trama política internacional, y si alguna vez convino el concurso de España a uno u otro grupo de potencias europeas, nunca fué solicitado sino en gestiones diplomáticas. No teníamos, por consiguiente, el hábito de estas luchas, y aún hay gran número de españoles que no se dan cuenta de que en el siglo XX es imposible aislarse. Esos actos de buena o mala ley — ya los estudiaremos —, vienen influyendo en nuestra vida nacional desde el año 14, y han de influir todavía más a medida que nos aproximemos al período crítico de la guerra.

Para saber cuál ha sido esa influencia desde sus orígenes reúno los datos dispersos hasta ahora, públicos casi todos, alguno de ellos inédito y otros que apenas han circulado. Ya sé que acabada la guerra podrá tratarse el tema con más materiales que hoy, pero he dicho que mi propósito no es sólo hacer historia. Y agregaré que tampoco quiero aguardar a que el moro esté muerto para darle una gran lanzada.

L. B.



PRIMERA PARTE

---

LA TRADICIÓN ESPAÑOLA  
EN POLÍTICA INTERNACIONAL



## CAPÍTULO I

### Polémicas sobre el pasado.

*Viejas historias. — La influencia germana en el idioma y en el Derecho español. El gran error de Alfonso el Sabio. — La primera empresa dinástica en perjuicio del reino. — España y Alemania en el imperio de Carlos V. — Grandeza y miseria o el harapo bajo la armadura. — Los Borbones. — Gibraltar. — El péndulo va de Inglaterra a Francia y de Francia a Inglaterra. — El siglo XIX.*

#### 1. VIEJAS HISTORIAS.

**P**ARA toda Europa, para todo el mundo, beligerante o neutral, comienza en Agosto del 14 un período histórico nuevo. Nunca pareció tan peligroso como ahora volver la vista atrás, porque cada pueblo procura labrarse sin prejuicios su porvenir, y la historia del contacto de unas naciones con otras está llena de recuerdos ingratos. Pero como España fué siempre tierra de abolengos y de pergaminos, hemos asistido, precisamente desde esa fecha, a numerosas exploraciones en nuestro pasado, y cuando se trató, por ejemplo, de borrar y desvirtuar la situación efectiva de la política internacional de España a partir de los pactos de Cartagena, se revolvió toda nuestra historia y fueron exhumados como reliquias unas cuantas fechas y otros tantos nombres que llegan, no sólo hasta el emperador Carlos I de España y V de Alemania, sino hasta los reyes visigodos. El mañana nace y se nutre del ayer; es verdad, pero, respetando la tradición, creemos que se ha ido a buscar demasiado lejos los precedentes de la tendencia de España a contrarrestar el influjo de las potencias occidentales, sus vecinas, Francia e Inglaterra.

Pero téngase en cuenta que sería temerario saltar con ligereza sobre tales exhumaciones en un país donde hemos visto hace bien poco tiempo

a un partido político — el partido integrista — conmemorar la intransigencia del rey católico Recaredo, que allá por el año 590 fué gran perseguidor de arrianos. Los tradicionalistas procuran mantener vivo el recuerdo de que nuestra unidad católica surgió en plena dominación visigoda; que el cristianismo español floreció entonces glorificado por su corona de mártires; que la España de los Concilios, la España de San Isidoro, fué grande, y no sorprenderá que haya podido utilizarse tan remoto período histórico para establecer una relación. Al tratar de la literatura de propaganda empleada aquí por los alemanes veremos relaciones más forzadas y más violentas. Surge también el influjo de raza. Verdad es que Houston Chamberlain probó tanto al incluir en el censo germánico a Rousseau y a Descartes, a Miguel Ángel, Leonardo y Donatello, — todos los cuales si hubieran nacido veinte años ha estarían luchando contra los alemanes —, que su doctrina no sirve ya para probar el influjo de suevos, vándalos, alanos y godos en la política internacional española del siglo xx. Más importante que la mezcla de razas es la influencia social de la invasión. Algún trabajo histórico publicado durante la guerra — aunque la investigación, seriamente hecha, sea muy anterior — precisa, por ejemplo, el „elemento germánico del derecho español“. Hay, en efecto, instituciones y costumbres de ese origen, conservadas algunas hasta el siglo xiv. Germánicos son el derecho de venganza en la familia: „la venganza de la sangre“, „la privación de la paz“, el „estado de enemistad“ y otras formas de derecho penal que, con el juicio de Dios y las asambleas judiciales; los gananciales y la dote, pasaron a los fueros castellanos y leoneses, venciendo al derecho penal, civil y procesal romano y al canónico (1). De ello podrían deducirse afinidades y simpatías singulares de raza a raza, cuando, en realidad, es la corriente general de la Edad Media que llega a las costumbres y a las leyes de todos los pueblos europeos. La mayor parte de esas costumbres germánicas chocaron con las ideas del cristianismo y de la soberanía del Estado que impuso la civilización visigoda latinizada. Muchas vencieron todas las resistencias, especialmente cuando, derrumbado el imperio visigótico, constituyen los cristianos independientes sus pequeños reinos medioevales. Pero en esto España no es una excepción. Lo mismo ocu-

(1) Eduardo de Hinojosa: *El elemento germano en el Derecho español*. Madrid, 1915. Publ. del Centro de Est. Hist. Se publicó en alemán, en 1909, en la *Zeitschrift der Savigny Stiftung für Rechtsgeschichte*.

Elemento  
germano  
en el dere-  
cho español

rre en Francia, e Hinojosa cita palabras de Viollet que indican el carácter general de ese movimiento de regresión: „... dès le IX<sup>e</sup> au XI<sup>e</sup> siècle, du sein de l'anarchie spontanée qui succéda à la tentative carolingienne, surgirent des éléments barbares jusqu'alors comprimés ou cachés“ (1). Europa entera se deja invadir por esa marea que acabará por disolverse en la civilización predominante, pero dándola un nuevo matiz.

En la lengua, signo infalible de la relación entre dos razas, puede apreciarse el limitado influjo sobre los españoles. „Parece que los elementos germánicos del español — dice Menéndez Pidal — no proceden, en general, de la dominación visigoda en la Península. El número de los invasores era relativamente escaso para influir mucho; además los visigodos, antes de llegar a España, habían vivido dos siglos en íntimo contacto con los romanos, ora como aliados, ora como enemigos, en la Dacia, en la Mesia, en Italia misma y en Galia y estaban muy penetrados de la cultura romana. Así, hay pocas voces tomadas de los españoles en su trato con los dominadores germanos“ (2). ¿Cuántas palabras germánicas se emplean en español? Un centenar escaso. Casi todas estaban incorporadas ya al latín vulgar antes de la invasión, y son palabras de guerra adoptadas por los legionarios romanos, como en un principio de jerga fronteriza. La mayoría han ido a España desde Francia (3). Es decir, que los germanos nos proporcionan unas cuantas palabras, en cantidad mucho menor que a las otras lenguas romances, pero no influyen cualitativamente dando sonidos, formas o relaciones sintáxicas (4).

Pocas palabras  
de guerra  
germánicas.

Pero sería demasiado fuerte tratar en un libro sobre la guerra en 1914, de esta influencia social, cuando buscamos la presión directa, obediente a planes políticos y diplomáticos de una nación sobre otra. Las relaciones políticas de España con Alemania empiezan mucho después que las sostenidas con Francia e Inglaterra. Está ya desbrozado el camino para estudiarlas y se ha recordado en trabajos históricos muy

(1) Viollet: *Etablissements de Saint Louis*, I; pág. 97.

(2) Menéndez Pidal: *Manual elemental de Gramática Histórica Española*. Madrid, 1915; pág. 16.

(3) Federico Hanssen: *Gramát. Hisf. de la Lengua Cast.* Halle A. S., Max Niemeyer, 1913; pág. 6.

(4) *Rev. de Fil. Esp.*, t. III, 1916. C. 2.º 193. Reseña de A. Castro sobre el libro de J. Bruch, *Der Einfluss der germanischen Sprachen auf das Vulgaerlatein*. Heidelberg, C. Winterg, 1913.

Juan de Gortz  
Berenguela y Conrado  
Beatriz de Suabia -  
Influjo de su matrimonio

recientes hasta la embajada de Oton I al tercer Abderramán. Curiosa es la relación del viaje a Córdoba del monje Juan de Gortz, pero este saludo a la remota España musulmana no es del caso. Hay un proyecto de matrimonio entre la infanta Berenguela, hija de Alfonso VIII de Castilla, y el príncipe Conrado de Alemania, hijo de Federico Barbarroja; pero el proyecto se malogra, por fortuna, porque esta doña Berenguela fué la mujer fuerte que casó con Alfonso XI de León y que supo realizar en su hijo don Fernando la unión de los dos reinos. El mismo Fernando el Santo se unió con una princesa alemana, con Beatriz de Suabia (1219). Los enlaces con princesas extranjeras, francesas casi siempre, habían servido ya para establecer una gran comunicación entre unas y otras culturas. „Con esta boda — escribe un acaadémico de la Historia — empiezan nuestras relaciones directas con Alemania. . . En realidad, desde la fecha del referido enlace, comienzan a notarse corrientes de influencia alemana en nuestro suelo. Los historiadores del traje afirman que la reina Beatriz introdujo la toca, femenino indumento no usado hasta entonces. Lo cierto es que hubo una especie de comunicación y un contacto de civilizaciones observados en las costumbres, en el arte y en la mutua cordialidad del trato internacional de ambos países“. Un privilegio del rey Fernando al hospital de Santa María de Irtin o Stettin, de la Orden de Pursia, o de los Teutónicos, le parece „prueba concluyente de la íntima conexión de España y Alemania“. Todo ello, sin embargo, no es sino el prólogo del primer episodio en que Alemania, nación, juega un papel en la historia de España: el extraño episodio de las pretensiones de Alfonso X a la corona de Alemania.

## 2. EL GRAN ERROR DE ALFONSO EL SABIO.

Entonces hay, en efecto, política de aproximación. Y es el rey Sabio, el rey legista, el rey poeta quien la emprende, luchando ya, por primera vez, los ensueños imperialistas, personales y dinásticos del monarca contra la conveniencia nacional y los intereses políticos y económicos del pueblo. Interesante y ejemplar es la historia de un rey que, teniendo en su tierra altos ideales que cumplir, pasa veinte años de su vida persiguiendo la sombra fugitiva de una corona imperial en tierra extraña y lejana, que no pisó nunca. Alfonso X de Castilla había heredado, por su madre, los derechos del duque de Suabia, Felipe, reconocido empera-

dor del *Deutschland*. A las rudas murallas de Soria, a lo más desapacible de la meseta castellana, van los astutos embajadores de la república de Pisa para tratar con él y proclamarle Emperador de Romanos. Desde Soria, lleno de ilusión, ofrece ya ventajas en Toscana, en Sicilia y en el Algarbe, y allí nombra su plenipotenciario en Alemania a García Pérez, el arcediano de Marruecos. Aquel día de Marzo del año 1256 es el primero de una inacabable serie de esperanzas frustradas y crueles engaños, porque el rey Alfonso debía confiarse al arbitrio mudable de las ciudades italianas, de los magnates teutónicos y de los papas. Quiso adoptar las armas habituales de sus adversarios como de sus auxiliares: diplomacia, intriga, soborno, y uno a uno fueron traicionándole los que le habrían dado el Imperio si hubiera procedido como rey de Castilla, con la energía de su padre Fernando el Santo. Pero Fernando III guerreó con los moros y quiso rescatar España, con lo cual era verdadero rey de los castellanos, mientras que Alfonso buscaba un imperio remoto, descuidaba la reconquista y dejaba desmandarse a los nobles en un régimen de anarquía y aristocracia. Todos nuestros historiadores coinciden en lamentar la ceguera del rey Sabio que retrasó en dos siglos la obra de la Reconquista, y todos reflejan el disgusto del pueblo castellano ante los dispendios que traía consigo la pretensión a la corona de Alemania. Eran los pobres maravedises, rebañados por fuerza en villas y ciudades misérrimas, los que se llevaba el arcediano de Marruecos para comprar a los grandes electores alemanes; los que habían de salvar compromisos regios con almojarifes judíos o banqueros pisanos y genoveses, dinero de sudor y sangre sembrado a voleo con grandeza lejos de la patria y del cual sólo guerras podían cosecharse. Entonces fué cuando empezó la alteración de la moneda. Viajes magníficos, embajadas, proclamaciones. . . Entonces también fué cuando empezaron las empresas militares. „En socorro de Pisa fueron enviados, según lo estipulado en Soria, 500 caballeros armados con su tropa de ballesteros, primeras fuerzas de Castilla que pisaban el suelo italiano“ . . . (1), suelo extraño donde, como se ve, sólo acudían por interés personal y dinástico. Y el mismo académico de la Historia, que en 1918 busca para su discurso de recepción el tema „del imperio alemán en la Edad Media y del pensamiento imperial de un monarca español“, dice después de referir la

*Alteración  
de la mon-  
eda.*

(1) *Alfonso X, emperador (electo) de Alemania*, por Antonio Ballesteros y Beretta. Discurso en la R. Acad. de la Hist. Madrid, 1918; pág. 21.

proclamación de Burgos: — „... el rey Alfonso no podía tomar determinación alguna sin el consentimiento de las Cortes. Aquí comienza, pues, una política equívoca de doble faz, en virtud de la cual el monarca castellano quiere recatar los asuntos alemanes a las miradas recelosas de sus súbditos hispanos, probando esto cuán impopular era en Castilla el famoso *fecho* del Imperio. Así no encontramos ningún documento nacional en que se titule Alfonso emperador de Alemania, ni electo, ni rey de Romanos, títulos empleados por su cancillería en las relaciones internacionales; y es más: siendo el rey tan aficionado a recordar en sus privilegios rodados los acontecimientos de relieve, no menciona la embajada alemana, cuando durante un año se insertó en los documentos la noticia de las fiestas burgalesas con motivo del matrimonio de su hermana Leonor y de cómo el príncipe Eduardo (el heredero de Inglaterra) recibió caballería de manos del rey de Castilla“. Las Cortes castellanas siempre han hablado claro. Cuando el emperador electo creyó más favorable su situación, resolvió contar con sus vasallos y convocó a Cortes en Toledo. Las actas de esas Cortes, del 1259, se han perdido, sin dejar rastro apenas, y es lástima porque en ellas veríamos el mismo espíritu que se alzó dos siglos más tarde contra Carlos V. Ellas juzgaban mejor que su rey la insensatez de gastar sin fruto caudales inmensos para dar a cada príncipe alemán una renta anual de diez mil libras tornesas, sin ver que, como le ocurrió a su rival, el de Cornualles, „su memoria habría de perecer, luego que dejara de oírse el sonido de su dinero“. Todo el pueblo y con él sus representantes habían de oponerse, a pesar de la pompa y aparato de enviados, príncipes y embajadores extranjeros que sólo con su pretensión se congregaban alrededor del rey, y así debieron ver con alegría, que muerto Ezzelino, el tirano de Padua, derivaran los entusiasmos de Alfonso hacia otras empresas africanas.

Pero desde la proclamación de Soria hasta su renuncia o desistimiento van diez y ocho años. A él y a Cornualles los derrota en la elección de 1273 un Habsburgo, y son diez y ocho años perdidos en la más vana y más costosa aventura que pudo soñar un monarca iluso. Este fué el desdichado rey que murió abandonado de todos los príncipes cristianos, amargado por la ingratitude y reducido a enviar al emperador de Fez y de Marruecos su corona para que le prestase sobre ella lo que por bien tuviere, „porque no le quedaba otro rey ni señor a la redonda de España que no fuese su enemigo“. Y ésta es también la

Cortes en  
Toledo  
(1259)

Alfonso X  
versus Habs-  
burg.

nación más prudente en su política con las otras naciones, obligada contra voluntad y conveniencia a perder en empresas dinásticas la sangre y el oro que necesitaría para ser fuerte. Porque la historia de Alfonso X no hacía sino esbozar con rasgos entre burlescos y trágicos lo que luego fué el cuadro magnífico del imperio de Carlos V. Los quinientos caballeros castellanos que fueron a Pisa, con sus ballesteros habían de convertirse en millares, en millones de vidas arrancadas al suelo nacional; los miserables maravedises fueron luego el oro de los Incas; la intriga fracasada se alzó a empresa gloriosa; pero los súbditos de Carlos V como los vasallos de Alfonso X no compartían esos ideales y hablaban por sus procuradores resistiéndose siempre con más alto y más certero sentido político.

### 3. ESPAÑA Y ALEMANIA EN EL IMPERIO DE CARLOS V.

Política genuinamente española parece la de los Reyes Católicos. En la pauta de Fernando V está todo el programa de relaciones internacionales, basado en un equilibrio que contrarrestase las influencias de los dos enemigos posibles: Francia o Inglaterra. El mundo, al terminar la Edad Media iba a ensancharse hacia el Atlántico, pero era tan pequeño aún, que la situación geográfica obligaba al monarca español a considerar como mayor enemigo al más próximo. Paz con todos, fuera como dentro de España. Vecindad con Francia, pero no alianza. Inglaterra y Alemania amigos iguales. Italia debía ser una confederación de repúblicas: cabeza el Papa y brazo el rey de España. Así han visto nuestros historiadores la sabia diplomacia de Fernando V. Pero el aragonés tenía su política mediterránea y buscaba el dominio de Italia apoyándose en el reino de Nápoles. El brazo guerreó al servicio de grandes ambiciones y tampoco se sustraen al concepto que aquella época tuvo de la grandeza de un pueblo, los conciertos de matrimonio de sus hijos. Por reunir coronas y aumentar la extensión de sus Estados, es decir, por dominar en mucha tierra, los reyes esquilman la de su nación. Maquiavelo y el Renacimiento teñían de tintas sombrías su concepto de la política internacional (1), pero por cima de todo estaba su idea de defender España

*Contra "los  
dos enemigos  
posibles":  
Francia o  
Inglaterra"*

(1) He aquí lo que el rey Católico aconsejaba como normas de gobierno al virrey de Nápoles, conde de Ribagorza: «... Que los antecedentes de la Historia no deben olvidarse nunca; que los problemas de la rivalidad siguen al ente político

apoyándose en Inglaterra para prevenirse de Francia, que entonces no sólo lindaba con nosotros por los Pirineos, sino también por Italia. Concepto semejante ha inspirado en realidad toda la política posterior de España y poco tiempo antes de la guerra — de 1902 a 1912 — nuestra gran duda consistió en romper o no romper la tradición que nos aproximaba al inglés como garantía de Francia, nuestra vecina histórica en Europa y nuestra nueva vecina en Marruecos.

Toda la política internacional de los Reyes Católicos debió ser defensiva puesto que sus planes exteriores miraban al África y a las Indias. Pero las guerras de Italia se convirtieron con Carlos V en una lucha amplia agresiva entre Francia y España por el predominio político de Europa. ¡Carlos V! ¡El Imperio! Hemos llegado ya a la hora culminante en que se asocian los destinos de España y Alemania, y éstos son precisamente los tiempos en que parece más difícil saber cuándo España sigue una política española o cuándo sigue una política alemana. Si es evidente la unidad militar del Imperio bajo una voluntad todopoderosa, no ocurre así con la armonía espiritual de los pueblos. Para la vida material y moral de la nación, era tan claro el peligro de un gobierno de funcionarios extranjeros al servicio de un rey de educación y afecciones extranjeras, que sólo por la disgregación de aquella época puede explicarse la triste suerte del movimiento de las Comunidades. Empezó por rebelarse, fué arrastrada después por el estruendo del triunfo militar y ahora España ha juzgado ya, por sus historiadores, lo que valen las glorias y grandezas del imperio de Carlos V. ¿Qué hizo el señor de Xèvres con el oro de Méjico y del Perú? ¿En qué proporción pagó España las guerras imperiales? ¿Hasta dónde quedaron comprometidas sus rentas y su hacienda? Lo único que puede afirmarse es que a pesar de las glorias guerreras no hubo un solo momento de unidad, de cordialidad, de fraternidad entre españoles y alemanes y que, a la abdicación de Carlos V, su hijo don Felipe es sólo rey de España, rey español que expolia a Flandes como los flamencos habían expoliado a España, y que

---

internacional como la sombra al cuerpo y son siempre unos mismos cualquiera sea el grado de fortuna en que se esté; que en toda acción del rival hay que temer más la seducción que la ira; que el adversario político o geográfico es siempre adversario, aun cuando brinda amistad como cuando amenaza con la fuerza; que la amistad que brinda el adversario geográfico o histórico hay que mirarla siempre como una asechanza.» (J. Pérez de Guzmán: *Dogmas de la política de Fernando V el Católico*. — Ac. de la Hist.)

a las guerras heredadas agrega otras nuevas con franceses, ingleses, flamencos y hasta escandinavos. La política del equilibrio aconsejada por el rey Católico fué atacada del mal imperialista y se convirtió en la política de *España contra todos*. Lanzada por Carlos V, emperador, la era imposible detenerse y fué rodando la política austriaca hasta el hoyo de Carlos el Hechizado.

Las consecuencias para la fortuna pública de España fueron irreparables. La banca extranjera se llevaba el metal de los galeones y el trigo de las tierras españolas. Los Fugger—los Fúcares—alemanes, que tanto habían ayudado a la elección de Carlos V y que dirigieron la lucha entre los Habsburgos y los Valois, envolvieron por muchos años las rentas imperiales (1). La banca genovesa, la florentina, eran acreedoras preferentes. Sólo a los genoveses debía España en 1575 diez millones de ducados y de ellos cinco a Grimaldi. Esas grandes casas de Banca que respondían a un estado de cultura económica superior al de España, se llevaron el provecho que pudimos sacar de nuestro período de grandeza. No nos quedó sino el agotamiento de tanto esfuerzo inútil, las aldeas despobladas, los campos incultos, mientras los soldados de Felipe III y de Felipe IV luchaban por la casa de Austria, en Bohemia y en el Rhin, en Baviera, en los Alpes y en Holanda, en todas partes donde era preciso gastar y morir. La victoria de Praga nos costó la derrota de Villaviciosa. Perdimos Portugal, ensayó Cataluña por primera vez el *¡Bon cop de fals!* Es decir, la unidad nacional, que necesitaba afirmarse, fué, por el contrario, relajada.

Se ha querido fijar la fecha de la decadencia de España. ¿Desde Carlos I, como pensaba Jovellanos? ¿Desde Felipe II? ¿Desde Felipe III? Es inútil reproducir opiniones. Hay una contradicción esencial. España es grande y, al mismo tiempo, miserable. Su hacienda está comprometida desde la época de los Reyes Católicos; se entrapa más aún con Carlos V y llega a la quiebra en los reinados sucesivos. Administró mal sus rentas, es cierto. Salvó sus apuros con empréstitos a interés ruinoso en favor de extranjeros, sin resolver el problema de los cambios (2), sin

---

(1) Richard Ehrenberg: *Das Zeitalter des Fugger*. Jena, Fisher, 1896. Sobre los Fúcar, véase también K. Haebler: *Die Geschichte der Fuggerschen Handlung in Spanien*. Weimar, Felber, 1897.

(2) Pacheco y de Leyva: *Relaciones vaticanas de Hacienda española del siglo XVI*. Madrid, 1918. Pub. de la Junta para Amp. de Est. e Inv. Cientif. Escuela española en Roma.

poner su industria en condiciones de competir con la de fuera. Todo ello es cierto; pero las guerras de la casa de Austria llenan dos siglos, durante los cuales España gasta demasiada pólvora, quema demasiados herejes y contrae demasiadas deudas.

*2 siglos de guerras de la casa de Austria*

4. LOS BORBONES. — GIBRALTAR. — EL SIGLO XIX.

Los españoles debemos tener una fe ardiente en la capacidad de resistencia de nuestra nación. No acabó de hundirse con los Austrias. Soportó los nueve años de la guerra de Sucesión, guerra civil en España, guerra de separación para aragoneses, valencianos y catalanes, de expoliación para los ejércitos extranjeros que corrían nuestros reinos, entraban por dos veces en Madrid — 1706-1710 — y se apoderaban de Gibraltar, en nombre del pretendiente austriaco, pero clavando — ¿por cuánto tiempo? — la bandera inglesa. Es más, ¿cómo sería la dominación de los Austrias que, a pesar de todo, España revive, materialmente, con los Borbones? La política internacional fué desastrosa, ya en los momentos de sumisión a Luis XIV, ya en los débiles vuelos de independencia a que se atrevió Felipe V, llevado de la mano por sus dos mujeres. El desplome de las Españas continúa. Lo único que se afirma es la separación de Portugal.

La política europea se redujo a buscar entre todas las naciones fuertes un equilibrio que, luego, cada una trataba de romper. Fueron Francia e Inglaterra contra Austria para impedir que resurgiese el gran imperio de Carlos V. Fueron Inglaterra y Austria contra Francia para impedir que bajo los Borbones se creara un imperio occidental. Y siempre era España instrumento en manos de las ambiciones dinásticas. Pero, ahora, con el primer Borbón, ya no tiene voz ni voto como gran potencia. El tratado de Utrech se preparó sin España. No fueron admitidos sus embajadores. Todo iba prejuzgado ya en el „tratado de tregua y armisticio entre Francia e Inglaterra“, concluído en Versalles sin que Felipe V interviniera sino para acatar los acuerdos de Luis XIV. Así perdió Sicilia, Nápoles y Cerdeña y así fué consumado el despojo de Gibraltar.

Entonces es cuando empieza el régimen de dejar a España la única facultad de „sancionar lo acordado“. Así se dispuso más tarde de Marruecos. Recuérdese el convenio franco-alemán. Pero Felipe de Anjou no renunció sólo a sus derechos a la corona de Francia, sino también a

Gibraltar y a Menorca. Aquí pisan terreno firme los españoles que repasan la Historia para convertirla en arsenal contra los aliados. Francia e Inglaterra — sus reyes — dispusieron de lo nuestro. El almirante Rooke ganó la llave del Mediterráneo para el real servicio de Carlos III, el archiduque austriaco; pero el pacto secreto de Versalles, es decir, la complicidad de Luis XIV, entrega la posesión de la plaza a los ingleses y el tratado de Utrech ratifica el despojo. Nuestros embajadores no pueden nada. Un siglo más tarde, en la paz de Viena de 1815, los representantes de España han de verse obligados a retirarse sin firmar ante el olvido de la personalidad de un pueblo que algo expuso y algo logró contra Napoleón. En Utrech, el duque de Osuna firmó, sin discutir. En París, Montero Ríos discutió y firmó. Hoy debemos ver esas páginas de nuestra Historia como grandes lecciones que no invitan a pasiva melancolía, sino a enmienda. España era en sí misma tan fuerte como Inglaterra, como Francia; sus súbditos tan inteligentes; sus soldados y sus marinos tan valerosos y expertos. Nunca faltó patriotismo, ni espíritu de sacrificio. Sin embargo, con los Austrias se hunde y con los Borbones empieza degradándose en Utrech y acaba entregándose imbécilmente en Bayona. Una triste experiencia enseñó a los gobernantes españoles que cada paso era un fracaso, y así prefirieron no andar. Tras la extraña vida de Felipe V, que hizo fracasar la esperanza de redimir el trono de España de las aberraciones mentales, viene el por muchos conceptos modelo de reyes neutralistas Fernando VI. No hubo guerras. España progresó, sin duda porque era imposible evitar la infiltración del siglo XVIII, y sus hijos ilustres prepararon el reinado glorioso de Carlos III, primer rey no anormal después de muchos años, educado en Italia y con un criterio bastante claro de la realidad.

En política internacional, Carlos III es el *Pacto de familia* y las guerras con los ingleses por Gibraltar, por Menorca y por el dominio de los mares. La fortuna fué favorable en Menorca y adversa en el Peñón, pero, en conjunto, España se hizo respetar. Vemos, por primera vez, una política firme que continúa con Carlos IV y que no había de interrumpirse hasta 1808. Por medio siglo luchan contra Inglaterra o firman con ella las mismas paces Francia y España. Al estallar la Revolución, las vacilaciones de la corte de Carlos IV traen la breve guerra que acabó en la paz de Basilea, pero con la Convención y con el Imperio mantienen los Borbones de España su alianza. España fué la *Coblenza del Sur* para los demagogos franceses; pero luego fué el *feudo del regicidio* para

"Cada paso  
un fracaso  
y así prefirieron no  
andar"

la Inglaterra enemiga de la Revolución. Esa fidelidad nos costó el glorioso desastre de Trafalgar, y sin la invasión napoleónica se hubiera mantenido, a pesar de Godoy. Hizo falta la espada de Napoleón para variar el curso de toda la política internacional que une a las viejas monarquías contra el nuevo poder revolucionario. España lucha también contra los ejércitos napoleónicos, pero esta vez es ella, no es el rey quien declara la guerra, porque mientras Carlos IV y su hijo Fernando obedecían vergonzosamente las órdenes de Napoleón, los españoles demostraban a la coalición de monarcas europeos que los pueblos son capaces de imponer ellos solos su voluntad. La guerra de Independencia trajo a nuestro lado a los ingleses contra Francia. La „solidaridad moral“ de las grandes potencias continentales nos devolvió a Fernando VII y nos trajo la intervención de los  *cien mil hijos de San Luis*.

Es decir, que alejada definitivamente de Italia, no guarda España puntos de contacto político con Austria, y privada de la barrera de Flandes no tiene nada que temer ni que esperar de los Estados alemanes. Son Francia e Inglaterra las dos naciones amigas o enemigas y fatalmente, querámoslo o no, formamos con ellas un sistema. El siglo XIX nos vió afanados en luchas interiores, políticas o dinásticas. Tampoco en ese tormentoso período puede decirse que España vive fuera del planeta. Francia e Inglaterra vigilan sus intereses, reconocen el lugar de España en el problema del Mediterráneo, la solicitan separadamente y alguna vez llégan juntas a brindarle alianza como en 1834, en que se forma la cuádruple de Inglaterra, Francia, España y Portugal, y en 1858, cuando el general O'Donnell se preparaba a reanudar la historia de nuestra acción guerrera en África.

---

## CAPÍTULO II

### La Revolución, la Restauración y la Regencia.

*La Corona de España y la guerra del 70. — El secreto de Prim. — Política de Alfonso XII. — Su matrimonio con una Habsburgo. — Su viaje a Berlín. — Un momento peligroso. — La silba de París. — Breve paréntesis: El conflicto de las Carolinas. — En España hay opinión. — Psicología de una nota. — La Regencia y la Triple Alianza. — ¿Hubo inteligencia con Alemania?*

#### 1. LA CORONA DE ESPAÑA Y LA GUERRA DEL 70.

LA corona de España y la candidatura del príncipe Hohenzollern, patrocinada por Prim, habían traído la guerra del 70. Fué preciso que el general Prim disculpara sus intenciones. Podía seguir una política de miras lejanas contra Napoleón, contra el Imperio — quizá entrara en los planes del general de la Revolución defenderse contra un monarca, amigo de vastas maniobras internacionales, que hacia el año 60 piensa en llevar al Ebro la frontera de Francia y en servirse de las Baleares como puente sobre el Mediterráneo. Quizá vió Prim en el Imperio francés un peligro más serio para la nueva República española que para la Monarquía de doña Isabel cuando fracasó la loca aventura de Montemolín. A pesar de estas hipótesis, parece que no previó la guerra. Castelar lanzó, sin embargo, la acusación en plenas Cortes Constituyentes, en su discurso memorable contra la nueva candidatura del duque de Aosta: — „Todo el mundo sabía que un candidato alemán, un candidato Hohenzollern iba a traer consigo una guerra inmediata. Yo lo dije así en el mes de Abril. Muchos diputados conocen el documento en que

este anuncio mío se halla escrito (1). ¿Lo ignoraba el señor presidente del Consejo de Ministros? Si lo ignoraba, ¡qué imprevisión! Y si lo sabía y lo propuso, ¿cómo calificaríais su indiferencia? El príncipe no renunció ante las amenazas de guerra. Era ambicioso hasta la crueldad. Pero renunció por él, por un príncipe mayor de edad, casado y coronel, su padre, como si la patria potestad germánica fuera la antigua patria potestad romana. . . “ — „En 1810 Francia y Alemania se encontraban con deseo de guerra, es verdad, pero sin pretexto para la guerra. ¿Por qué se lo dió el general Prim? ¿Por qué desconocía que la casa Hohenzollern al Nordeste de Francia y la casa Hohenzollern al Sudeste de Francia eran una amenaza para esa nación? El canciller Bismarck estaba preparado; sólo quería un pretexto y el general Prim le ha dado ese pretexto“. — Veía Castelar cómo habíamos sido juguetes de una alta inteligencia política, maquiavélica, florentina, para realizar la idea del predominio de Prusia en Alemania, el de Alemania en Europa y el de la raza germánica sobre la raza latina. Su discurso, por muchos conceptos notable, fué profético. Amadeo de Saboya no tuvo el destino de Maximiliano, pero su corona le costó la vida al general Prim y hubo de renunciar a ella antes de sufrir en un medio hostil la misma suerte. Sin embargo, en su respuesta, Prim convenció a todos de su sinceridad. Él no creyó en la terrible contingencia de la guerra. Es más: tampoco pensó en ella el propio príncipe al aceptar la candidatura.

Aun hoy, después de tanto como se ha escrito sobre los orígenes de la guerra del 70, tienen interés estas declaraciones. Hay un matiz, fácilmente perceptible, en las palabras de Prim: — „Cuán ajeno estaba el príncipe Leopoldo de Hohenzollern de que su candidatura había de traer tan espantosa catástrofe y de que la Francia se había de oponer hasta el punto de armar sus ejércitos para invadir la Prusia y oponer su veto, lo prueba que el mismo príncipe se ofreció, cuando fuera el momento oportuno, para ir a ponerlo en conocimiento del emperador Napoleón“. Nadie se acercó a hacerle ninguna observación sobre la candidatura, „ni la hicieron tampoco en Francia al embajador español ni el embajador de Francia me la hizo a mí“.

Si en su política anterior y en su actitud ante la guerra puede sospecharse una inteligencia, es lo cierto que Prim no dió un paso más.

---

(1) En una correspondencia de política española publicada por *El Monitor Mejicano*, el 20 de Mayo.

Rechazó las propuestas de Prusia que ofrecía a España el Rosellón, como restitución y reparación histórica, y se dice que pronunció las siguientes palabras: — „Esa sería una causa de odio eterno entre Francia y España“. Siguió su peregrinación en busca de rey tratando con el Gabinete de Turín, por medio del marqués de Montemar, nuestro ministro en la Corte de Víctor Manuel. Los enemigos de Francia creyeron entonces que Italia no se habría atrevido a aprobar la candidatura de don Amadeo si Sedán no la hubiera libertado de la tutela de las Tullerías. Estos mismos — los partidarios de Hohenzollern que hubieron de votar luego otro candidato — eran los que juzgaban que Prim desperdió un momento único al no aceptar las condiciones de alianza que le ofreció Prusia, y aun dijeron que pronto tuvo ocasión de conocer todo el partido que de ello hubiera podido sacar, agregando que quizás el caudillo de la Revolución se llevase al sepulcro ese arrepentimiento.

## 2. ALFONSO XII Y SU VIAJE A BERLÍN.

Los once años del reinado de don Alfonso XII, vistos con la perspectiva que consiente ya la entrada en otro siglo tan lleno de vida y de sucesos nuevos, tienen para la política internacional de España el aspecto de un período de iniciación. El camino emprendido se marca por etapas bien caracterizadas. La conferencia de Madrid sobre Marruecos en el año 80. Las reclamaciones por la campaña de Túnez y los sucesos de Saida. El matrimonio con la archiduquesa María Cristina de Habsburgo. El viaje a Berlín. El viaje del kronprinz a Madrid. La muerte vino a cortar este derrotero cuando acababa de desarrollarse el incidente de las Carolinas, donde el pueblo español demostró que no era él quien lo seguía, por lo menos a conciencia. Pero en realidad, no hizo sino interrumpirlo, porque la Regencia había de dar todavía algunos pasos más en la misma dirección. En España apenas si algunos políticos se percataron de ello. Tantos años de luchas interiores, guerras civiles, pronunciamientos y movimientos revolucionarios y reaccionarios, les habían acostumbrado a mirar hacia dentro. La política internacional seguía labrándose en Palacio.

*Política internacional 9000  
Palacio*

La Revolución tuvo contra la Francia imperial el temor de que ayudase a los planes restauradores. La Restauración nació con la sospecha de que la Francia republicana protegiese en la frontera a los car-

listas o en París a los emigrados revolucionarios. Tales temores no se disiparon francamente hasta 1892. Ciertamente que el rey don Alfonso tardó poco en lograr, en cada caso, por medio de sus embajadores en París: el marqués de Molins, primero, y el duque de Fernán Núñez, después, una conducta tranquilizadora. Hubo episodios tan cordiales como el de las fiestas benéficas y la suscripción a beneficio de los inundados de Murcia. La relación con Francia quedó anudada, pero el joven monarca, educado en un colegio teresiano, lleno de recuerdos infantiles que se asociaban a la vida de la corte en Viena, debía sentir fatalmente el prestigio de la victoria del 70.

La conferencia de Madrid, del año 80, se reunió por iniciativa de Inglaterra y España. Trataba de regular el derecho de protección que las legaciones y los consulados extranjeros ejercen en el imperio jerifiano. Francia, Inglaterra y España tuvieron en estas deliberaciones la parte principal. El conde de Solms-Sonnevalde, ministro de Alemania en Madrid y delegado alemán en la conferencia, asistió solo a ella por pura fórmula. Es interesante saber que Alemania, que había creado en Tánger su legación imperial el año 1873, declaró por boca del príncipe de Hohenlohe, su embajador en París, que, „no poseyendo intereses en Marruecos, su delegado llevaba instrucciones para ajustar su actitud a la de su colega de Francia“ (1). Esta política de desinterés sobre Marruecos la sostuvo siempre Bismarck y la continuó el conde de Bulow hasta 1905, es decir, hasta el famoso y ruidoso golpe de Guillermo II con su viaje a Tánger. Don Antonio Cánovas, que había presidido la conferencia, consideró entonces asegurado el *statu quo* en Marruecos, diciendo que había atado las manos de las otras potencias por un cuarto de siglo. En el fondo había, claro está, el propósito de contener la acción de las naciones rivales, especialmente de Francia e Italia.

No habíamos desistido de alcanzar en Marruecos el primer puesto que históricamente nos correspondía, ni nos sentíamos con fuerzas para emprender nosotros una política que reclamaba gran vitalidad económica y militar, ni podíamos ver sin inquietud los movimientos de otros colonizadores. La campaña francesa sobre Túnez provocó una advertencia del Gobierno español. Los sucesos de Saida—Orán—donde los árabes de Bu Amema asesinaron a unos colonos españoles, excitaron a la opinión contra las empresas militares de Francia, y nuestro Gobierno

---

(1) Louis Maurice: *La politique marocaine d'Allemagne*, pág. 5.

amenazó con prohibir la emigración española a Argelia. La reclamación fué favorablemente acogida y todo se zanjó en buena amistad; pero ya entonces se dijo en Francia que Bismarck aprovechaba la posición de España para neutralizar la influencia francesa e inglesa en Marruecos, y que no teniendo Alemania personalidad en el litigio se servía según su conveniencia „de un factor de recelo o de discordia entre los gabinetes rivales de la Wilhelm-Strasse“ (1). Pero si esto era cierto, España se veía solicitada por fuerzas contrarias. Los sucesos de Trípoli habían traído la aproximación italo-germana. El testamento de Lord Beaconsfield señalaba a España un valor de equilibrio contra la política germánica del Mediterráneo. La opinión española tenía invencible tendencia a mantenerse a igual distancia de todos. Si la hubieran pedido una fórmula no habría sido *con todos*, sino más bien *con nadie*. Pero los gobiernos representan intereses y obedecen a necesidades que no pueden eludir. De esa fecha — 1882 — es un tratado de comercio hispano-francés. Del año siguiente — Julio del 83 — un tratado de comercio hispano-alemán. El último, bastante desdichado para España, era el prólogo del viaje del rey a Berlín.

Pero antes — en el 79 — el rey Alfonso había celebrado sus bodas con la archiduquesa doña María Cristina de Habsburgo. Lleváronse las gestiones para el casamiento durante el gobierno circunstancial del general Martínez Campos y no es difícil observar en ellas cierta precipitación. Seguro es que sonaron entonces varios nombres. El Gobierno, combatido duramente por Castelar, cayó días antes de la boda que había preparado. El gran tribuno habló entonces de la existencia de una camarilla, un partido político extraparlamentario, formado en Palacio y empeñado en que el Poder real tuviera influencia personalísima. Ese partido que trabajaba por la política personal del rey ponía el veto a Cánovas porque prefería situaciones débiles e intermedias. Cánovas, ¿fué por completo extraño al proyecto? ¿Tenía distinto criterio de la orientación internacional de España? No faltó en la Cámara quien advirtiese el peligro. El señor Carvajal hizo discretamente una interpelación al ministro de Estado, duque de Tetuán, maravillándose de que no tuviera noticia de que existían negociaciones de alianza entre Alemania y Austria, „cuando tanta parte habían tomado en ella nuestros representantes en el extranjero“. Relacionó con esto el viaje de Bismarck recor-

---

(1) Mousset: *La política exterior de España*. Madrid, 1918; pág. 29.

dando que entonces, precisamente, fué cuando se trató en España el proyecto de enlace y expuso las diversas razones que nos aconsejan una política simpática a Francia (1).

Fué el viaje a Berlín y a Viena cuatro años después del matrimonio con doña María Cristina. Acababa de ocurrir el movimiento revolucionario de Badajoz con repercusiones en Santo Domingo y en la Seo de Urgel, y apagada la alarma quedó un estado latente de desconfianza y de recelo en medio del cual se planteó la cuestión del viaje. ¿De quién era el proyecto? En una interviú con *Le Figaro*, Cánovas del Castillo declaró que don Alfonso tenía pensado hacía tiempo el viaje y no quiso desistir de él después de los trastornos interiores. Casi toda la prensa española era hostil. No hablemos de la francesa, que lo consideró desde el primer anuncio como una maniobra de Bismarck para colocar a España bajo el influjo de la Triple Alianza. El marqués de la Vega de Armijo expuso la idea en Consejo de ministros. Hubo discrepancia. Había varios que vacilaban y dos francamente hostiles. Sin embargo, Vega Armijo decidió: „Verdad es que esta determinación — agrega la interviú — *debióse principalmente a la circunstancia de haber sido el rey el iniciador del pensamiento*, no con las miras diplomáticas que entonces y más tarde se le atribuyeron, sino por satisfacer sus vehementes deseos de presenciar las grandes maniobras militares“. También Cánovas era contrario al viaje, y si hubiese sido ministro se habría opuesto. Para él la mejor política internacional de España, dada su situación interior, consistía en no hacer política internacional. Su teoría del aislamiento derivaba de un concepto pesimista, realista, de lo que hoy llamaríamos las posibilidades.

El 4 de Septiembre salió el rey de Madrid. Los incidentes son bien conocidos. Munich, Viena, Brunn, Francfort, Hamburgo, son etapas rápidas, pero llenas de episodios curiosos y algunos de verdadero interés. En Munich visita fraternal a la infanta doña Paz. En Viena, don Alfonso con uniforme de coronel austriaco es recibido efusivamente por la corte del viejo emperador Francisco José. La prensa oficiosa de Viena adopta un tono protector de la personalidad de España en el concierto europeo. Tras de las maniobras de Brunn, don Alfonso con el rey Milano de Servia y el duque de Edimburgo pasa por Francfort — donde el príncipe imperial de Alemania no sale a recibirle —. Y llega a Hamburgo, donde

(1) *Diario de las Sesiones de Cortes*, sesión del 12 de Noviembre de 1879.

Política interna  
nacional de  
Cánovas

le aguarda el emperador alemán con el rey de Sajonia, el kronprinz, los demás príncipes, el general Moltke y un brillante Estado Mayor. Bismarck estaba enfermo. El protocolo establecía que el emperador no cediese la derecha en su carruaje a ningún soberano, con objeto de no establecer preferencia entre sus huéspedes, y don Alfonso va en el segundo coche con el gran duque de Hesse. En Hamburgo, maniobras, técnica, pompa militar. . . Y el famoso uniforme de coronel de hulanos.

Este uniforme, demasiado simbólico, fué lo que desató en Francia las iras populares. ¿Se hizo a conciencia la elección del regimiento de Slewig-Holstein, cuya historia en la guerra del 70 nadie desconocía? ¿Hubo un plan premeditado sólo por parte del canciller Bismarck? ¿Iba de acuerdo con el Gobierno de don Alfonso, o por lo menos obtuvo la aprobación reflexiva de don Alfonso? Ha de tenerse en cuenta que no fué el ministro de la Guerra, sino el de Estado, Vega Armijo, acompañando al rey. Todo ello empezó a discutirse acaloradamente al ocurrir los desagradables sucesos de París y está discutiéndose todavía. Para los franceses ni había ni hay duda, por lo menos en la intención de Bismarck, a pesar de todas las explicaciones oficiales y periodísticas: se trataba de una maniobra. La prensa de París había dado el grito de alarma apenas empezó a hablarse de viaje y, por consiguiente, todos los actos debieron ser pesados y medidos a sabiendas de que Francia había de interpretarlos con susceptibilidad. Castelar, cuyo glorioso nombre va unido a todos los debates de política internacional, formuló enérgicamente su opinión contra el Gobierno que aprobó tan peligroso viaje, pero más enérgicamente contra Berlín: — „Acuso — dijo — al primer potentado de Europa de haber buscado en la frente de nuestros reyes un pretexto para ofender a otra nación“. — Pero ésta era la visión clara de un hombre de Estado. El pueblo, la opinión en España, sintieron la ofensa al rey, apreciaron justamente el rasgo de intrepidez de don Alfonso al pasar por París, de vuelta de Berlín, a sabiendas de que no eran sólo los radicales quienes hacían calurosa propaganda contra *el rey hulano*. Los aplausos, las entusiastas manifestaciones que aquí le tributaron al regreso, revelaban la protesta frente al ultraje inferido a la persona del jefe del Estado español contra toda ley de hospitalidad. Nadie podía interpretarlas, sin embargo, como aprobación y ratificación de la política desarrollada en el viaje a Alemania.

Pensar que la silba de París no había de tener influencia en las relaciones internacionales, es absurdo. Las excusas de la gran prensa parisién, como las del presidente de la República, fueron muy expresivas.

Pero el breve discurso de don Alfonso contestando a la invitación de desagravio de M. Grevy, definía la situación: — „Como he venido a Francia poseído de los más amistosos sentimientos hacia vuestro país, consiento, Sr. Presidente, en dar a la nación que representáis este nuevo testimonio de mi cordial simpatía, pero me permitiréis que para después de este sacrificio me reserve toda mi libertad de acción“. Ni el rey ni el Gobierno español podían ignorar el papel que jugó en los sucesos el propio M. Grevy, quien, a espaldas del presidente del Consejo, M. Jules Ferry, instigó la campaña de prensa y excitó las pasiones populares (1). Las consecuencias fueron, indudablemente, que el rey y la diplomacia de España se reservaron su libertad de acción, porque ni el uno ni la otra podían aceptar el criterio de la mayor parte de la prensa y de los políticos españoles, que aun condenando los sucesos de París en su desarrollo y en sus orígenes, hacían recaer la mayor culpa sobre los patrocinadores del viaje. Sagasta, el presidente del Consejo que lo autorizó, tuvo habilidad para echarse a un lado y fué el marqués de la Vega de Armijo quien explicó ante las Cortes el propósito, no de dar orientación determinada a nuestra política exterior, sino de poner al rey en comunicación con la Europa moderna e „ir preparando los jalones que han de servir para marchar por el camino del porvenir“.

La parte íntima del viaje no nos consta. Sabemos que todo él fué muy militar. Ni es fácil tampoco deducir el valor que ha de darse a un pasaje de las „Memorias“ del príncipe de Hohenzollern, muchas veces reproducido, según el cual don Alfonso declaró en Habsburgo al emperador que se colocaría al lado de Alemania en el caso de que estallase la guerra con Francia, a lo cual Guillermo I contestó que, siendo don Alfonso joven y ardoroso, como era, le convenía pensarlo despacio. „Nosotros — agrega Hohenzollern — nos daríamos por satisfechos con una sencilla neutralidad benévola“.

El mismo año, en Noviembre, devolvió la visita al rey el príncipe imperial de Alemania y con este motivo se volvió a hablar en Austria de una alianza conservadora-monárquica de la Europa central, a la cual se solidarizaban los intereses monárquicos de Italia y de España. Nada trascendió al público, por el contrario, hubo declaraciones oficiales dando al viaje simple valor de cortesía. Pero su significación se deduce del curso que ha de tomar luego nuestra política internacional.

(1) Alberto Mousset: *La política exterior de España*. Madrid, 1918; pág. 52.

Don Alfonso VIII  
afirmación  
dados el in-  
cierto de la  
gobierno de la  
en España

3. UN PARÉNTESIS. — EL CONFLICTO DE LAS CAROLINAS.

Interrumpiendo la cordial comunicación entre los palacios de Madrid, de Berlín y de Viena, surge el hecho inesperado de las Carolinas. El caso está perfectamente recogido en la Historia para que sea preciso referirlo de nuevo, y lo que interesa hoy en él es: Primero, la razón de que el Gobierno imperial adoptara frente a nuestros indiscutibles derechos históricos sobre todas las islas de la Micronesia española, una actitud de resistencia y de hostilidad tan contraria a la política de atracción seguida en todo el reinado de Alfonso XII. Segundo, la aparición de una poderosa corriente de opinión española antigermánica, por encima del encono episódico y circunstancial.

*Quarrelle  
d'Allemagne*

Frente a frente los marinos españoles y los alemanes en la isla de Yap, adujeron de cada parte sus argumentos, unos para resistirse a la toma de posesión, otros para clavar la bandera como en país sin dueño. Aparte de que la presencia anterior de los buques de guerra españoles era suficiente, debía estar para los gobernantes de Berlín, la gran razón política de no agraviar con discusiones violentas sobre propiedad no dudosa a una nación amiga. Pero la Wilhemstrasse sostuvo la tesis del capitán del *Ittis* mientras no vió que el pueblo español estaba decidido a todo y que ni el Gobierno ni el rey podrían contenerle. Los diarios oficiosos, que hablaban en nombre de Bismarck — la *Gaceta de Colonia*, la *Gaceta Nacional*, de Berlín —, decían que los derechos de España sólo existían „en el papel“, y desde el momento que los alemanes habían establecido factorías en las Carolinas, Alemania tenía el deber de protegerlos. Cuando se mostraba dispuesta a examinar los argumentos de España era „a condición de que fuesen más poderosos que la mera toma de posesión efectuada en remotísima fecha, y sin que posteriormente hubiese vuelto a ocuparse para nada de aquellas islas“. Esa era la consigna que en Francia y en Inglaterra fué juzgada como proclamación del principio de la superioridad de la fuerza sobre el derecho. Los ingleses, que acababan de discutir también los derechos de España sobre la totalidad del archipiélago de Joló, al mismo tiempo que los alemanes, entendieron que el protocolo en que se dejó zanjado este asunto no podía aplicarse a la Micronesia como Berlín pretendía.

El conflicto de las Carolinas tuvo, a pesar de tan desagradables prin-

cipios, un final halagüeño para nuestra nación. El Gobierno imperial vió que existía una opinión pública en España. La mayoría de los periódicos pedían la ruptura de relaciones „con un Gobierno que, engreído con sus victorias, ostentaba en su política exterior la insoportable impertinencia del advenedizo“ (1). Se creyó de veras que Bismarck iría adelante, a pesar de lo cual la exaltación patriótica llegó al extremo de derribar el escudo y el asta-bandera de la embajada alemana. Es interesante la nota oficial del Consejo del día 5 de Mayo después de estos sucesos y de la excitación pública en toda España: „El señor Cánovas del Castillo planteó la cuestión de confianza, haciendo presente a Su Majestad la gravedad de la cuestión internacional que estaba sobre el tapete, y que en orden a la política interior del Estado, se hallaba íntimamente relacionada con el prestigio de la Monarquía. El Rey contestó que él no podía tener otros intereses que los de la Patria, y que antes que una popularidad efímera y mal fundada, debía pensar si, aceptando los procedimientos de la pasión, no darían lugar a más dolorosos desmembramientos, que por ningún concepto debía consentir.“

La nota que se envió al Gobierno alemán como resultado de esta actitud fué „enérgica en el fondo y templada en la forma“ — exactamente igual que muchas otras enviadas de 1914 a 1918 —. Pero entonces el pueblo contestó al día siguiente con nuevas manifestaciones: hubo colisiones con la fuerza pública, heridos, presos. Los generales iban a ofrecerse al ministro de la Guerra y los de la armada al de Marina. Toda Europa vió venir la nube de otra guerra. Bismarck, entonces, retrocedió. Medió el arbitraje del Papa León XIII, y esta vez triunfó España. No necesitamos dar crédito al libro del Dr. Seffcken (2), ex diplomático y publicista alemán, según el cual Alfonso XII había renunciado formalmente, en

---

(1) *La Correspondencia Militar* publicó el 20 de Agosto un artículo sosteniendo que en caso de guerra con Alemania, la preponderancia de ésta sería más ilusoria que real, pues ni contaba con escuadra para transportar ni desembarcar un ejército, ni tenía en Filipinas la base de operaciones, los parques, abastecimientos y demás elementos que nosotros; que sus expediciones habrían sido conocidas porque tenían que atravesar el Canal de Suez, y su tesoro no estaba muy desahogado para una expedición de esta índole, en que habría tenido que organizarlo y disponerlo todo en tanto que nosotros ya lo teníamos en su mayor parte dispuesto y contando allí con una escuadra superior a la suya en realidad y con soldados indígenas que no sufren las terribles bajas que experimentarían los alemanes.

(2) Citado por Jerónimo Becker en su libro *Relaciones diplomáticas entre España y la Santa Sede en el siglo XX*.

nombre de España, a la posesión de las Carolinas, y el conflicto surgió cuando Bismarck quiso hacer efectivo el compromiso. En esta invención aparece el emperador Guillermo aconsejando a Bismarck que no comprometiera con tan indecoroso pleito a la Monarquía española. La versión explicaría demasiadas cosas, y, sobre todo, dejaría al kaiser en postura gallarda a costa del rey don Alfonso y de sus ministros, si no fuera tan ofensiva como inverosímil.

Alfonso XII muere en Noviembre del 85. La política internacional de su reinado aparece hoy bastante definida, aun incluyendo el mismo episodio de las Carolinas. Sólo el pueblo, movido de patriótica dignidad, abre en esa era política un paréntesis que, como veremos, había de cerrar muy pronto la Regencia.

#### 4. LA REGENCIA Y LA TRIPLE ALIANZA.

Sea cual fuere el efecto que en los últimos días de don Alfonso XII produjera el episodio de las Carolinas, la Regencia continuó el camino anteriormente iniciado y hay motivos para creer que, en época comprendida entre las dos fechas 1887-1892, España hubo de realizar una aproximación a la Triple Alianza, cediendo a gestiones que Alemania practicó sirviéndose de Italia.

Este punto de historia política y diplomática ha sido ya tratado en España. Lo abordó el conde de Romanones en las Cortes de 1904. Un escritor francés, M. Alberto Mousset, en libro reciente sobre *La política exterior de España* (1), deja el tema bien documentado, aunque puedan venir más tarde nuevos esclarecimientos. Dijo entonces el conde de Romanones que España había estado comprometida por espacio de cinco años en la Triple Alianza, sin que conocieran este secreto más que dos o tres personas a lo sumo. Explicó después sus palabras en estos términos: — „Podré no haber sido feliz en la expresión al decir que estuviese España comprometida; pero ahora lo hago ya con más dominio del asunto. En cuestiones relacionadas con la alta política, en cuestiones internacionales, estuvo España adherida, compartió con la Triple Alianza determinados puntos de vista en cuestiones de importancia“. A pesar de la negativa oficial limitada a decir que no había en los Archivos diplo-

---

(1) Madrid, 1918; págs. 77 y siguientes. Sesiones del 7 y 9 de Junio de 1904.

máticos huellas de ningún acuerdo o compromiso, hay otros datos recogidos también en el interesante trabajo de M. Mousset. *Nuova Antologia*, de Roma, dió en su número de Julio-Agosto de 1903 la clave del misterio: — „La Triple, cuando entró en su segundo período activo, podía considerarse como centro de un sistema planetario en cuya órbita gravitaban otras combinaciones de las que derivaba el completo equilibrio. Eran estas combinaciones, principalmente, dos: la primera, constituida por el *acuerdo de tres*, al cual se adhirieron Austria, Inglaterra e Italia, a fin de impedir toda modificación que afectara a la parte oriental del Mediterráneo y, por lo tanto, se refiriese más especialmente a la península balcánica; la segunda, que se proponía el mantenimiento del *statu quo* en la parte occidental de dicho mar, unía a España e Italia. Pero la primera no tuvo virtualidad especialmente por culpa, o al menos por causa de Austria; la segunda no condujo a ningún resultado por causa de España“. — La *Neue Freie Presse*, de Viena, aseguró en 1904 que aun cuando España no perteneció nunca de un modo definitivo a la Tríplíce, existió realmente un pacto entre España y las tres potencias aliadas. — „Prevaleció — agrega — la opinión española, que nunca vió con gusto los compromisos de España con la Tríplíce“. — En las *Questioni internazionali*, de Crispi, dice, hablando de una conversación con el canciller alemán Caprivi en 1890: — „Le recordé a Caprivi que en 1887 teníamos, por un cambio de notas, asociada a España a nuestra acción. El marqués de la Vega de Armijo ha desatendido las inteligencias acordadas. En la actualidad, habiendo vuelto al Poder el duque de Tetuán, nuestro amigo, es conveniente reanudar las antiguas amistades y estrechar las relaciones con España“. El mismo Crispi, en otro libro, *Politica esterna*, alude a una „entente“ vigente entre Italia y España.

Esta aproximación entre las dos penínsulas pudo tener por resultado la concesión de una estación naval y depósito de carbón en el mar Rojo, estipulados ya formalmente. Pero el convenio no se llegó a poner en práctica. ¿Por qué? ¿Fué sólo descuido? ¿O fué temor de ir demasiado lejos en una amistad que toda la diplomacia europea seguía muy atentamente? El compromiso se contrajo en Febrero de 1887 — fecha de la renovación de la Triple y de la constitución de otra Triple alianza oriental de Inglaterra, Austria e Italia —, llevando las negociaciones secretas el ministro de Estado, Moret. Pronto se vió fuera de España el alcance de la combinación y se sospechó la ingerencia germánica en la política internacional española. A una protesta oficiosa de la prensa española

España i estuvo  
en la Tríplíce?

contestó con esta interesante nota *La Correspondencia Política* de Viena: „España simpatiza sin reservas de ninguna clase con las orientaciones conservadoras de la Triple Alianza. Se asociaría a ésta si su situación geográfica fuese diferente, pero la necesidad de la conservación individual la impide entrar en una asociación de esta naturaleza. Francia es el único adversario posible de España. Esa nación no tiene más que abrir sus fronteras para inundar la península española de refugiados y de emigrados republicanos y carlistas. A España le es forzoso mantener buenas relaciones con su vecina. Mas sería un grave error creer que el marqués de la Vega de Armijo es un enemigo de la Triple. Él fué quien acompañó a Alfonso XII a Viena y quien fué acusado por la opinión española de haber firmado en Hamburgo un pacto secreto con Alemania“.

*¿Pacto secreto con Alemania?*

Esta nota, atribuida al propio Vega de Armijo, revelaba, no sólo nuestra situación internacional, sino también la situación interior. Era la Regencia la que simpatizaba „sin reservas de ninguna clase con la Triple Alianza“. Pero estaban en contra la situación geográfica, el peligro antidinástico en la frontera, y aun olvidó el ministro de Estado de don Alfonso XII otro factor: la opinión española. Hemos seguido con alguna prolijidad el libro de Mousset en este misterioso compromiso de Madrid con Berlín y Viena en gracia al interés que tiene como precedente. Reproduciremos, para terminar, estas palabras: „Una indiscreción cometida, al parecer, en el Real Alcázar, permitió al embajador francés revelar, más o menos exactamente, lo ocurrido a su Gobierno. Dió cuenta de que el Gabinete de Madrid se había comprometido a enviar en el caso de estallar una guerra franco-alemana, unos cien mil hombres a la frontera pirenaica, con el fin de inmovilizar a los cuerpos de ejército franceses 16, 17 y 18. . .“ Todo ello, así como las versiones que atribuían el compromiso militar a don Alfonso XII y al marqués de la Vega de Armijo, si no expresan realidades, manifiestan las sospechas de Europa, mientras el pueblo español permanecía en absoluto ajeno a cuanto quisieran hacer de él. ¿Conseguirá el mundo, como resultado de esta guerra, que acabe para siempre la gran iniquidad de los convenios y tratados secretos?

*Iniquidad de los pactos secretos.*

## CAPÍTULO III

### Del desastre colonial a la guerra de 1914.

*El aislamiento del 98. — El criterio de España y el de las cancillerías europeas. Sacrificio sin grandeza. — ¿Con Francia o con Inglaterra? — Interviene Alemania. La política del „statu quo“ en Marruecos. — El kaiser en Tánger. — Aproximación franco-hispano-británica. — Los pactos de Cartagena. — Quejas de España.*

#### 1. EL AISLAMIENTO DEL 98.

**L**A misma Regencia fué, a despecho de todo, la que había de detenerse en este camino de su política exterior. Decidió „la necesidad de la conservación“, la fatalidad geográfica a que aludía sin retórica, el menos francófilo de los ministros de Alfonso XII. Al acercarse a la mayor edad su hijo don Alfonso XIII ya se había desvanecido el peligro republicano y nada había que temer de Ruiz Zorrilla, ni del legitimismo. Fué el propio Moret, el ministro de Estado de 1887, el que siguió con Francia negociaciones que indicaban un cambio de política. Ya en el 91, cuando Crispi y el canciller Caprivi se dirigieron al Gobierno conservador para completar con la adhesión de España la renovación de la Triple Alianza por otro período de seis años, el duque de Tetuán — su amigo — no pudo acceder. La prensa alemana y austriaca reconocieron que la opinión en España era hostil a una aproximación hispano-germana, y son del duque de Tetuán estas palabras pronunciadas ante las Cortes con motivo del tratado de Comercio entre España y Alemania: — „Yo entiendo que no hay para qué ocuparse del convenio concertado con Alemania, respondiendo al deseo unánime de la opinión, manifestado de

modo tan terminante y explícito cual no se ha conocido nunca en este país ni para manifestaciones políticas ni para las económicas.» — Del 92 es el *modus vivendi* con Francia, y del 95 la internacionalización del canal de Formosa, donde se demostró la buena amistad de Francia y donde Alemania adoptó con nosotros — según frases de Vázquez Mella — una actitud *recelosa y fría* (1). Pero no hay aún sino principios de aproximación entre Francia y España con motivo de Marruecos. La actitud de reserva continúa.

Llegamos al año del desastre, al 98. España sufrió entonces algo peor que la pérdida de territorios coloniales: sufrió grandes vergüenzas, y los que asistimos al fracaso de las armas y al más lamentable de los hombres y del pueblo que no les castigó, necesitamos hacer un esfuerzo violento para juzgar serenamente, pensando que vivimos ya en otro siglo y que esta España es también otra. A un político que nunca temió cargarse de compromisos y responsabilidades, le hemos oído decir: — „Yo nazco todas las mañanas“. — Una nación puede nacer todas las mañanas, pero ya que el pasado tiene tanta fuerza entre nosotros, convendría estar a las glorias y a las memorias. Al objeto de este libro sólo interesa ver cómo respondieron las demás naciones a los angustiosos llamamientos del Gobierno español, a partir del día en que los Estados Unidos y su presidente Mac-Kinley creyeron llegada la hora de que Cuba cayera en sus manos „como una manzana madura“. Se ha hablado mucho de la cruel indiferencia de todas, de la „complicidad“ de Inglaterra, de la proposición del Gabinete austro-húngaro a las potencias europeas, así como del gesto amenazador del almirante de la escuadra alemana fondeada en la bahía de Manila, frente a la escuadra de Dewey.

Hubo, en efecto, gestiones fracasadas por el mínimo ardor que pusieron en sostenerlas cuantos las iniciaron. La Regente confiaba hasta última hora en Austria Hungría como gran potencia intercesora, y su gestión no tuvo eco porque el criterio de Europa acerca de la situación de nuestras colonias era favorable a la posición adoptada por los Estados Unidos y contrario al pleno dominio de España. De ese criterio sólo participaba dentro de España Pi y Margall, que leído hoy descubre admirable clarividencia y espíritu profético (2). Pero Pi y Margall aceptaba,

(1) Sesión del Congreso de los Diputados, 8 de Julio del 96.

(2) Véase *El Nuevo Régimen y Cartas íntimas*, libro póstumo. Madrid, 1911. Librería de los Suc. de Hernando.

pedía todos los sacrificios. Aconsejaba renunciar a todo, incluso a las alianzas. Su desprendimiento equivalía a un suicidio por pobreza de sangre, por frialdad de sangre. Pero desde fuera, las cancillerías, siempre crueles, pensaban lo mismo, bajo la presión interesada de la poderosa Norte-América y aceptaron, como obra de justicia, nuestro sacrificio.

En vano revolver los archivos y buscar documentos diplomáticos que proyecten una luz nueva. ¿Nos aisló Inglaterra por el deseo de dejar paso libre a la política norteamericana, o éramos nosotros los que antes nos habíamos aislado? ¿Nos abandonó Alemania por despecho de nuestra política desde 1892, o el abandono era forzoso ante un poder que nadie podía, prudentemente, contrarrestar? Las circunstancias de la derrota — Santiago, Cavite — fueron culpa nuestra. Las condiciones de la paz — ¡Puerto Rico! ¡Filipinas!! — manan sangre todavía y son inolvidables porque entonces tuvieron miedo de sostener su derecho y firmaron el sacrificio de París los gobernantes españoles que habían sido vencidos „por no producir complicaciones ulteriores y mayores males para nuestra nación“. Había muerto Cánovas sin ver las consecuencias de su concepto heroico de la colonización. Han muerto Sagasta, el eterno irresponsable, y Montero Ríos, mandatario del régimen que aceptó veinte millones de dólares a cambio de un archipiélago. Pero ¿es verdad que los años transcurridos nos trajeron otra España? ¿Ha muerto todo el 98? Montero Ríos vió para el conflicto de dignidad nacional una solución semejante a la que Trotschki y Lenin pusieron en práctica en Brest-Litowski frente a las exigencias inaceptables de Alemania vencedora. — „Entre firmar ese tratado — escribía — (1) y negarse en último extremo a las exigencias de los Estados Unidos, hay un término medio que no salva los intereses, pero que siquiera pone a salvo el honor y la dignidad de nuestra patria. Este medio consiste en reemplazar el Tratado por un Acta, en la que consten las exigencias que hacen los Estados Unidos a España y la manifestación de ésta de la absoluta imposibilidad en que se halla, por falta de medios, de oponerse a tales exigencias y que, en su consecuencia, cede a la fuerza, abandonando lo que los Estados Unidos le exigen que entregue y protestando contra la injusticia y la violencia de tales exigencias“. — La última exigencia fué el archipiélago filipino que no figuraba en el protocolo del armisticio, y ante

---

(1) Carta desde París al duque de Almodóvar en 18 de Octubre del 98.

esta expoliación y despojo del vencido, nadie nos amparó, en efecto, y Montero Ríos firmó, porque desde Madrid se lo pidieron como un gran favor, *en sacrificio al orden y a la paz interna*.

Cánovas lo hubiera afrontado todo. Tenía el deber de mantenerse fiel a su interpretación heroica de la Historia de España, y no es verosímil que se negara a pactar con Cleveland y con Máximo Gómez, por el honor de la bandera, que dijera en los Consejos y en las Cortes: — La autonomía sería la pérdida de Cuba, y la pérdida de Cuba sería mi muerte, no ya política, sino física —, para acabar firmando el despojo de Cuba, Puerto Rico y Filipinas por la tranquilidad interior y por veinte millones de pesos. Es decir, que gobernó una mano de hierro cuando hacían falta hombres flexibles, y gobernaron los hombres flexibles cuando hizo falta el héroe. Más aún, no se quiso ver en la cuestión de Cuba un mal negocio que convenía liquidar con provecho, y a última hora, después de tantos sacrificios, se manchó la leyenda con un traspaso por fuerza mayor inverosímilmente ruinoso. Y si nosotros usamos tan a destiempo de la dignidad, ¿cómo sorprendernos de que las grandes potencias no supieran venir oportunamente en nuestra ayuda ni antes ni después de esta guerra que preparó Cánovas con locura temeraria y acabó Montero Ríos con humillación? Estuvimos solos, como era de temer, dado nuestro aislamiento, y Alemania no hizo por nosotros más que Francia; al contrario, su respuesta a la proposición austro-húngara fué la única francamente hostil a todo propósito de amigable mediación.

## 2. ¿CON FRANCIA O CON INGLATERRA? — INTERVIENE ALEMANIA.

Esta pregunta caracteriza largos períodos de nuestra política exterior; pero más especialmente puede servirnos para definir el que va desde el año 98 hasta la conferencia de Algeciras. Al perder las colonias, nuestros problemas internacionales se redujeron al Mediterráneo y a Marruecos especialmente. África volvió a ser un horizonte. Y en África los españoles se encontraban con las dos potencias que por intereses y por tradición tenían andado más camino: Francia e Inglaterra.

España tenía su política del problema marroquí en la segunda mitad del siglo XIX. Cuando vió que los tiempos no eran propicios a la acción, esa política consistió en mantener el *statu quo*. Así lo procuró

Cánovas. Las sociedades geográficas, la de Africanistas, el Ateneo y otras corporaciones inspiradas por el pensamiento patriótico de Costa formularon el año 85 un programa de política hispano-marroquí: Defender la integridad de Marruecos bajo la soberanía del sultán, por la diplomacia y por las armas, considerando toda amenaza contra aquel Estado como una amenaza contra nuestra propia independencia o nuestro propio suelo. Estrechar las relaciones entre el pueblo español y el marroquí. Fomentar positivamente el adelanto social y económico de aquel pueblo. Era un programa que un gran español planeaba muy bien y que España realizaba muy mal. Después del 98 se comprendió que era preferible ir de acuerdo con Europa ya que nosotros solos no podíamos ni realizar ni impedir la transformación de Marruecos. Y aquí empezaba la duda. ¿De acuerdo con Francia que seguía desde Argelia una política cada vez más activa? ¿De acuerdo con Inglaterra, su rival? Nuestra delicada situación nos acercaba y nos alejaba alternativamente de una y de otra. Fracasó un acuerdo hispano-inglés en 1899. No se llegó a firmar otro acuerdo franco-español, muy favorable para nosotros, en 1902. Queríamos estar seguros de todo riesgo: — „Prefiero en los negocios de mi patria — escribía Silvela, presidente del Consejo en aquella fecha — menor beneficio con titulación libre de riesgos y litigios, a ganancias gruesas con aventuras que correr entre contiendas de poderosos“. Era la filosofía política de la derrota. El ¡guarda, que es podenco! Prudencia obligada, quizá, por muchas razones, pero que nos hizo perder la mejor ocasión, porque entonces se inició la *Entente*: — „La disposición del *Quai d'Orsay* — dice Mousset (1) que tiene motivos para hablar de las intenciones francesas — no podía ser la misma una vez en vías de arreglo sus desavenencias con el Gabinete de Londres. De esto se percataron demasiado tarde en Madrid, cuando en 1903 se quiso volver a las grandes líneas del acuerdo de 1902. Francia ya estudiaba el medio de obtener, al precio de concesiones equivalentes, que la Gran Bretaña desistiera de sus pretensiones en Marruecos. Iba, pues, a encontrarse en la obligación de hacer pagar a España, en ulteriores acuerdos, su parte de cuota en los sacrificios consensidos“.

A ese período corresponde ya una campaña de la política de Berlín con propósito de rehacer los grupos complementarios de la Triple Alianza. Para España había de tener cierta apariencia lógica el argu-

(1) *Ob. cit.*, pág. 141.

mento de que unidas Francia e Inglaterra, prescindirían de ella y, faltando la base a su política de los últimos años, la única solución para el problema del Mediterráneo y para el de Marruecos, consistía en inclinarse a la Triple Alianza. Era embajador de Alemania en Madrid Radowitz y de Austria el conde de Dubsky. Favorecían su causa en la corte el rumbo que iba tomando ya la política francesa en sentido radical y la reacción que podía observarse fácilmente en la sociedad española. Las aficiones militares del rey don Alfonso les hacían suponer que el prestigio técnico de Alemania en las Academias y en los cuarteles podría traducirse en resultados políticos. Primero fué a Vigo una escuadra alemana y en ella el príncipe Enrique de Prusia, que vino a Madrid. Luego llegó a Vigo también el mismo kaiser, y don Alfonso se entrevistó con él a bordo del *Frederick Karl* — 16 de Marzo de 1904 —. Acompañaron entonces al rey los ministros de Estado y Marina del gabinete Maura. La idea, meditada o involuntaria, de impresionar a un monarca de diez y ocho años y de una nación disminuida ante la poderosa y férrea majestad imperial, quitó a este primer diálogo toda cordialidad. Se sabe que el efecto fué contraproducente. En París se ha dicho que cuando Alfonso XIII habló de las negociaciones sobre Marruecos el emperador Guillermo le contestó: — *Es con Francia con quien debéis tratar para todo lo de Marruecos* (1). Y se agrega como demostración del desinterés de Alemania en aquella fecha, el dato de que a pesar de varias invitaciones el kaiser pasó de largo por el Estrecho y no quiso detenerse en Tánger. No había llegado todavía el momento.

Pero entonces estaba labrándose la *Entente* franco-inglesa. Cuando se firmó — al mes siguiente del viaje a Vigo —, a pesar de que «tomaba en consideración» nuestros intereses y anunciaba otro acuerdo franco-español (2), hubo el natural movimiento de inquietud y de despecho. España «no se sentaba a la mesa de Francia e Inglaterra». Vino al fin,

---

(1) Louis Maurice: *La politique marocaine de l'Allemagne*. París, 1916. Librairie Plon, pág. 10.

(2) Dice así el art. 8.º de la Declaración de 8 Abril 1904:

«Los dos gobiernos (Francia e Inglaterra), inspirándose en sus sentimientos sinceramente amistosos para España, toman en particular consideración los intereses que tiene por su posición geográfica y por sus posesiones en la costa marroquí del Mediterráneo y a propósito de los cuales el Gobierno francés se concertará con el Gobierno español.» En despachos oficiales se reforzó este compromiso.

tras cierto movimiento de opinión en favor de las aspiraciones colonizadoras de España en Marruecos, el arreglo franco-español de 3 de Octubre de 1904: España adherida a la declaración franco-británica; una zona de influencia española (mucho más pequeña que la del proyecto de 1902), *statu quo* de Tánger. La nota publicada como única referencia oficial del convenio secreto, contiene estas palabras: «Habiéndose puesto de acuerdo los gobiernos francés y español. . . declaran que quedan firmemente interesados en la integridad de Marruecos bajo la completa soberanía del sultán». — Es el tema, el *leit motif* de Cánovas y de Costa, que suena bastante apagado como fondo de otros motivos nuevos. Era, sin embargo, el mismo que había de recoger a toda orquesta y con las más vibrantes fanfarrias el emperador Guillermo en su inesperado viaje a Tánger el 31 de Marzo de 1905.

— Vengo a visitar hoy al sultán — dijo en el muelle de Tánger al desembarcar del *Hohenzollern* — en su calidad de soberano independiente. Espero que, bajo la soberanía del sultán, permanecerá abierto a la concurrencia de todas las naciones un Marruecos libre, sin monopolio y sin anexión, sobre la base de una igualdad absoluta. Mi visita a Tánger tiene por objeto hacer saber que estoy decidido a hacer todo lo que esté en mi mano para defender eficazmente los intereses de Alemania en Marruecos. Puesto que yo considero al sultán como soberano absolutamente libre, con él es con quien quiero entenderme sobre los medios adecuados para defender esos intereses. En cuanto a las reformas que el sultán tiene intención de hacer, me parece que es preciso proceder con muchas precauciones, teniendo en cuenta los sentimientos religiosos del pueblo, para que no sea turbado el orden público». — Era el lenguaje audaz que hubiera podido emplear España frente al acuerdo franco-inglés si sus propósitos la llevaran a buscar una guerra. Pero si a Alemania le faltaba personalidad para hablar así, el kaiser, por su voluntad, se la tomaba. Nada valían las declaraciones anteriores. Lo importante era *el acto* de ahora, por el cual Alemania negaba valor al reconocimiento del derecho de España y Francia a velar por la tranquilidad de Marruecos y a prestarle asistencia para las reformas administrativas, financieras y militares, o lo que es lo mismo, a intervenir en la política interior marroquí.

La emoción de Europa ante el peligro de la guerra no fué tan intensa en España, sin duda porque la diplomacia alemana volvía a trabajar en Madrid. Acerca de lo que averiguaron o supusieron los fran-

ceses nos orienta de nuevo el libro de Mousset (1). A su juicio, las gestiones de Radowitz demostraban que su misión era arrancar al Gobierno de Su Majestad alguna declaración que entibiase las cordiales relaciones hispano-francesas. „Y tan cierto es esto, que habiendo recibido los agentes consulares de España en Tánger órdenes de su Gobierno de abstenerse durante el viaje del emperador alemán de toda manifestación contraria al espíritu de la *Entente* franco-española, dicho diplomático pidió que las significativas tendencias francófilas en que se inspiraban estas órdenes fuesen corregidas por un compromiso público que afirmase la intención de España de respetar en absoluto la libertad comercial en el Imperio jerifiano. El ministro de Estado negóse a semejante pretensión, pero no por ello se dió por vencido el embajador alemán, quien, con intemperancias de lenguaje y poco escrupuloso en escoger los medios para conseguir sus fines, ideaba cada día algo nuevo. Unas veces quería hacer ver al Gobierno español que los convenios entre España y Francia posteriores a la conferencia de Madrid de 1880 eran nulos jurídicamente; otras insinuaba que el *statu quo* a que dichos convenios aludían era el mantenimiento de la igualdad entre las potencias en sus relaciones con el Maghzen, cuando de lo que en realidad se trataba era de sostener la soberanía del sultán. Al convencerse de lo infructuoso de sus maquinaciones acudió de nuevo a su objetivo primero, o sea a obtener con malas artes una declaración del Gobierno de España que hiriese la susceptibilidad francesa. La diplomacia imperial, para salir del embrollo marroquí en que ella misma se había metido, elaboró un proyecto de conferencia internacional y el embajador alemán hizo gestiones cerca del Gobierno real con el fin de que España reconociese la oportunidad de dicho proyecto. Mas le expresó que acomodaría su actitud a la de los Gabinetes [de París y Londres“.

Radowitz

En el lenguaje de hoy esto se llamaría una ofensiva diplomática „de gran estilo“. La verdad es que el „embrollo“ fué hecho a conciencia, y la diplomacia imperial, que atacaba, no perdió nunca terreno. Un diario madrileño, *La Correspondencia Militar*, ha revelado que antes de ir a Tánger el kaiser debía visitar a Alfonso XIII en Vigo; el *Quai d'Orsay* advirtió que consideraba como poco favorable para la amistad de Francia una entrevista de los dos soberanos antes de que el rey de España hubiese devuelto su visita al presidente M. Loubet, y entonces

(1) *Ob. cit.*, pág. 157 y siguientes.

010: → el Gobierno de Madrid envió un telegrama a Wilhemstrasse, la víspera de la salida del kaiser, anunciando que don Alfonso no podría estar en Vigo en la fecha fijada porque tenía que recibir en Gibraltar al duque de Connaught, pero que un infante se encontraría en Vigo, ante lo cual Guillermo II dispuso el viaje directamente a Tánger. Ello no fué obstáculo para que continuara la misma política de atracción a España con objeto de separarla de la *Entente*. Tattenbach, desde Fez, halagaba las esperanzas españolas asegurándonos el primer puerto en Marruecos. Hubo un proyecto de viaje regio a Berlín que debía coincidir precisamente con las fiestas del aniversario de Sedán y que no se realizó entonces porque don Alfonso conocía bien la historia del reinado de su padre. Y hubo, por último, el viaje en Noviembre del mismo año 5. Todas esas gestiones de aproximación coincidían con los preparativos de la conferencia de Algeciras, que, siendo iniciativa de Alemania, puede considerarse como ensayo de continuación de la política planteada por Guillermo II en el muelle de Tánger.

### 3. LOS PACTOS DE CARTAGENA.

Llegamos a los acuerdos de Cartagena; es decir, al estado de relaciones internacionales en que nos sorprendió la guerra. Unimos en un solo periodo de aproximación franco-española e hispano-británica todo: los actos políticos que van desde la boda de Alfonso XIII con la princesa de Battenberg, en 1906, hasta el año terrible de 1914; la entrevista de Cartagena con Eduardo VII; el tratado franco-español de 1912; la visita a M. Poincaré en París, y el viaje del presidente a Madrid con la segunda entrevista de Cartagena. Ya no tiene que vacilar España entre Inglaterra y Francia. Parece que tampoco debía vacilar entre la *Entente* y la Triple Alianza, pues la vemos envuelta por la política occidental, que no la deja libertad de movimientos para seguir dudando. Ha adquirido compromisos; ha anudado nuevos y más estrechos lazos. Está bien claro el sentido de esos pactos, contraídos públicamente, aunque su alcance sea secreto. No ha faltado tampoco el apoyo de la opinión. . .

A distancia éste será el periodo más cordial, el de la realización y efectividad de los programas de España y de Francia en Marruecos: el de la *leal colaboración*. Sin embargo, visto de cerca no hay otro en que más expresivamente se refleje la extraña situación de nuestra patria,

condenada a una eterna actitud indecisa, suspicaz y sospechosa. Al escribir estas páginas, y sobre todo, al ir reuniendo los datos en que se apoyan, hemos deducido serena e imparcialmente que si en este período abundan los momentos de tirantez con Francia y continúan con varia fortuna los tanteos de la *Wilhemstrasse*, era más por culpa de Francia que de España. Juzgamos hoy la diplomacia anterior a la guerra a través de muy duras lecciones, y hemos visto cómo la propia Francia ha reconocido en estos cuatro años muchos errores, entre ellos el de su conducta con España a propósito de Marruecos.

La ejecución del acta de Algeciras fué ya motivo de discordancias, desvanecidas casi siempre merced a la buena voluntad de España. Quedó afirmado en Cartagena, con el aval de Eduardo VII, un acuerdo anglo-franco-español, garantía de la paz europea, basada en el *statu quo* del Mediterráneo, de Marruecos y del Oeste africano. No varía, como se ve, nuestra política ni el resorte a que acude la diplomacia para mover a España. Pero el Imperio marroquí se derrumbaba. Sucede Hafid a Abdelaziz, sin que disminuya la influencia francesa; antes al contrario, gana terreno Francia en el gobierno efectivo de Marruecos, tanto que Alemania, comprendiendo que la lucha era estéril, firma el acuerdo Schoen-Cambon, Febrero de 1909, por el cual Francia queda en libertad de influir sobre Marruecos sin salirse del acta de Algeciras, a cambio de que Alemania participe en las grandes empresas económicas del Imperio. Libertad económica y respeto a los intereses comerciales e industriales alemanes; libertad de acción política encaminada a la consolidación del orden y de la paz interior marroquí para los franceses. ¿Y España? España fué separada de esta conversación franco-alemana por Guillermo II. Por no quedarse fuera del acuerdo propuso el Gobierno español firmar una „declaración paralela“ a la de Schoen-Cambon, pero Berlín rechazó la propuesta y París no la amparó tampoco, sugiriendo la idea de una simple „adhesión“, que España juzgó inoportuna.

En esta situación, emprendidas ya las operaciones de Cabo de Agua, como Francia las de Uxda y Casablanca, vinieron los sucesos de Melilla con sus dolorosas consecuencias de Agosto de 1909, la semana sangrienta y la represión en Barcelona. Bien o mal — más mal que bien —, España dominó su crisis interior con la entrada de los liberales; contuvo la desmoralización del „Barranco del Lobo“, prosiguiendo con grandes elementos sus operaciones de África, y arregló con Muley Hafid el acuerdo hispano-marroquí que debió asegurarnos el título de la acción

en nuestra zona. Pero la relación antigua con Francia no mejora. Seguros con la aquiescencia de Alemania, los franceses continúan su obra en Marruecos: primero, en la Chauia; luego, en Fez. A nosotros, en cambio, procuran levantarnos toda suerte de obstáculos. Un eminente diplomático de espíritu tan mesurado e imparcial como el señor González Hontoria, recoge en su libro *El protectorado francés en Marruecos* los hechos más expresivos de ese estado de cosas. No se trata de un memorial de agravios, puesto que tiende a presentar las enseñanzas del protectorado francés para la acción española, pero ilustra el asunto con autoridad indiscutible: „... El Gabinete de París obraba por sí solo, oponiéndose a la participación del de Madrid en el esfuerzo y en los resultados. Le amparaba en el artículo por el que se estipulaba en el convenio secreto de 1904 que, durante un primer período no superior a quince años, España no ejercería acción en su zona de influencia propia sino de acuerdo con Francia“... „Invocaba el principio de la integridad del Imperio, entendido de modo que no cabían divisiones administrativas autónomas. Por eso cada funcionario español en un servicio marroquí (Banço, Obras públicas, *contrôle* de la Deuda) de jefatura francesa, se veía tratado rigurosamente como subordinado y frustrado de los medios de ayudar a la influencia de su patria. ¡Y no se diga de la situación de nuestro contingente en Casablanca, reducido a servir de testigo en un rincón de la costal Y a cada reforma nueva, si no mediaban circunstancias políticas especiales, surgía el mismo incidente: Francia, celando a España sus propósitos, no fuera que pretendiese una parte en la empresa; España, pretendiéndola, en efecto, no bien se enteraba, y quejándose de la ignorancia en que se la había querido mantener. Los proyectos españoles tropezaban en los más de los casos con la oposición francesa; se trataba en 1910 de construir, de acuerdo con el Maghzen, la carretera Ceuta-Tetuán, y M. Porché-Banes, en la Junta de Obras públicas, saliéndose de sus atribuciones, lo estorbaba; se intentaba en 1911 que el sultán confiase a oficiales españoles la instrucción de sus tropas en nuestra zona, y el Gabinete de París se oponía con el mayor ahinco. Ni que decir tiene que todo agente español que lograba algún crédito en la corte jerifiana pasaba por autor de intrigas contra la influencia francesa. La reorganización del Maghzen venía a significar que en nuestra zona hubiera, de día en día, más focos de influencia francesa y antiespañola; de ahí el antagonismo en que, por regla general, aparecían los representantes españoles y franceses en el seno del Cuerpo diplomático, en el Consejo de Admi-

nistración del Banco de Estado, en las Juntas de Obras públicas, subastas, etc., acerca de todo lo que pudiera afectar al conjunto del Imperio o exclusivamente a la zona española. Respecto a la zona francesa, España, de veras, se desinteresaba". Hemos reproducido estos cargos porque tienen doble importancia: de un lado, para determinar la constante inquietud de nuestros pactos internacionales; de otro, para explicar estados de opinión en España que sin esos datos serían incomprensibles, especialmente en los medios militares. Recuérdese la protesta del general D'Amade, que hizo necesaria una reparación; las dificultades para la designación del delegado del sultán en el Riff, y la hostilidad a nuestras operaciones de Larache y Alcázar, acto con el que Canalejas se anticipó un mes al golpe de Agadir.

Agadir, que fué otro tirón de la *Wilhemstrasse*, tan violento y tan inesperado como el de Tánger, trajo un nuevo arreglo franco-alemán. También esta vez España quedó a un lado, considerando Francia que a tal „explicación“ entre las dos potencias no tenía para qué asistir una tercera, y desentendiéndose Alemania, que desde 1909 había seguido el sistema de tratar con Francia respecto a *todo* Marruecos, bien entendido que había un partícipe eventual, España, mas dejando a Francia el cuidado de liquidar con él" (1). El Gabinete de Berlín había presentado el envío del *Panther* a Agadir como efecto de la imposibilidad de que la opinión pública alemana soportase más tiempo que el Gobierno imperial se despreocupara de los asuntos de Marruecos a la hora en que franceses y españoles no parecían ya querer atenerse al acta de Algeciras, y hubo gestiones para que España, en consecuencia, tratase también; pero el convenio franco-alemán se hizo, advirtiendo Alemania „que permanecería ajena a los acuerdos particulares que Francia y España creyeran deber hacer entre sí a propósito de Marruecos“. Para enlazar otra vez con la política europea era preciso, por consiguiente, negociar con Francia, y Francia nos pidió que contribuyésemos a los sacrificios hechos para levantar la hipoteca alemana sobre Marruecos, indemnizándola con algunas cesiones de nuestra esfera de influencia. El tratado de 1912 fué ratificación de derechos que se nos habían reconocido en tratados anteriores; pero si bien no nos costó abandonar Larache y Alcázar, como los colonistas franceses querían, redujo nuestra zona y nos hizo renunciar a

---

(1) Manuel González Hontoria: *El protectorado francés en Marruecos*. Madrid, 1915. Pub. de la Resid. de Est., pág. 244.

que Tánger siguiera dentro de ella, como constaba en el convenio de 1904. El *statu quo* del Mogreb había pasado a la Historia. Al desvanecerse las esperanzas de España nos quedaba el Norte marroquí como una pequeña prenda; pero teníamos „la titulación libre de riesgos, litigios y contiendas de poderosos“, según la prudente frase de D. Francisco Silvela.

Después del tratado hay otro viaje a París de Alfonso XIII y el de M. Poincaré a Madrid. Ambos Gobiernos procuraron preparar algo más que un acuerdo circunstancial, y así se interpreta la última entrevista de Cartagena como un ensanche de la *leal colaboración*. Hemos de examinar a su tiempo el alcance de los pactos de Cartagena, ya que al declararse la guerra fué éste un tema más que palpitante, emocionante. Por ahora baste con apuntar la eterna contradicción en que vivía nuestra política exterior, y señalar, tras los movimientos demasiado bruscos del colonismo francés, la sombra furtiva de la diplomacia alemana, dispuesta a deslizarse hábilmente y a trabajar *pro domo sua*.

Bien claro aparece, a través de este sumario de nuestra política internacional en los años anteriores a la guerra, cuál es la tendencia de España: aguardar una problemática reconstitución, y mientras tanto no entregarse a nadie. Fuimos detrás de Francia, sin embargo, por no perderlo todo. Ni Francia supo mantener en la práctica sus pactos, ni España quiso avenirse a una situación de inferioridad. De esta tirantez no aprovechó Alemania — que seguía un juego más amplio frente a la política colonizadora de Francia e Inglaterra — sino los momentos muertos en que no la convenía obrar por su cuenta. En ningún caso, ni aun en esos momentos, el Imperio alemán demostró con su política el menor interés por España.

SEGUNDA PARTE

---

EL HALLAZGO DE LA NEUTRALIDAD



## CAPÍTULO IV

### Estalla la guerra. — Primeras emociones.

*España en el año 14. — Temas de prensa. — Resurrección del proceso Ferrer. Bélgica y los españolistas. — Las derechas se agitan. — Los xenófobos de la extrema derecha. — Ante la guerra. — Una maniobra inicial. — Los germanófilos de la vispera. — Contra el cumplimiento del pacto de Cartagena. — Estupor de unos y premeditación de otros. — Primeros días de guerra. — La Corte en San Sebastián. — Sensación de la derrota. — El avance alemán. — La opinión, blanda, se deja impresionar. — „Alemania es invencible“.*

#### 1. ESPAÑA EN JULIO DEL 14.

EN Julio de 1914 vive España un período de calma, preparatorio de la siesta canicular. La Corte en el Cantábrico, el Congreso discutiendo, aplazando, mejor dicho, el proyecto de segunda escuadra y sustituyéndolo por un barquito explorador. Tiros en Marruecos. El conde de Romanones va a Tánger y desde allí recuerda a los españoles que tenemos compromisos internacionales en África y no debemos renunciar a nuestra parte de soberanía. Pero las preocupaciones internas bastan, y si no fuera porque el verano predispone al optimismo — vacaciones y buenas cosechas, viajes al mar y al campo, ferias, corridas de toros —, la situación económica hubiera amargado a nuestros gobernantes aquella hora de paz. La Hacienda en déficit perpetuo y el obrero bien enterado ya del sarcasmo que envuelven los elogios a su frugalidad y la virtud de un pedazo de pan y un racimo de uvas. Sin embargo, alguna vez miramos al otro lado de la frontera, y precisamente en el mes de Julio, aniversario de los sucesos de 1909 y de la „Semana sangrienta“, algunos diarios juzgan la conducta de Francia que ayudó a la

apoteosis de Ferrer, y piden al municipio de Bruselas algo más que un traslado del monumento erigido en memoria del „falso apóstol“.

No es ajeno al tema principal de este libro el hecho de que cuando estalló la guerra, Madrid en los periódicos y Barcelona en las calles, volvían a discutir el proceso Ferrer. La discusión encerraba entonces una protesta de la España que le fusiló contra la desfavorable opinión extranjera, y esta protesta fué luego un motivo más de hostilidad a Francia y una atenuante para la absolución del crimen contra Bélgica, sin querer recordar que Alemania protestó también. El monumento a Ferrer pareció testimonio perdurable de un error cometido por personas que presenciaban en vida el juicio de la Historia. Era muy duro para los responsables de aquellos terribles episodios y de sus consecuencias ver perpetuada en piedra la glorificación de lo que juzgaron indigno de piedad a la hora de castigarlo con la última pena. Como en otras represiones del mismo abolengo, los hombres de 1909 se condujeron con arreglo a su conciencia y creyeron cumplir la ley. Es lógico que se alzarán contra el fallo y mucho más lógico todavía que no lo comprendieran, porque su ley y su conciencia seguían diciéndoles que tenían razón y que los extranjeros hacían mal en juzgar sobre hechos y personas que desconocían. Ya entonces, la opinión liberal española — no sólo de radicales y republicanos — advirtió a los agitadores de esta campaña que era difícil borrar el símbolo del monumento belga. Ya no era Ferrer, cuya figura estaba muy lejos de merecer la inmortalidad; era la interpretación universal de los sucesos de 1909, en cuyo centro no habían querido colocar los sindicatos de Bruselas sino la imagen legendaria de una víctima. Más fácil hubiera sido derribar la estatua de Ferrer y la leyenda que contribuyó a erigirla, con actos que significaran comprensión, rectificación. Pero obstinarse en revisar idealmente el proceso para terminarlo con la misma violencia, era reforzar el concepto que de nuestra raza tenía Flandes, país predispuesto, por razones históricas, a presentarnos como imagen de la intolerancia.

Siguió esa campaña muy arduamente el partido maurista en los periódicos afectos a la política de 1909. Es de advertir que, mientras la propaganda liberal y conservadora, y aun la de las izquierdas, había entrado en un período de laxitud, las derechas — con sus vanguardias de jóvenes mauristas — daban la impresión de más inquieta y turbulenta vitalidad. Lo demostraron en las elecciones municipales por Madrid y

en las elecciones generales; en la travesura constante de los *camelots* del señor Maura, dispuestos con cualquier motivo a manifestarse bajo los balcones de Palacio, y en la comunicación espiritual con los guerrilleros de la extrema derecha, con los *requetés* jaimistas. Apartado Maura del poder, el maurismo realizaba — muchas veces contra el propio jefe — el ideal de las clases acomodadas, aristocráticas, que, siendo por naturaleza gubernamentales en un régimen monárquico, gozaban, sin embargo, contra todo gobierno, el derecho de crítica y de oposición irresponsable. Esta opinión había ido formándose fuera de los partidos de turno, y siendo, por regla general, ya que no antipolítica, por lo menos extrapolítica, no comprendía sólo al maurismo, sino que se extendía a zonas neutras, encantadas de poder ser rebeldes sin colocarse fuera de la legalidad. Significaba nueva expresión de un estado social viejo. Por ahora, sólo nos interesa destacar el hecho de que en los años anteriores a la guerra, la acción de ciudadanía política más violenta y más ruidosa, no la ejercían ya los partidos avanzados, liberales, sino las derechas. A partir de 1909 ellas son las que atacan. Los partidos de turno, seguros del poder, descuidan la propaganda de la calle. Sólo se alzan enfrente los socialistas, los obreros, ganando terreno cada día, y algunos casos aislados, como el de Barcelona, donde los radicales contrarrestan el empuje de las derechas por todos los medios, incluso por el revólver de los *jóvenes bárbaros*.

Preocupaciones de carácter internacional no se observan sino en los medios diplomáticos y acaso en los militares, siempre, claro está, alrededor de Marruecos. Pero es necesario señalar una excepción. La prensa jaimista remueve en el mes de Julio temas que podríamos considerar hoy como preludio de la gran sinfonía contra Inglaterra y Francia. Sus comentarios de la vida francesa son siempre mordaces. Ataca „los manejos de la Canadiense en Cataluña“, sin ver los beneficios que puede reportar en regiones abandonadas por nosotros la aplicación del capital americano. „Inglaterra es nuestra enemiga“ — dice con grandes titulares. — Un obrero del Ferrol cuenta cómo ejercen los ingleses la penetración pacífica en España. Dedicó una serie de artículos a satirizar el sueño de un teniente coronel francés que escribe *La partage de l'Allemagne*, sin querer hacerse cargo de que nunca se habría publicado ese libro si antes el alemán Sommerfeld no hubiera soñado *Frankreich's Ende*, „Lo que se verá un día. El reparto de Francia en el año 19??“ Como veremos, era la batuta de don Juan Vázquez Mella la que dirigía

esta interpretación de la decadencia francesa y de la codicia anglicana, y no carece de interés ver que había ya sentimientos vivos de odio entre cierta opinión y que esa prensa los cultivaba con ardor, singularmente desde el atentado de Serajevo.

La opinión española no sentía otros estímulos de carácter más positivo que el odio, y éste hemos de declararlo muy circunscrito a unos cuantos propagandistas de la extrema derecha. El resto de la opinión tenía bastante con los conflictos de dentro de casa. El Gobierno conservador, presidido por el señor Dato, no revelaba ninguna inquietud. Dormía, sí; todo el mundo dormía en España, sin duda porque el mayor contacto con París y con Londres, tan descuidados como nosotros, no nos hacía pensar en la inminencia de una guerra.

## 2. ANTE LA GUERRA. — UNA MANIOBRA INICIAL.

Llegó, pues, de sorpresa. Ya había enviado Alemania su ultimátum a Rusia y muchas personas, muy calificadas, se resistían a creer en la guerra. Confiaban en que Europa, y sobre todo Inglaterra, lograrían localizar el conflicto austro-servio. Pero el 1.º de Agosto, cuando Alemania declara la guerra a Rusia y Francia dispone la movilización, ya está violentamente dividida la opinión española. ¡Caso maravilloso esta explosión súbita e instantánea de pasiones latentes en el espíritu español! En los pocos días que van desde la conminación austriaca a Servia hasta el 2 de Agosto en que Alemania comienza sus operaciones violando la neutralidad del Luxemburgo y patrullando sobre territorio francés, ya se han movilizado también las principales ideas y sobre todo los principales sentimientos agresivos que han de luchar en la guerra civil española, y ya se ha hecho surgir como fórmula de paz interior el concepto de la „estricta neutralidad“.

Ni siquiera se aguarda a que estalle la guerra. El 31 de Julio, *La Epoca*, órgano ministerial, rectifica oficiosamente a la *Gaceta de Colonia*, niega que España tenga en ningún caso compromiso de mandar cien mil hombres a Marruecos para favorecer la acción militar de Francia, y afirma que se atenderá estrictamente a la neutralidad. Aparecieron por primera vez estas palabras como bálsamo para calmar la excitación de ciertos comentarios periodísticos. Y aquí procede apuntar una observación. No es mucho el tiempo transcurrido desde entonces, pero ya

puede apreciarse, con la imparcialidad de un juicio histórico, que al declararse la guerra sólo actúan de manera consciente, obedeciendo a plan y persiguiendo un fin, las derechas que toman desde el primer día partido por los alemanes. Ellas eran las únicas que tenían clave para descifrar el caos de noticias e impresiones contradictorias. Basta recorrer la prensa de aquella fecha. Mientras la que declara sus simpatías por Francia mantiene exquisita reserva, en actitud puramente sentimental, la otra prepara y realiza su ofensiva diaria. Período de emoción para una y de acción para otra. Es más, la primera no se define, sino vagamente; la segunda entra en campaña a conciencia de que inicia una lucha interior. Sabe a fines de Julio que viene fatalmente la guerra: — „La situación de la Tríplice — dice el día 29 — no puede ser mejor que en el momento actual y no creemos que ésta la desaproveche“... (1). Cuenta, desde luego, con la victoria alemana: — „La Francia del caballero Bayardo cayó con honor. La de M. Durand tendrá una caída cancanesca“... — „En menos de tres meses toda Francia se convertirá en un Sedán. Y Dios nos conceda salud para verlo y para gozarlo“ (2). — Ya está adoptada la postura ante la guerra y ya está dado el tono desgarrado, chabacano y garbancesco, tradicional en la polémica de neos y carlistas. Sus errores políticos son los mismos errores de Berlín. Creyó que los ingleses después de embarcar a Francia se quedarían en tierra, como el capitán Araña, y que Italia no dejaría de unirse a los imperios centrales. Acaso sirva para iluminar el plan íntimo de estas primeras acometidas un cálculo de fuerzas publicado el 29 y en el que sitúa a cada nación con uno u otro grupo de beligerantes. — *España con Inglaterra* — dice — . Y agrega: *Pero Inglaterra no luchará.* — Es decir, que este partido de opinión francamente definido, que acepta como bandera las profecías de Vázquez Mella, creyó en un compromiso firme de España con Inglaterra — sin duda la palabra del rey don Alfonso en Cartagena — y trabajó antes de dispararse el primer cañonazo por levantar al pueblo contra el cumplimiento de ese compromiso. Los comentarios al supuesto envío de cien mil hombres a la zona francesa de Marruecos fueron el primer tanteo. Respondió el Gobierno tal como se pedía, y desde ese momento, segura de la eficacia del arma, ya no deja de emplearla siempre que teme algo. Desarrollaba esta primera maniobra dentro del mes de Julio,

(1) Cjrom: *El Correo Español*.

(2) Cirici Ventalló: Artículo de *El Correo Español*, 29 de Julio de 1914.

cuando el resto de la opinión española seguía confiando en que lord Grey conseguiría impedir la guerra. Junto a la prensa que declaraba su simpatía por Alemania, alármanse también otros diarios más cautos en la manifestación de sus preferencias, ante la idea de mover un solo soldado español. Como se ve, los que podían haber contrapesado aquella propaganda o no creen en la guerra o se contienen, parte por estupor y otra parte pensando en la responsabilidad que contraerían si se dejaran llevar de sus impulsos. Como éstos callan, el silencio multiplica la resonancia de la única voz que se atreve a hablar fuerte: la del instinto de conservación. Pero ¿quiénes eran los órganos políticos y periodísticos que estaban preparados para una campaña en favor de la *Entente*? No los hubo. Nadie pensaba en eso. Fué, por consiguiente, una sorpresa paralela a la que sufría la propia *Entente*.

### 3. PRIMEROS DÍAS DE GUERRA.—LA CORTE EN SAN SEBASTIÁN.

Nadie puede impedir el choque y llega la catástrofe en 1.º de Agosto, cuando la vida española, la política, la Corte con los embajadores y los ministros de jornada están en diaria e inmediata comunicación con la frontera francesa. San Sebastián recibió la emoción de la guerra como si fuera el último eslabón de la retaguardia. Tuvo la sensación de la tragedia al llegar los trenes de repatriados de todas categorías: trabajadores y aristócratas, que habían visto partir a los primeros movilizadas y acababan de presenciar los primeros desembarques de heridos. Era la explosión de la bomba en plena fiesta. Esta proximidad aumentó la tensión nerviosa, y los primeros días de guerra se caracterizan por un desconcierto en el que domina la nota pesimista para Francia. Corrían los rumores más absurdos, porque San Sebastián fué desde el mismo día de la ruptura de hostilidades el centro de donde irradiaba toda una información de origen desconocido, pero no siempre desautorizado. Desde el asesinato de Caillaux por un hijo de Calmette, hasta el copo del Estado Mayor francés a las puertas de París; desde los cuatro ingenieros alemanes que vuelan la torre Eiffel, hasta el acuerdo de Inglaterra con Alemania para quedarse con Boulogne y Calais. ¡Guerra de pesadilla vista a través de la nerviosidad de unos espectadores que no aceptaban los partes oficiales, y ávidos de noticias, preferían inventarlas! Bien es verdad que la mayoría de los periódicos, „a título de información“, car-

gaban con todo, sin riesgo de advertir a su público que no debía fiarse de las noticias de un solo origen, es decir, de las oficiales del mando francés.

La repatriación de obreros suministró motivos de queja, pero no tantos como las molestias causadas a los veraneantes. Un escritor aristocrático, don Álvaro Alcalá Galiano, ha descrito esos episodios: — „... Familias ilustres y acaudaladas llegaban de Francia, de Inglaterra, de Alemania, extenuadas tras de largo itinerario. Cada una contaba su viaje, hecho de pie, en los vagones, entre una democrática plebe invadiendo los coches. Habían padecido hambre y mil incomodidades por no hallar en esos malos ratos quien les cambiase dinero español. Ignoro si este contratiempo y el que nuestros „veraneantes“ tuviesen que abandonar Luchon, Biarritz, Cauterets y demás balnearios para dejar los hoteles convertidos de pronto en hospitales, fué motivo de que aumentase el número de *germanófilos*. Había personas resentidísimas con los franceses por esta falta de consideración. . . „¡Mire usted que echarnos a nosotros del hotel cuando vamos allí todos los años!“ . . . No volvían de su asombro, sin caer en la cuenta que quienes más lo sentían eran los hosteleros. Parecía una desconsideración por parte del Gobierno republicano, el echar de aquellos lugares a extranjeros de abo- lengo. “ — (1) La mano de un Estado en guerra es siempre dura, pero la diferencia del trato dado por Francia al embajador alemán Schoen y por Alemania al embajador francés M. Cambon, habría informado mejor a nuestros aristócratas. — Sin embargo — continúa el señor Alcalá Galiano —, las autoridades tuvieron que tomar medidas rápidas para la instalación de los heridos. Día por día iban llegando trenes llenos de lisiados y de enfermos. El espectáculo era desolador. Vimos los grandes hoteles de Biarritz, los casinos y las *villas* cambiar bruscamente de aspecto. En vez de una alegre muchedumbre cosmopolita paseaban, silenciosos, por los jardines y las terrazas, grupos de soldados mutilados o convalecientes“. . . „Casi todas las señoras se convirtieron en *nurses* de hospital. No olvidemos que hubo entre ellas numerosas damas españolas“. El propio señor Alcalá Galiano tiene que censurar la actitud de algunos españoles „cuyas opiniones agresivas dieron lugar a no pocos sinsabores“.

---

(1) Álvaro Alcalá Galiano: *España ante el conflicto europeo, 1914-1915*. Madrid, 1915.

Y ¿se quiere saber cuál es el sentimiento que latía oscuramente en el fondo de esta conducta, como en el de las noticias tendenciosas, y más aún en la proclamación anticipada de la neutralidad? Pues en el fondo estaba la convicción de la derrota rápida de Francia. No se vió en el primer momento sino la guerra entre franceses y alemanes, y cuantos asistieron como espectadores al trastorno de las poblaciones del *Midi*, movilizadas violentamente por el golpe dado desde Berlín, evocaron una fecha: ¡1870! Fué todo tan rápido, que la evocación era fatal. Una vez arrollada la débil resistencia de Bélgica, se suceden día por día los partes oficiales de la retirada: Charleroy, Cirey, Longwy, Luneville, y luego, más vertiginosamente aún, Lille, San Quintín, La Fere, Soissons y el gran efecto de las primeras bombas sobre París. El mes de Agosto caminó muy de prisa. Esos heridos evacuados a las zonas más lejanas de la línea de fuego, transmitieron hasta los pueblecillos fronterizos el horror de la guerra. Las calles, ¡tan risueñas!, las tiendas, los mercados, se llenaron en quince días de mujeres de luto. Llegaban de París viajeros que anunciaban el pánico; entre ellos algunos corresponsales hostiles a Francia, excitados por las molestias de la guerra, quizá expulsados, y que sentían una fruición sensual en anunciar a sus amigos y a sus lectores la entrada inminente del kaiser, vencedor, en los Inválidos para pagarle a Napoleón la visita de Charlottenburgo.

Téngase en cuenta que San Sebastián era entonces la capital de España para los efectos políticos y diplomáticos, y que toda la preparación de la actitud que habíamos de tomar ante la guerra se desarrolló con la perspectiva próxima del desastre francés. El estado de espíritu debió de ser bien aprovechado por los representantes de Alemania y Austria, sobre todo, cuando la retirada del Gobierno de Poincaré a Burdeos y el avance de von Kluck sobre París, dieron la sensación de lo irremediable. Moltke, Bismarck y 1870 tenían que pesar forzosamente en la interpretación de la política española de 1914. Pero hablemos ahora sólo de la opinión pública, y más concretamente del efecto que en ella causaron las primeras operaciones de guerra.

#### 4. EL AVANCE ALEMÁN. — LA OPINIÓN IMPRESIONABLE.

Hemos dicho que aun antes de comenzar la guerra estaba ya dividida la opinión en España. ¿Es que los alemanes al avanzar sobre París arrollaron también todo lo que aquí podía ser contrario a sus fines?

Lejos de eso, hemos de ver cómo se va formando la línea que ha de contrarrestar la violencia de esa otra opinión favorable a Alemania. Habrá, no sólo polémicas a gritos en las tertulias, en la prensa y en las calles, sino pruebas de simpatía, y actos políticos como los del conde de Romanones y Alejandro Lerroux que no aguardaron la batalla del Marne. Pero la lucha era muy desigual. El hecho tenía más fuerza que todos los principios invocables y Alemania daba a sus partidarios argumentos de hecho.

Había comenzado una guerra. ¿Cuál es el fin de las guerras? Por de pronto, vencer. Ya se hablará de quién es el culpable. Ya se discutirá quién la provocó. Lo importante en una guerra es vencer. ¿Con qué procedimientos? Con los que sean eficaces. — Desde el primer día filosofan con Clausewitz los más sensatos y más pacíficos vecinos: — „La guerra es un acto de violencia y el empleo de la violencia no admite ningún límite“. — Lo esencial es vencer; lo más humano es vencer pronto. ¿Hay que arrollar a Bélgica? Necesidad obliga. ¿Conviene destruir la ciudad de Lovaina? Así se evitará rebeliones estériles y sangrientas. El terror es un arma en manos de los fuertes. — La posición, como se ve, era muy distinta, sobre todo para sacar de cada una de ellas consecuencias políticas. A los partidarios de Francia, invadida no por su frontera sino, a traición, por la frontera belga y luxemburguesa, les exaltaba la afrenta al derecho. Los otros se consideraban triunfantes como si fueran ellos mismos los invasores — caso singular de identificación con el espectáculo —, y partían de un prejuicio hondamente arraigado: „Alemania es invencible“. Ésta era una convicción ciega, fundada en la disciplina férrea, en la organización técnica y en los cañones del 42, sin contar con los secretos, los maravillosos secretos de la ciencia germánica que pronto iban a sorprender al mundo. Mientras las armas alemanas no encontraron obstáculo insuperable, los hechos iban favoreciendo la tesis política que palpitaba en el fondo de ese prejuicio. Saltaban las corazas de los fuertes de Lieja y de Namur, retrocedían aniquilados por la artillería gruesa los ejércitos franceses. ¿Qué ayuda iba a prestarles en tierra firme el ejército inglés que acudía en socorro de Amberes llevando sables y cartucheras atados con cuerdas? Iban doscientos mil hombres; ni siquiera doscientos mil soldados, y se recordaba la frase de Bismarck: „Si Inglaterra desembarca contra nosotros haré detener su ejército por la policía“. ¡Rusia! ¡Inglaterra! El caso era demasiado urgente para que tuviesen tiempo de salvar a París, y con

París a Francia, *como el año 70*. No es difícil imaginar el partido que podía sacarse del curso de las operaciones para influir sobre toda la nación española, sobre el pueblo y sobre sus gobernantes; pero tampoco dejará de comprenderse la irritación de los que no podían fundarse sino en conceptos más amplios, más lejanos y de encadenamiento lógico más complicado: la capacidad de resistencia del pueblo francés; el poderío marítimo de Inglaterra, el contrapeso del frente oriental y, sobre todo, la imposibilidad de que el grupo de naciones aliadas acabara la guerra antes de hacer cuanto humanamente, heroicamente, estuviera a su alcance. Entonces no se veía sino la capitulación de Versalles y el tratado de Francfort. Un gran diario madrileño empezó a publicar la efemérides de la guerra del 70, sin duda como término de comparación entre la velocidad del paso de Moltke y la del de von Kluck (1). Otro no menos importante, decía: — „Según quien venza, Europa será socialista al modo de Francia o imperialista al modo de Alemania“ (2). ¿Quién tenía entonces la visión magna de todo el mundo en guerra contra el imperialismo, en nombre de principios que no son los de la Francia socialista? ¿Quién veía atravesar los mares ejércitos equipados por las más lejanas colonias, desde el dominio del Canadá al inmenso continente australiano y al de las provincias de la India? Ni sospechar la adhesión de las repúblicas americanas; ni imaginar la cooperación formidable, gigantesca, decisiva de los Estados Unidos... Todo eso estaba latiendo en el porvenir como una semilla enterrada en el suelo sangriento de Bélgica por las ruedas de la artillería imperial. Para que todo eso germinase a tiempo, era preciso que en Francia hubiese ya un pueblo y un ejército. Era preciso vencer en el Marne, en el Yser, en Verdun, y soportar una terrible herida sangrando durante cuatro, cinco años, durante el número de años que exigiera la victoria.

Quedaban, por consiguiente, colocados en dos planos distintos los que juzgaban posible el triunfo de los aliados y los que no veían otra solución que su derrota. — Primero, golpe rápido, a fondo, sobre Francia; luego, vuelta al Oriente para aplastar a Rusia. — Unos fiaban sus esperanzas en algo problemático e incierto. Los otros en la realidad de cada día, porque cada día les traía un éxito nuevo. Cuando se retrasaba suponían que el mando francés interceptaba las noticias, y todos los

(1) *El Imparcial*, Agosto de 1914.

(2) *A B C*, 3 de Agosto.

grandes diarios ponían en guardia a su público contra la parcialidad de la información de una sola fuente, mientras Alemania hacía decir a sus embajadores que guardaba secreto por no comprometer sus planes. No les bastaba la realidad revelada en los partes oficiales, y suponían que Francia ocultaba siempre nuevas tragedias. Para dar idea de la nerviosidad de las primeras horas y de la rapidez con que se excitaron las pasiones, basta recordar que en la *Gaceta de Madrid*, fecha 4 de Agosto, aparece la siguiente comunicación de la Presidencia: „**Con motivo** de los sucesos de orden internacional, la prensa española, al dar cuenta de tales acontecimientos, viene mostrando *desde hace días* sus simpatías o afectos por unas u otras naciones según el criterio de cada publicación, traspasando, en algunos casos, el límite que los mutuos respetos imponen, mucho más obligados ahora en que todos los elementos de la vida social española deben cooperar a la actitud de absoluta neutralidad, decretada por el Gobierno de Su Majestad. En varios de los artículos publicados se ha llegado a más: al ataque a los soberanos o jefes de Estado“... Repasando las colecciones de periódicos de Agosto del 14, se ve, en efecto, violenta agresividad de las extremas derechas, a la que corresponden, alguna vez, los radicales, pero es fácil percibir de dónde viene la ofensiva y, con esos datos, puede formarse idea del tono de las discusiones en la calle, ya que para estos efectos ni un solo español se ha sentido nunca neutral. Durante todo el mes de Agosto, y hasta bien entrado Septiembre, sucedíanse los hechos de armas favorables a los alemanes. El martillo de Thor golpea diariamente sobre la opinión española y un coro activo, inquieto, de adoradores de la fuerza procura mantenerla al rojo para que sea más fácilmente moldeada. En estas circunstancias se discute el tema de la neutralidad.

## CAPÍTULO V

### La neutralidad y sus matices.

*La inclinación del rey. — El Consejo de la neutralidad. — Interpretación del pacto de Cartagena. — La neutralidad de Italia favorece nuestra neutralidad. — „No hace falta entrar en comunicación“. — El sinapismo en la espalda. — Los antineutralistas de primera hora. — El conde de Romanones. — Neutralidades que matan. Historia íntima de un Consejo. — Melquiades Álvarez y los reformistas. — Lerroux y los radicales. — Cómo se solivianta la opinión contra la guerra. — Parcialidad del Gobierno Dato. — El incidente Villaurrutia.*

#### 1. EL REY Y EL GOBIERNO DATO.

SE sabe que, al declararse la guerra, el primer impulso del rey don Alfonso le llevó a inclinarse sin vacilaciones del lado de la *Entente*. El día 2, cuando llegó la noticia de que Alemania quebrantaba la neutralidad belga, Alfonso XIII vió que era inevitable la intervención de Inglaterra y por teléfono comunicó desde San Sebastián con el presidente del Consejo, señor Dato, en términos que prejuzgaban ya su criterio personal sobre la actitud de España. ¿Se fundaba ese criterio en el alcance que daba el rey al compromiso de Cartagena? ¿Era éste el temor de los que habían tomado a su cargo en España la defensa de la causa alemana? Tal debía ser, sin duda alguna, porque no una sola vez, sino varias, en aquellos inolvidables días de emoción, expuso al señor Dato y a otras personalidades del Gobierno cuál era la interpretación que daba al pacto solemnizado con su presencia y la de Eduardo VII a bordo del *Victoria and Albert*. En la corte de don Alfonso fué conocido ese estado de espíritu, y como sus sentimientos eran distintos, la entrada de Inglaterra en el conflicto produjo grandísima turbación.

Viene el rey a Madrid y se celebra Consejo de ministros el día 5. De ese Consejo sale ya una nota oficiosa en que el Gobierno español afirma textualmente que „no tenemos contraído ningún compromiso internacional que nos obligue a intervenir en el actual conflicto“. Vemos, pues, que se reitera la afirmación del día 31 de Julio, pero con una diferencia esencial, porque en aquella fecha el Gobierno podía referirse a nuestra posición frente a una guerra tal como la imaginaban en Viena, guerra de castigo contra Servia, que aun arrastrando grandes complicaciones, quizá no había de envolver a Francia y seguramente no envolvería a Inglaterra. El 31 se habla del conflicto tal como está planteado en aquella hora: sin Inglaterra. El 5 de Agosto ya están los alemanes en Lieja y ya han vencido las veintitrés horas del ultimátum de Inglaterra a Alemania. A ese Consejo debió de llevarse, por lo tanto, el estudio de la interpretación del acuerdo de Cartagena para el caso de un conflicto que alcanzara al Mediterráneo y en el que interviniese Inglaterra, puesto que en el acuerdo está la „legalidad“ de nuestra política internacional en aquel momento. El problema que se planteó el Gobierno ante el rey, era éste: — „¿Hasta dónde llegan las obligaciones de España, prescindiendo de toda otra consideración que no sea la de las cláusulas estipuladas?“ — *Toda otra consideración*, eran las inclinaciones espontáneas, las simpatías y los juicios personales a que antes nos hemos referido. La respuesta, como se ve en la nota, es categórica. Al menos, *de presente*, España permanece neutral.

En 1906, cuando se celebró la entrevista de Cartagena, hubo en España y en Inglaterra versiones que daban al acuerdo el carácter de una *entente cordiale* „para la paz y para la guerra“ (1), es decir, una verdadera alianza que no sólo ratificaba los acuerdos anteriores sobre Marruecos, sino que se extendía a planes sobre el aspecto general de la política eu-

---

(1) *La Correspondencia de España* — 19 Abril 1906 — pone esta información en labios de un diplomático español, y agrega: «Resumen de todo fué acordar lo siguiente: que España mejoraría sus puertos militares, reorganizando sus arsenales y construyendo una escuadra. Como material flotante España poseería ocho acorazados, seis cruceros rápidos y siete destroyers, con un presupuesto de 430 millones, pagados a plazos y aumentando el presupuesto ordinario con 50 ó 55 millones de pesetas anuales. Con este plan, España poseería en cada vértice de su triángulo dos acorazados, dos cruceros y dos destroyers. Ferrol, Cádiz y Cartagena serían puertos militares completos con factoría. Vigo, Mahón, Ceuta y Melilla serían puertos de refugio artillado sin factoría. Tenerife constituiría el puerto de refugio en el Atlántico.

ropea. Siendo cierto que en ella se determinó un plan de escuadra, como lo demuestran las leyes de primera y segunda escuadra y los debates para su aprobación, es también indudable que en la entrevista se trató el problema del Mediterráneo — por lo menos el del Mediterráneo occidental —. El acuerdo escrito fué consignado en las notas cruzadas entre el embajador de España en París y el ministro de Negocios Extranjeros de Francia, por una parte, y entre el embajador de España en Londres y el secretario de Estado del rey Eduardo VII, por la otra. Lo que no conocemos es el espíritu íntimo del acuerdo, y de eso más que nadie podía hablar el rey don Alfonso. Pero en Agosto del 14 sólo se quiso dar valor decisivo al siguiente párrafo de la declaración oficial:

„En el caso de que nuevas circunstancias, según la opinión del Gobierno de Su Majestad Católica, pudiesen modificar o contribuir a modificar el *statu quo* territorial, dicho Gobierno entrará en comunicación con el Gobierno de la República francesa, a fin de poner a ambos Gobiernos en condiciones de concertarse, si lo juzgan oportuno, respecto a las medidas que hubieron de tomarse en común“.

En 5 de Agosto del 14 no se había modificado el *statu quo* en el Mediterráneo. La guerra surgía en Sarajevo por el viejo pleito austro-eslavo. Italia había declarado el día 2 que permanecería neutral, y este punto era de una gran importancia, porque hay motivos para suponer que el pacto de Cartagena partiese de una hipótesis contraria; es decir, del mantenimiento de la Triple Alianza, colocándose Italia al lado de Alemania y alterando, por consiguiente, el equilibrio del Mediterráneo. Otro artículo del señor Hontoria desfoga la satisfacción del Gobierno neutralista español al conocer la actitud de Italia. Esto podía ser la clave de la neutralidad española, o al menos la explicación diplomática de una resolución que tenía fundamentos más hondos.

Así, pues, el Gobierno de Su Majestad no creía necesario *entrar en comunicación* con Francia ni Inglaterra para tomar ninguna medida, porque esa frase se refería evidentemente al desequilibrio de las fuerzas navales en el Mediterráneo, a la beligerancia de Italia, a la situación interior del Imperio marroquí o a cualquier ingerencia en la zona concedida a España. Cartagena, por consiguiente, no obligaba a nada. Es de suponer que ante la gran confusión producida por el estallido de la guerra europea no se mantuviese el debate en ese memorable Consejo — que puede llamarse el Consejo de la neutralidad — dentro de los tonos fríos y escuetos de una conversación diplomática. Seguramente

hubo de ser vencida alguna resistencia a aceptar el criterio de la inhibición con razones de mayor efecto que la neutralidad de Italia, y es también seguro que se halló el medio de tranquilizar la inquietud de los que previeran la hostilidad de Inglaterra ante nuestra conducta creando inquietudes mayores sobre los sentimientos de Alemania vencedora. Algo podrá orientarnos acerca de este punto un artículo escrito por el señor González Hontoria en Guernica el 2 de Agosto y publicado el 6 (1), al día siguiente del Consejo. Analiza las probabilidades que pudiera haber de una intervención forzosa de España en la guerra para tranquilizar cualquier alarma, y dice: „... Por el momento no se descubren razones para que se nos requiera a salir de la neutralidad. *Con haber orientado toda nuestra política exterior hacia ésta; con haber entrado en pactos cual las declaraciones de 1907 que dan a Francia e Inglaterra plena seguridad del lado de los Pirineos y de Gibraltar, respectivamente, hemos prestado a esas dos potencias y a aquellos de nuestros intereses que son comunes con los suyos, un servicio positivo, el mayor que estaba a nuestro alcance. Porque España habría podido adaptar a su situación la frase de Andrassy con respecto a su país: Austria-Hungría tiene modos de aplicarle a Rusia un fuerte sinapismo en la espalda*“. Estas últimas palabras, innecesarias, las escribe un diplomático en ejercicio, habituado a medir el alcance de cada letra. Revelan estado de opinión en nuestro mundo político internacional. El „fuerte sinapismo en la espalda“ habíamos de verlo luego repetido demasiadas veces.

Esta idea, con mayor o menor desarrollo, debió de inspirar los primeros actos neutralistas de nuestro Gobierno. Vestía de formas políticas un movimiento puramente instintivo y explicaba un hecho que no necesitaba en realidad explicación. El Gobierno obedecía a dos presiones, más fuertes que cualquier compromiso: una, la seguridad del triunfo alemán; otra, la amenaza del conflicto interior. Mientras el rey y los ministros celebraban Consejo, traía el teléfono noticias alarmantes, no sólo para Francia, sino también para la libertad de movimiento del Gobierno español. La neutralidad fué afirmada, por consiguiente, como la suprema habilidad y el acto supremo de energía de quien no puede hacer otra cosa.

Más tarde, volviendo sobre el acuerdo de Cartagena y sobre la

(1) «Nuestra neutralidad. Contingencias e hipótesis», por Manuel González Hontoria. *ABC*, 6 de Agosto de 1914.

indole del compromiso que creaba a España cuando llegara el caso de „entrar en comunicación“, se ha dicho que Inglaterra y Francia no lo solicitaron nunca, sea por lo que fuere, desdén de nuestra ayuda, olvido, que traduce lo mismo, reparo de pedirnos sacrificios, para fines que nos son ajenos, deseo de no extender sin inexcusable necesidad el dominio geográfico de la guerra; recelo de recibir un desaire; temor a dividir y excitar los ánimos en nuestra opinión pública; sea lo que quiera, siempre resultará que a la hora en que podían invocarse las declaraciones de 1907, no se invocaron y concluyeron de perder su significado (1). Pero aparte de que la cláusula copiada atribuye *al Gobierno de Su Majestad Católica* la decisión del momento en que considera en peligro el *statu quo* del Mediterráneo, los Gobiernos de Londres y de París sabían ya bastante después de la nota de ese Consejo. ¿Cómo habían de invocar ningún acuerdo, si al día siguiente de declararse la guerra entre Inglaterra y Alemania, el Consejo de ministros presidido por el rey notifica a España que no tiene contraído ningún compromiso que le obligue a intervenir?

Fué hecha la declaración ante la alarma de las primeras horas, fomentada laboriosamente por los más interesados en desvanecer lo que creían un riesgo positivo: el acuerdo de Cartagena. Ganadas tan formidables posiciones desde el primer día, casi sin batalla, la prensa de la extrema derecha se adjudica el triunfo. Era, en verdad, un triunfo y grande, porque toda la política posible en el porvenir había de estar forzosamente condicionada por el punto de partida. — Las izquierdas por Francia; nosotros por Alemania— dicen entonces los jaimistas—. Si el Gobierno adopta el término medio es por nosotros. Los mismos alemanes que residen en España han proclamado que la neutralidad nos la deben a nosotros (2). A ellos solos no; pero sí al conjunto de fuerzas actuantes de que ellos forman parte y a la visión limitada de la guerra franco-prusiana, se debe que el Gobierno del señor Dato, venciendo las primeras inclinaciones del rey, soltara las amarras que nos unían a la Europa occidental.

- 
- (1) González Hontoria: Artículo de *El Imparcial*, 25 de Septiembre de 1916.  
 (2) *El Correo Español*, 5 de Agosto de 1914.

2. LOS ANTINEUTRALISTAS DE PRIMERA HORA.

a) *En los partidos de gobierno. — „Neutralidades que matan“. — El conde de Romanones.*

La tesis del Gobierno Dato estaba, como se ha visto, desenvuelta por numerosos órganos. Los propios ministros se encargaban de exponerla todos los días: — Lo importante — decía a la Prensa el señor Bergamín, ministro de Instrucción — es que no se realicen actos ni campañas que puedan poner en mal trance nuestra neutralidad — . Eso era lo importante para el señor Bergamín y para sus compañeros de Gobierno, así como para la prensa oficiosa o influída que prejuzgó desde luego la cuestión, considerando antipatriótica cualquiera otra actitud. Con esa táctica, la opinión española sobre la guerra fué deformada al nacer; se tuvo por peligroso el juicio de la representación moral de cada uno de los grupos beligerantes, y ya entonces se autorizó desde el Gobierno el criterio de que lo español era desentenderse de quién tenía razón y permanecer a igual distancia de unos que de otros. — Guardemos nuestras simpatías personales — era la fórmula — , y sostengamos entre todos la posición española, es decir, la posición neutral.

Contra semejante criterio, protegido y robustecido por el apoyo oficial, se alzó muy pronto el jefe del partido liberal, conde de Romanones. Este político, más moderno que las figuras tradicionales de nuestros jefes de partido, podía dominar por grande de España y por capitalista emprendedor de vastos negocios, dos mundos tan distintos como la Cámara regia y el mundo de los intereses materiales internacionales. Su puesto de liberal estaba al lado de las naciones que con la guerra habían de imponer los principios democráticos. Su conocimiento de la vida económica española — tan poco familiar a nuestros oradores del banco azul — , le enseñaba la imposibilidad de romper con Francia e Inglaterra. Y una perspicacia certera que no le faltó nunca, en este país de miopes, le hizo ver la importancia decisiva de la posición que cada cual adoptara entonces para la política del porvenir. Vió claro y no tardó en librar la primera batalla. El artículo del *Diario Universal* — su órgano en Madrid — , „Neutralidades que matan“, fué publicado en 19 de Agosto.

Conviene dejar consignado el documento, que dice así:

„Desde el primer instante en que surgió el conflicto europeo, tantas veces temido, por tan pocos creído, la opinión más generalizada en España, preciso es reconocerlo, ha sido que nuestra única segura salvación se halla en proclamar y sostener la neutralidad más absoluta; por eso se exigió que el Gobierno, que los hombres en quienes había recaído anteriormente las responsabilidades del poder declararan si existían o no pactos o compromisos secretos y firmes que obligaran a España con otras potencias.

„La contestación fué precisa y terminante, y con ella y con la declaración en la *Gaceta* de la neutralidad de España, quedó la opinión tranquila; nos creímos desde aquel instante completamente inmunes y nos hallamos dispuestos a presenciar la tremenda, apocalíptica lucha, con emoción, sí, pero con aquella serenidad que da contemplar el peligro desde sitio seguro.

„Al transcurrir los días, la tranquilidad ha aumentado; llegan los optimistas, confiados en la neutralidad, a augurar para nosotros, como resultado del conflicto, días de ventura, prosperidad y engrandecimiento. ¡Quiera el cielo escucharlos! Pero por si acaso no les atiende, conviene analizar cuál es la esencia de esa medicina prodigiosa que se llama neutralidad.

„*Neutralidad*, literalmente, expresa no ser de uno ni de otro. ¿Es que España, en realidad, no es de uno ni de otro? ¿Es que puede dejar de ser de uno ni de otro? España, en verdad, no ha contraído compromiso con ninguna otra nación bajo el aspecto ofensivo o defensivo; pero el hecho es que España determinó su actitud, en el Mediterráneo con Inglaterra primero, y con Francia después, en las notas cambiadas en Cartagena; España firmó con Francia recientemente un tratado respecto a Marruecos que obliga a una y otra a una acción solidaria; España es fronteriza por el Pirineo con Francia; por todo su litoral, en realidad con Inglaterra, dueña del mar, y por el Oeste con Portugal, protegida y compenetrada de Inglaterra.

„Bajo el aspecto económico, Francia ocupa el primer lugar en nuestro comercio de exportación e importación; el ahorro francés está empleado en España en múltiples empresas, síguenle en importancia Inglaterra y después Bélgica, ocupando el cuarto lugar Alemania, que muy recientemente se ha ocupado de España sólo para quitar el mercado industrial a Inglaterra.

„España, pues, aunque se proclame otra cosa desde la *Gaceta*, está,

por fatalidades económicas y geográficas, dentro de la órbita de atracción de la Triple Inteligencia: el asegurar lo contrario es cerrar los ojos a la evidencia; España, además, no puede ser neutral porque, llegado el momento decisivo, la obligarán a dejar de serlo.

„La neutralidad que no se apoya en la propia fuerza está a merced del primero que, siendo fuerte, necesita violarla; no es la hora oportuna de hablar en la indefensión en que está España. Baleares, Canarias, las rías bajas y las altas rías de Galicia, si pudieran hablar, si les fuera dable quejarse, ¡qué cosas dirían. . . ! ¡Qué tremendas imprecaciones habríamos de escuchar! Cualquiera de los beligerantes que necesite de estos puntos, ¿quién le impedirá ocuparlos? Y entonces sucederá que los llamamientos y las protestas del débil neutral por nadie serán escuchados, y quedaremos a merced de los acontecimientos, sin tener a quién volver la vista ni pedir amparo en la hora de la suprema angustia.

„Si triunfa el interés germánico, ¿se mostrará agradecido a nuestra neutralidad? Seguramente no. La gratitud es una palabra que no tiene sentido cuando se trata del interés de las naciones. Alemania triunfante aspirará a dominar el Mediterráneo; no pedirá a cambio de su victoria a Francia, como en el año 70, la anexión de una sola pulgada de territorio continental: la lección de Alsacia y Lorena no es para olvidada; pedirá como compensación el litoral africano desde Trípoli hasta Fernando Póo, y entonces, no sólo perderemos nosotros nuestro sueño de expansión en Marruecos, perderemos la esencia de nuestra independencia, que radica en la neutralidad del Mediterráneo; rota ésta, quedaremos a merced del Imperio germánico, no podremos sostener como nuestras, no podremos sustraer a su codicia Baleares; y en el orden económico y financiero, la ruina de aquellas naciones, con cuyos intereses estuvimos compenetrados, no podrán ser compensados ni sustituidos por la expansión germánica.

„Por el contrario, si fuese vencida Alemania, los vencedores nada tendrán que agradecernos; en la hora suprema no tuvimos para ellos ni una palabra de consuelo; nos limitamos tan sólo a proclamar nuestra neutralidad, y entonces ellos, triunfantes, procederán a la variación del mapa de Europa como crean más adecuado a sus intereses.

„La hora es decisiva; hay que tener el valor de las responsabilidades ante los pueblos y ante la Historia; la neutralidad es un convencionalismo que sólo puede convencer a aquellos que se contentan sólo con palabras y no con realidades; es necesario que tengamos el valor de

hacer saber a Inglaterra y a Francia que con ellas estamos, que consideramos su triunfo como nuestro y su vencimiento como propio; entonces España, si el resultado de la contienda es favorable para la Triple Intelligencia, podrá afianzar su posición en Europa, podrá obtener ventajas positivas. Si no hace esto, cualquiera que sea el resultado de la guerra europea, fatalmente habrá de sufrir muy graves daños.

„La suerte está echada; no hay más remedio que jugarla; la neutralidad no es un remedio; por el contrario, hay neutralidades que matan.“

En aquellos días de apocamiento y de hipócritas reservas mentales cayó el artículo del *Diario Universal* como un rasgo de audacia. Hemos de ver sus consecuencias políticas, que no se hicieron esperar. Por de pronto, la Prensa discutió tanto el fondo del artículo como el detalle de la paternidad, atribuida, no al propio conde de Romanones, ni a la redacción del diario, sino al señor Pérez Caballero, ex embajador de España en París. Lo había escrito, sin embargo, de su puño y letra el propio conde de Romanones, cuyo estilo es inconfundible con el que podría emplear un diplomático que tratara el mismo asunto. Podía quedar duda acerca del autor, pero ello importaba menos que conocer el alcance y la intención de quien lo había inspirado, ya que no estaba el interés en los conceptos, sino en el acto que realizaba el jefe liberal al expresarlos oficiosamente.

Quedaba planteada la gran cuestión. ¿No era intangible el dogma? ¿Un patriota podía pensar contra los apóstoles de la neutralidad sin dejar de ser buen patriota? La reacción contra el conde de Romanones y contra su tesis fué inmediata. No sólo los periódicos de extrema derecha, y los órganos conservadores, sino también otros periódicos liberales formaron el cuadro para defender el dogma común. Entonces nacieron distintos adjetivos destinados a matizar el carácter de la neutralidad, entre ellos el más pragmatista, por llamarlo así, el de la neutralidad *expectante* (1), que no hubiera disgustado al czar Fernando de Bulgaria. Todos los que habían tomado ya posiciones en el primer mes de la guerra, comprendieron lo que significaba la declaración del jefe del partido liberal, y la campaña rápida y enérgica seguida contra él demuestra que los partidarios de los Imperios centrales no perdieron el tiempo.

---

(1) *El Imparcial*, 20 y 21 de Agosto.

3. LA PRIMERA CRISIS DE LA NEUTRALIDAD.

Consecuencia inmediata del artículo „Neutralidades que matan“, fué el Consejo de ministros celebrado al día siguiente — 20 de Agosto —. Pocos saben que ese día quedó planteada y conjurada en horas la primera crisis de la neutralidad. Aunque todos procuraron guardar secreto, aparecieron varios rastros, y hoy no es difícil reconstruir la historia íntima de aquel Consejo.

El presidente, Dato, tenía más motivos que nadie para saber que no compartía toda España con él la doctrina de la neutralidad intangible. Seguía, muy atento, la actitud del jefe liberal, a quien debía suponer en comunicación con don Alfonso. Ya a principios de mes se atribuyó a inspiración del conde de Romanones otro artículo periodístico diciendo que el rey debía estar en Madrid (1), y a él se imputó también la circulación de rumores sobre la disposición de ánimo del rey hacia la intervención de España en favor de los aliados (2). Había venido el rey, en efecto, a Madrid. Y en estas circunstancias, es de suponer que no fuera para el señor Dato una sorpresa el artículo del *Diario Universal* y que supiera a qué atenerse acerca de su significado y alcance.

Convocó a sus compañeros de Gobierno y se reunieron en Consejo que, por ser jueves, correspondía con el rey. En ese Consejo planteó la más grave cuestión de confianza. El acto realizado por el jefe del partido liberal no podía ser movimiento personalísimo, ni siquiera orientación para el porvenir de sus fuerzas parlamentarias, por lo que el señor Dato, interpretándolo como rectificación de su propio criterio y del de todo el Gobierno conservador sobre la política internacional de España, dejaba a la Corona en libertad de seguir el nuevo derrotero y presentaba su dimisión. La historia íntima de este Consejo dice que, tácitamente, la dimisión quedó aceptada desde el momento en que Dato quiso darse por notificado. Y, sin embargo, de allí no surgió la crisis. ¿Qué consideración impidió la caída del Gobierno de la neutralidad?

Se ha hablado de un largo discurso del señor Bergamín, ministro de Instrucción, que lo pronunció ya, casi, en calidad de consideraciones

(1) *El Mundo*, 3 de Agosto.

(2) *La Mañana* lo recogió como una acusación el 6 de Septiembre.

póstumas, pero que tuvo la virtud de arrastrar a los señores Dato, Sánchez Guerra y Ugarte y de hacer reflexionar a todos sobre el gran peligro de un cambio de política internacional para la tranquilidad de España, el orden y las instituciones. Sin haberlas oído, podemos deducir que si aquellas palabras modificaron el estado de ánimo que reinaba al comenzar el Consejo, fué porque herían en lo vivo y contenían una de las primeras representaciones del cuadro dramático anunciado por las extremas derechas en caso de que el régimen se atreviera a romper la neutralidad. Puesta de relieve la inminencia de una derrota; explicado cómo y por qué salir de la neutralidad era lo mismo que intervenir materialmente en una guerra ya perdida; destacada la importancia del movimiento de opinión en favor de Alemania, bastaba apuntar el deseo de paz del pueblo y de las clases medias y la oposición resuelta de los socialistas obreros a toda aventura guerrera, para que la Corona comprendiese cuán desproporcionada era la fuerza de una sola fracción política — y aun esa dividida — , con la misión de hacer frente a todas las terribles contingencias.

De aquel Consejo salió fortalecida la neutralidad, aunque cayera sobre la pureza del concepto cierta sombra de violencia que la deshonoraba. Perdió el conde de Romanones la primera batalla y debió convenirse de la coacción que acababa de ejercerse sobre el ánimo de Alfonso XIII en una larga conferencia que tuvo con él aquella misma tarde (1). A partir de entonces, siguió creyendo que „la neutralidad en lo militar no dependía de nosotros, y en lo económico era imposible de sostener“ — declaraciones del 4 de Septiembre — , pero necesitó mantener cada día mayor reserva ante la avalancha de neutralismo que cayó sobre él sin salir de su propio partido. Por su parte, el marqués de Alhucemas, jefe de los demócratas — la fracción liberal disidente — , se apresuró a mostrarse conforme en absoluto con la actitud patriótica del señor Dato. El carácter de su adhesión a la neutralidad había de significarse después. Hubo en la Prensa muchos artículos fervorosamente neutralistas, y en la calle algún grito contra „los que quieren llevar-

(1) En *El Año Político*, 1914, Fernando Soldevilla, que acepta desde el primer momento la versión alemana de las responsabilidades de la guerra, y con tal criterio va siguiendo los sucesos de España, alude al discurso del señor Bergamín y agrega que después de la visita de Romanones al rey, hubo largas explicaciones entre Dato y el conde, y de ellas el jefe del Gobierno no salió satisfecho.

*García Prato*

nos a la guerra", quizás alguna pedrada al *Diario Universal*, porque importaba mucho no dejar salir de su madriguera a la bestia negra del intervencionismo. La coacción no había de limitarse a las altas esferas, sino que había de organizarse en gran escala con métodos adecuados para hacerse sentir en todas, hasta en las más bajas.

Batiéndose en retirada el jefe del partido liberal, adoptó la postura que más tarde, en Abril del 15, había de expresar en esta forma a un redactor del *Daily Chronicle*: „El Gobierno de España ha preferido la neutralidad actual. ¿Acierta? ¿Se equivoca? Ni me sumo a él, ni le combato; aquello no sería sincero: esto no sería patriótico ahora. Aunque yerre, debilitar su fuerza sería hacer más difíciles las circunstancias y agravar las consecuencias de sus actos, y si en los problemas interiores los partidos luchan y se contraponen, en los problemas internacionales, aun disintiendo de criterio y declinando responsabilidades, el supremo interés de la patria debe establecer una efectiva solidaridad“. El conde de Romanones disintió de criterio y declinó la responsabilidad.

#### 4. MELQUIADES ÁLVAREZ Y LOS REFORMISTAS.

No estaba muy lejos la fecha del discurso de Melquiades Álvarez en el Hotel Palace. De las fuerzas republicanas sólo conservaban valor, en 1913, el radicalismo revolucionario de Alejandro Lerroux y el evolucionismo gubernamental de Melquiades Álvarez. Las demás formas supervivientes del gran partido republicano eran restos de una protesta histórica, tan inactuales como el integrismo. Con aquel discurso podía considerarse creada una extrema izquierda del liberalismo español, que prescindía de la esencialidad de las formas de gobierno y podía cooperar con los monárquicos a la reforma constitucional. Personas apartadas de la política, no neutras, sino disconformes, desentendidas hasta entonces de toda idea de agrupación o de partido, por considerarse mal situadas en el reino de la Beocia, vieron la posibilidad de transformar a España sin revolución. Los reformistas de 1914, al estallar la guerra, atraídos por el rey en la persona de Azcárate — recuérdese el último viaje a París de M. Poincaré —, significaban la esperanza de la cultura española en una modernización rápida y eficaz de la Monarquía.

La primera declaración de Melquiades Álvarez, que veraneaba en Asturias, no se hizo esperar. Vió clara la ideología de la guerra, com-

prendiendo en toda su grandeza la batalla librada por las fuerzas morales justicia, libertad, democracia, contra el espíritu de dominación del Imperio alemán. El 13 de Agosto dijo en Villaviciosa que aunque la pelea fuese ruda, acabaría por el triunfo de estas fuerzas espirituales encarnadas en las naciones de Occidente. ¿Y España? ¿Qué debía hacer? La respuesta no era dudosa para un hombre convencido del poder de la idea sobre la fuerza, del derecho sobre la violencia. Más tarde había de encontrar una fórmula precisa de su pensamiento: — Con Inglaterra y Francia vencidas, antes que con Alemania vencedora. — En Agosto del 14 midió la energía moral y material de nuestra nación, comenzando por el ejército; vió las terminantes declaraciones del jefe de los socialistas, Pablo Iglesias, hostiles a quien quisiera llevarnos a la guerra, y no podía desconocer la actitud de la Unión General de Trabajadores y de la Conjunción Republicano-Socialista. Todos deseaban el triunfo de las ideas de libertad y democracia y la derrota del Imperio germano, pero sin que España saliera de la neutralidad. La posición de estas izquierdas ante la campaña de Marruecos, el análisis que en el mismo mes de Mayo del 14 acababa de hacer el diputado republicano nacionalista señor Rodés de la acción de nuestro ejército en África, influyeron en su resistencia a cualquier aventura. Melquiades Álvarez fué más allá que esos partidos de la izquierda, defendiendo en Agosto del 14 la *neutralidad benévola* para las naciones occidentales.

Comprendía que era necesario tiempo para ir despertando sentimientos dormidos en la conciencia española, y proclamó la identificación espiritual con los aliados y la orientación de nuestra política internacional, que por la Geografía y por la Historia, así como por los intereses, debía girar en la órbita de Francia e Inglaterra. Bien pronto debía ver cómo la conducta de los Imperios centrales convertía en un imposible moral el mantenimiento de la neutralidad, y ante la pasividad equívoca de nuestros gobiernos debía solicitar la ruptura con Alemania.

##### 5. EN LOS PARTIDOS RADICALES. — LERROUX.

Al estallar la guerra, el partido radical celebraba mitins contra la campaña de Marruecos y el gasto de la Escuadra, y, ¡claro está!, contra Maura y Cierva, es decir, contra 1909. Su órgano en Madrid — *El Radical* — estaba tan lejos de seguir ninguna línea de política exterior que,

al rectificar *La Época* el rumor del envío de cien mil hombres a la zona francesa marroquí, pide más claridad y se alarma tanto como *El Debate*. Su actitud es también puramente emocional, como la de todas las izquierdas. ¡Que va a venir la guerra! ¡Que viene! ¡Ya está aquí! Y llega la guerra cogiéndolas con un retraso de muchos días respecto de los que habían de ser, en esto como en política interior, sus adversarios.

Sin embargo, su jefe, Alejandro Lerroux, desde su observatorio de Barcelona, había visto más claro. Ya el día 2 de Agosto protesta de la neutralidad en una *interviú* del diario madrileño *El Mundo*. Consideraba Lerroux esta guerra como la batalla final entre la democracia universal y el militarismo y, a título de enemigo del aislamiento de España, prefería correr no los riesgos inciertos del neutral, sino los que vinieran por asociarnos a unos o a otros beligerantes. Pocos días después hablaba todavía más claro: — „En este país de charlatanismo, ahora se calla demasiado. Siempre he reputado funesta la política de aislamiento en que se nos obliga a vivir. A cambio de defender intereses dinásticos contra contagios de libertad y democracia, desamparábase a la patria de relaciones y amistades que le hubieran prestado fuerza“. — Pero Lerroux ha tenido siempre el talento de dar a sus palabras la autoridad de un gobernante que no gobierna todavía: — „Para mis futuros destinos, cualesquiera que ellos sean, yo he renunciado anticipadamente a todo ensueño imperialista. A lo que no he renunciado es a ese instinto de conservación, colectivo, nacional, que se llama patriotismo. Ante conflicto como el actual, ninguna nación europea tiene derecho a la neutralidad. La neutralidad en este caso es una inhibición cobarde. . .“ (1).

Si el tanteo, prudentemente valeroso, del conde de Romanones estaba destinado a levantar tempestades, imagínese la actitud de las derechas neutralistas contra el jefe radical, que hablaba sin resguardarse en ninguna trinchera. Lerroux consideraba que el triunfo de Francia era el de la democracia; que no se trataba de aplastar a los pueblos germanos, sino de obligar a Alemania a reconocer cómo la hegemonía de los pueblos civilizados no puede ganarse ya por la razón de la fuerza. Proponía dos clases de intervención: o una alianza de las naciones latinas para imponer la paz *movilizando cien mil hombres España y Portugal*, o entrar de lleno, francamente, en línea con los aliados. — ¿Qué peligro hay? — decía —. ¿El de que no triunfen? Ese peligro lo disminuye nues-

(1) Artículo de *El Radical*, 10 de Agosto de 1915.

tro concurso. ¿El de que nos pidan soldados? Ahora los estamos enviando y sosteniendo en Marruecos sin gloria ni provecho. — Ya había encontrado cuerpo el intervencionismo que hasta entonces había sido atacado como un fantasma. El pecho del señor Lerroux es bastante ancho y los hombros bastante firmes para cargar con el peso de su responsabilidad; pero la acometida fué ruda. Vió claro que los partidarios titulares de la neutralidad eran los que no podían romperla para ponerse del lado de Alemania. Todos éstos cayeron sobre él llamándole agitador, provocador de conflictos y agente de Francia. A Romanones le habían combatido en lucha de prensa y en declaraciones políticas. Hacía falta combatir a Lerroux en la calle, contener la idea de la intervención con ruido, con escándalo y, si era posible, con perturbaciones del orden público. Era lo más eficaz. Ya le llegaría también su hora al inspirador de las „neutralidades que matan“.

Ese primer episodio Lerroux tuvo dos partes: Madrid e Irún. Conviene recordar cómo ocurrieron y juzgar de su espontaneidad. Madrid iba perdiendo la costumbre de las manifestaciones callejeras, y para restaurar procedimientos en que fueron maestros políticos del antiguo régimen, los jóvenes mauristas y los *requetés* del jaimismo iban haciendo sus primeros ensayos. Acababa Lerroux de repetir en París sus declaraciones contra la neutralidad, y en las carteleras que *El Correo Español* fijó en las Cuatro Calles apareció esta noticia: „El ministro de la Gobernación, hablando con los periodistas, ha dicho que era muy sensible que un español estuviera comprometiendo a España con su actitud“. En las carteleras podía tomarse el pulso a la opinión madrileña. Polémicas, gritos, aplausos y alguna que otra vez golpes acompañaban a la aparición de noticiones sensacionales. Coincidían en la estrecha plazoleta de las Cuatro Calles, centro de Madrid, dos diarios germanófilos: uno exaltado, *El Correo Español*; otro neutralista, *La Tribuna*, que congregaban un público muy sugestionable. De allí partió la primera manifestación con muestras a Lerroux, a los traidores, a los malos patriotas, y vivas a España, a la neutralidad y también a Alemania. Era ministro de la Gobernación de aquel Gobierno Dato, el señor Sánchez Guerra — el mismo que para deshonrar la huelga de Agosto de 1917 habló del oro inglés y de los billetes del Banco de Francia —, y como se le pidiera rectificación de ese ataque contra el jefe radical negó las palabras transcritas por *El Correo*, y agregó: — „Me he limitado a decir que el artículo del señor Lerroux ha sido colocado a la puerta de las Alcaldías de Francia, y que era un

hecho lamentable". — ¡El *affichage* a las declaraciones de un político extranjero contrario al régimen de un país amigo! Había transmitido esta noticia un corresponsal madrileño en la frontera, que ya antes había hecho desembarcar a los alemanes en Calais y había copado al general Pau con su Estado Mayor. El ministro le dió crédito o, por lo menos, autorizó la especie, y la manifestación del día 5 corrió unas cuantas calles de Madrid, dando la extraña sensación de ver a un centenar de muchachos y de operarios de ciertos periódicos tomar la iniciativa de nuestra política internacional. Una comisión de manifestantes fué recibida en el Ministerio por el señor Sánchez Guerra, a pesar de que la manifestación no estaba autorizada. *El Radical* contaba al día siguiente cómo se hizo la recluta de manifestantes, pasando lista por la mañana en *El Sotanillo*, una taberna de la Cava Baja, y entregándoles *tickets* rojos que habían de hacerse efectivos en el Casino Jaimista. No hubo más, y fué bastante, porque la manifestación preparada por las extremas derechas germanófilas estaba visiblemente favorecida por el ministro de la Gobernación.

Faltaba la agresión a Lerroux. Llega el 6 de Septiembre en automóvil a Irún y entra en el Hotel Palace. ¿Estaba organizada sólo por jaimistas y mauristas la segunda parte de la protesta de Madrid? ¿O procedía también del mismo origen que la de Madrid? El caso es que, como se congregaran a la puerta del hotel unas cuantas docenas de personas dando gritos, un representante de la autoridad entró a rogar al señor Lerroux que para evitar desagradables incidentes saliera por la escalera de servicio. — Nunca me he ocultado. Respondo de mis palabras y de mis actos — dijo el jefe radical. Y salió a la calle por donde había entrado. El gobernador de Guipúzcoa recogió cuidadosamente en el parte oficial los gritos con que le increparon: "¡Muera Lerroux! ¡Mueran los traidores y los cobardes! ¡Viva España! ¡Viva la neutralidad!" Después de los gritos, al subir al automóvil, los manifestantes tiraron sillas y vasijas. Un amigo de Lerroux que le acompañaba, el señor Aguirre y Metaca, fué lesionado. Partió el automóvil, sin otro percance, hacia Zarauz, y en San Sebastián como en Madrid hubo interés en dar importancia al peligro que corría Lerroux por antineutralista. A duras penas rectificó el ministro de la Gobernación la leyenda del *affichage* diciendo que no había sido ordenado por el Gobierno francés, pero denunciando a *El Radical* cada vez que pedía una explicación más categórica. Con esto quedaba Lerroux en sospecha de tratos con Viviani, Briand y Sembat, con objeto de que hicieran presión sobre España para llevarla a la guerra y, en con-

secuencia, el Gobierno francés sospechado de tratar con los malos españoles. De tal modo se trató de excitar las pasiones contra Lerroux, que los radicales anunciaron su propósito de tomar represalias con el rey (1).

Es decir, que hubo enérgica represión de toda propaganda contraria a la neutralidad, que se apeló a insidias y calumnias, tachándola de anti-patriótica y venal. Con ese ambiente respiraron tranquilos los que consideraban un serio peligro el compromiso de Cartagena, y las izquierdas, sintiéndose en posición falsa, no se atrevieron a responder en el tono de sus adversarios. Lerroux quedó solo. Los republicanos hicieron un repliegue hábil hacia el pacifismo y la incapacidad de España para una guerra. *El País* habla en más de un artículo del error de Lerroux. Nakens, carácter firme e independiente, desarrolla en *El Motín* el tema: „La Patria antes que la República“, y ataca a Lerroux preguntándose si es lícito „despertar en los franceses esperanzas que, al verse defraudadas, pueden trocarse en odios“. No hablemos de *España Nueva*, que se movía por odio personal, y había de seguir luego una amplia curva hacia la paz alemana y el bolchevikismo, partiendo del santo horror al knut.

#### 6. EL INCIDENTE VILLAURRUTIA.

Así quedó definida la posición neutral de España en los primeros días de Agosto y afirmada como cosa intangible en el curso de ese mes tan angustioso para los aliados. El Gobierno del señor Dato contribuyó a hacer imposible otra actitud, poniendo, como en el cruce de cables de alta tensión, su cartel de alarma: — „¡Peligro de muerte a quien lo toque!“ — O, por lo menos, peligro de infamia.

El 3 de Septiembre el Gobierno francés se traslada a Burdeos. Los ingleses se retiran al sur del Marne. Desembocan de Chateau-Thierry los alemanes. Ante los cañones de von Kluck ¿qué hará París? En San Sebastián, en Madrid y en Barcelona — triángulo que, como veremos, servía de base a esa divulgación de informes germánicos — se sabe a ciencia cierta que París no podrá resistir una semana. — El Gobierno se marcha para facilitar la rendición. — A esto contestaban los amigos de Fran-

(1) *El Radical*, 16 de Agosto de 1914.

cia: — El Gobierno se marcha para facilitar la resistencia hasta el último extremo. — Pero el Gobierno español, que seguía atentamente los sucesos, sólo ve el hecho del traslado a Burdeos, *sous la poussée des forces allemandes*, según la frase de M. Briand, y quiere sacar, con toda rapidez, las consecuencias. ¿Cuáles? El incidente ocurrido con el marqués de Villaurrutia es un dato precioso para juzgar del carácter de nuestra neutralidad. Es el primero de una serie que no ha terminado todavía y el que reveló cuáles eran las miras ulteriores de nuestra política respecto de la guerra.

El Gobierno Dato, viendo a los alemanes sobre París, piensa en la paz. Obediente a un plan que debía llevar ya larga trayectoria antes de ser comunicado a París, envía indicaciones concretas a su embajador el marqués de Villaurrutia para que no siga a M. Poincaré en su traslado a Burdeos y permanezca en espera de los sucesos. No faltó quien revisara los precedentes del año 70 y recordara que al fracasar en Ferrières las negociaciones de paz entre Favre y Bismarck, una vez comenzado el sitio de París, los alemanes no consintieron que las representaciones diplomáticas extranjeras comunicaran con sus Gobiernos sino por medio de una estafeta semanal con pliegos abiertos. Quedarse Villaurrutia en París era exponerle a una incomunicación con su Gobierno, y desde luego con el Gobierno francés. Quizá fuera ésta la primera contestación de nuestro embajador. Pero las indicaciones obedecían a un fin. Lo que se le pedía a Villaurrutia era algo más delicado que el simple despacho del servicio oficial internacional. Todos los embajadores y representantes extranjeros, beligerantes o neutrales, habían tomado el tren de Burdeos con M. Poincaré. Sólo quedaba en París el de los Estados Unidos, mister Miron T. Herrick, y para que él permaneciera velando por las vidas e intereses de los súbditos de naciones beligerantes, se envió a Burdeos a Mr. John W. Sarret, nombrado ya embajador en Buenos Aires. No estaban, pues, desasistidos en ningún caso esos súbditos, ni lo hubieran estado los españoles. Villaurrutia anuncia su viaje a Burdeos. Se le envían nuevas órdenes, ya más concretas, acerca de las cuales supimos algo gracias a un diplomático en comunicación entonces con el Gobierno conservador. „Tal vez, corriendo a cargo de España los intereses franceses en la relación con Alemania mientras dure la guerra, se piense en que para el momento en que la capital no pudiera continuar la resistencia, el concurso del marqués de Villaurrutia, precisamente por su rango y sus dotes, sería más útil a las autoridades o a los habitantes

parisienses" (1). Lo que se exige, pues, de Villaurrutia es que aguarde en París al general von Kluck.

Pero el punto de vista de nuestro embajador era completamente contrario. Sabía, por los latidos del corazón de Francia, que la hora de la paz estaba muy lejos y que el traslado a Burdeos no era el desplome de la resistencia aliada. Así contestó que su deber estaba al lado del presidente de la República. A las últimas indicaciones, imperativas y apremiantes, contestó con la dimisión y con su salida para Biarritz. El presidente del Consejo, señor Dato, lamentando tener que hablar de ello públicamente, dijo ante el corro de los periodistas, que al exponer su criterio contrario al del Gobierno sobre la marcha del servicio oficial internacional, el marqués de Villaurrutia lo había hecho en términos no comedidos y poco adecuados. Por ello había propuesto en Consejo que se le admitiera la dimisión y se consultara al Gobierno francés respecto del nombramiento de sucesor, ya que no podía admitir nada que fuese contrario a la más absoluta obediencia de los funcionarios públicos. Para sustituirle se nombra al marqués de Valtierra, capitán general del 6.º cuerpo de Ejército, que había de salir inmediatamente para Burdeos, presentar sus credenciales a M. Poincaré y seguir luego su viaje a París, donde permanecería indefinidamente.

El día de la sustitución de Villaurrutia por el general marqués de Valtierra, los aliados se obligan, por la declaración de Londres, a no firmar una paz separada. El día en que los grandes periódicos españoles hacían circular, aunque fuera para desmentirlo, el rumor de que Alemania tenía propósitos de avanzar hasta Sierra Carbonera (2), comienza la gran batalla, desde Nanteuil y Maux, a orillas del Marne, hasta Verdun y Nancy. Los alemanes no han de avanzar más y el marqués de Valtierra no va a llegar a tiempo.

---

(1) González Hontoria: Artículo del *A B C*, escrito el 4 en Rentería y publicado el 6 de Septiembre de 1914.

(2) *A B C* de 5 de Septiembre. Correspondencia de Barcelona.

## CAPÍTULO VI

### „Agua y sol y guerra en Sebastopol“.

*De cómo los alemanes no perdieron en España la batalla del Marne. — Ante una guerra larga. — La situación en las trincheras españolas. — En la corte, en la aristocracia y en el clero. — En los partidos políticos. — De la extrema derecha a la extrema izquierda. — En el ejército. — Entre los intelectuales y en el pueblo. — Efectos económicos de la guerra. — Codicia e imprevisión o el comercio con los beligerantes. — La amenaza alemana.*

#### 1. A PARTIR DEL MARNE. — LA GUERRA SERÁ LARGA.

CUANDO la batalla del Marne cambió radicalmente el curso de la guerra, gran parte de la opinión española, a cuyo frente no vacilaron en colocarse renombradas autoridades militares, se obstinó en creer que no había habido tal batalla del Marne. Esa hipótesis vino más tarde de Alemania sostenida técnicamente en tributo de admiración a la retirada de von Kluck, fué reproducida por los diarios profesionales y aceptada con alegría por otros muchos periódicos españoles; pero en el primer momento surgió de aquí, espontáneamente, como defensa instintiva de esa opinión que no podía admitir la quiebra y desplome de un artículo de su fe. Para ella, Alemania era invencible y, por lo tanto, no había sido vencida. Los objetivos del ejército alemán no eran París, ni Calais, ni la destrucción rápida del ejército francés, sino más bien situarse en el corazón de Francia y aguardar en terreno conquistado la ocasión de completar la obra comenzada. Entraba la guerra en un paréntesis debido al tirón de las hordas rusas, desembocadas bárbaramente por la Prusia Oriental. Los amigos de Alemania adivinaron a

Hindenburg antes de que entrara por los lagos Masurianos, predijeron las victorias de Oriente y se asomaron con el deseo como los comerciantes alemanes al camino de la India por el ferrocarril de Bagdad.

Esas esperanzas, sin embargo, no podían ocultar la realidad, siquiera a los partidarios de Alemania en España les pareciese transitoria, y la realidad era que los ejércitos invasores se habían atrincherado desde el mar del Norte a los Vosgos y que el invierno se acercaba sin lograr resultados favorables con los sangrientos ataques del Yser, que convirtieron la guerra científica en una pesadilla de loco. Dieron, pues, de plazo para el total sacrificio de Francia, el tiempo que faltaba hasta la primavera del 15.

Puede imaginarse que no fueron éstas las únicas emociones despertadas en España por la victoria del Marne. Muchos pechos respiraron a pleno pulmón como si hubiera pasado ya la hora del peligro inminente, no sólo para Francia, sino para la libertad del mundo. Detenido el avance y establecida una línea de trincheras que servía de obstáculo insuperable para unos como para otros beligerantes, comenzaba una guerra de industrias en la que Alemania llevaba ventaja por los cuarenta años de preparación, mientras que Francia e Inglaterra tenían a su favor el dominio del mar. Los que, conociendo el desarrollo industrial de las naciones aliadas, creyeron desde el primer día que las industrias de la paz sabrían transformarse en industrias bélicas, no dudaron del resultado final. Contaban entonces con la inagotable población rusa, y en cuanto a la moral de los pueblos aliados esperaban que había de sostenerse tan firme por lo menos como la del pueblo alemán, ya que la abnegación y el heroísmo de los primeros meses fueron la mejor prueba. Pero no acertaban a ver cuándo se igualarían las fuerzas de los beligerantes, en hombres y en máquinas, y mucho menos cuándo vendría el desequilibrio en favor de los pueblos occidentales. Por eso no formaban cálculos y aseguraban solamente que la guerra iba a ser muy larga. Preciso es decir que los que así pensaron, contando además con la seguridad de que se jugaba la partida decisiva para la existencia de Francia e Inglaterra y especialmente de esta última, fueron en España minoría. La opinión general, dentro y fuera del Gobierno, fijaba el término de la guerra para la primavera con la entrada de los alemanes en París y el dominio del canal de la Mancha, una vez conquistada la costa y disparada „la pistola sobre el corazón de Inglaterra“. Contribuyó a extender esa opinión la propaganda de que hablaremos más adelante. Hemos de

ver cómo Alemania comprendió que, fracasado el plan del ataque brusco y la victoria por sorpresa, era preciso desarrollar otra táctica mucho más amplia, y en ese nuevo plan, más gigantesco que el primero, correspondía a cada neutral papel distinto. España tenía el suyo e interesaba sostener aquí la fe ciega en el triunfo alemán, aun después del Marne, como base de una política de guerra. ¿Hará falta decir que no la costó gran trabajo prorrogar el crédito hasta la primavera y hasta el otoño y de ahí en adelante, una y otra vez, tantas como lo fué necesitando?

Primavera u otoño, lo que importaba era sacar, mientras durase, el mayor partido posible de la guerra, al amparo de nuestra posición de neutrales. Halagando los sentimientos de algunas clases productoras, el señor Dato y sus compañeros de Gobierno hablaban en ese sentido y hacían pensar en nuestra interpretación económica de la guerra de Crimea: „Agua y sol y guerra en Sebastopol“. La neutralidad no peligraba. La primera declaración de Italia echándose fuera de la *Tríplice* nos aseguró más. Hubo un momento en que se temió que Francia nos pidiera el paso por España de sus tropas argelinas y marroquíes; pero, descartado un ataque de la escuadra italiana, quedaba libre para sus transportes la navegación del Mediterráneo. Si llevábamos las relaciones diplomáticas con habilidad, no era fácil hacernos tropezar de un modo irreparable. Amigos cordiales de todos, separados geográfica y políticamente del foco de la guerra, ¿quién iba a forzar nuestra voluntad? Entonces fué, seguramente, cuando el señor Dato pensó hacerse acreedor al respeto de la España actual y de la venidera manteniendo a toda costa la neutralidad; inflexible e implacable en su resolución de ser dúctil y de transigir con todo. Entonces se dijo que librar a España de la guerra y aprovechar la formidable conmoción que iba a arruinar a Europa, como un terremoto, era ganar tanta fuerza, por lo menos, como los otros perdieran. Tal proporción, que hubiera sido matemática con cantidades inalterables, fallaba desde el momento en que la guerra levantara en los países beligerantes fuerzas nuevas. ¿Podía dudarse de que así iba a ocurrir? El esfuerzo de los otros fué gigantesco. El de España, neutral, muy pobre. Como suprema concepción política surgió desde el principio la intervención de España en más o menos próximas negociaciones de paz.

2. LAS TRINCHERAS ESPAÑOLAS.

a) *En la Corte y en la aristocracia.*

Apenas el marqués de Valtierra llegó a París, sobreponiéndose militarmente a la idea diplomática de la oportunidad, no tuvo ningún reparo en hacer esta declaración: — España tiene que ser neutral. España no puede salir de la neutralidad. Ese es el punto de vista general de la opinión, y el Gobierno y el rey se conforman en absoluto. A pesar de los *leaders* radicales que pretenden que el sentimiento personal del soberano sería salir de la neutralidad, eso no es así. — Periódicos monárquicos sostuvieron que aquello no parecía una indiscreción, sino una *gaffe*, y agregaron que el Gobierno sabía muy bien que no fué la única cometida por el embajador en tan pocos días (1). El sentimiento personal del rey no necesitaba intérpretes y sin embargo tenía muchos, a tal punto que, de creer a todos, los sentimientos personales del rey eran alternativos o discontinuos. — Don Alfonso — dice un día el señor Villanueva, presidente del Congreso (2) — sabe hacerse cargo rápidamente de las cosas y por eso no puede querer la guerra a favor de los aliados. — Respondían esas palabras, que desde luego, definieron el criterio de quien las pronunciaba más que el del rey, a la necesidad de deshacer el efecto de la primera actitud en que se supuso colocado al monarca. Vienen a confirmar que aquellos rumores eran ciertos. Sea cual fuere su primera opinión, „el rey se había hecho cargo rápidamente de las cosas“. Recoger las frases pronunciadas según diversos testimonios por don Alfonso respecto de los beligerantes, orienta poco, o mejor dicho, desorienta. Las ocasiones en que se pronunciaban eran distintas y el fondo suele serlo también. Lo cierto es que, planteada la gran batalla y dividida en dos bandos la opinión española, uno y otro luchaban dentro del ánimo del monarca. La ilusión de intervenir en las negociaciones de paz comienza desde los primeros días de guerra. A fines de Julio, cuando la catástrofe es inminente, ya el *Bureau International de la Presse*, de Bruselas, se dirige al rey de España como mediador. Tan modesta apelación era el

(1) *Diario Universal*, 4 de Octubre.

(2) Declaraciones del 22 de Octubre.

principio de una serie de invocaciones a la influencia personal del rey, que luego había de utilizarse en beneficio de los prisioneros. Pero la lucha de una y otra tendencia, garantía de la neutralidad española, estaba demasiado cerca del rey, dentro de las mismas paredes de Palacio.

Ya en aquellos días los neutralistas presentaron a la familia real como símbolo de la situación de España frente a la guerra. Doña María Cristina, la reina madre, austriaca. La reina Victoria, inglesa. Una con próximos parientes en el alto mando de los ejércitos del emperador Francisco José. La otra recibe la terrible noticia de haber caído su hermano, un príncipe de Battenberg, muerto gloriosamente en el Yser, luchando contra los alemanes. La tragedia pesa sobre la Corte y muchas lágrimas lloran las desventuras de tantos pueblos desolados. La reina madre envía diez mil coronas a la Cruz Roja austriaca. La reina Victoria auxilia a las ambulancias inglesas. Palacio no fué entonces un símbolo abreviado de la España neutral. La imagen era inexacta, porque allí no había neutrales, puesto que de un lado como de otro, la pasión de la patria estaba mantenida por lazos de sangre. ¿Lo era el rey? ¿Era neutral la Corte?

Hay motivos para creer que en la Corte de España la neutralidad era una palabra vacía. No ha llegado el momento de las memorias íntimas y no es fácil que nadie haya recibido las altas confidencias por donde pueda saberse quién estaba en perfecta comunicación con el espíritu de la Corte de España y quién se encontraba en el ambiente hostil y en la incomunicación cordial de un país extranjero.

Para juzgar de la inclinación general de nuestra aristocracia, si tenemos datos: bastará, por ejemplo, recordar que en la conferencia dada en la Zarzuela por el señor Vázquez de Mella, verbo de los Imperios centrales en España, asistieron diez y seis damas de la reina, diez y seis señoras cuyo cargo palatino las ponía en diario contacto con Victoria de Battenberg, y que, sin embargo, acudieron a un acto de pública animosidad contra Inglaterra. Como es natural, figuran en esa lista de damas de la reina nombres preclaros de la aristocracia española: Granada, Medina-celi, Sotomayor, Villahermosa, T'Serclaes-Tilly, Corzana, Grafal... Se dijo entonces que la asistencia no implicaba asentimiento, pero se trata de un mundo en que los actos tienen siempre meditada significación y es imposible borrar el efecto que, por lo menos en la persona más interesada, habían de producir. Mucho antes se había exteriorizado ya la opi-

nión palatina, no sólo por acción, sino por omisión. Cuando se habló de traer a España mediante negociaciones del Gobierno francés con el Gobierno de Su Majestad unos cuantos millares de heridos, el pensamiento no tardó en fracasar; consignemos, sin embargo, que una dama tan ilustre como la duquesa de Fernán-Núñez abrió una suscripción para los heridos belgas, pero esa lista fué tanto más honrosa cuanto más limitada, y las pruebas de solidaridad con el sufrimiento de los países aliados no pueden resistir el contraste de las demostraciones de simpatía en favor de los Imperios centrales. ¿Será preciso estudiar ahora la psicología de nuestra aristocracia, y medir el alcance de su espíritu liberal? Nos parece ocioso. Por instinto esa clase social se orientó bien; las extremas derechas, como el clero de tendencias políticas, como la milicia convertida en brazo del Estado, no se equivocó al tomar partido; entonces era un misterio todavía la trayectoria de las ideas que luchaban frente a frente a un lado y otro de las trincheras; pero el corazón no les engañó: la vieja aristocracia española, de tendencia invenciblemente reaccionaria — ¡honor a las excepciones! —, el clero político y la milicia política, vieron en el ideal de la Alemania imperialista, más que la continuación, la exaltación de sus privilegios. Triunfante el kaiser, algo de ellos triunfaba también. Francia en cambio era siempre un enigma lleno de peligros, y la Inglaterra, demasiado liberal, mostraba ya con sus alianzas el gusano que iba a roerla y a destruirla. Hemos de ver más adelante cómo se inicia la intriga política alrededor de este medio aristocrático y palatino. Se ha hablado mucho del *habsburgianismo*. Véase la campaña periodística de Unamuno. Se ha podido trazar un triángulo ideal: Viena, Roma, Madrid; mejor dicho, Viena, Palacio y el Vaticano. Toda la vida española, la más honda y la más compleja, habría de aparecer a la superficie si se tratara de estudiar sin reservas el porqué de las preferencias de esos medios sociales durante la guerra.

b) *En el clero y en la España católica.*

Alemania es la reforma y el criticismo filosófico: Lutero y Kant. La doctrina de la violencia no se ha expresado en ninguna lengua con tanta saña contra la piedad cristiana y contra los sentimientos del cristianismo como en la lengua de Federico Nietzsche; sin embargo, los católicos españoles han sentido en estos cuatro años el culto a Alemania. Se ha

buscado concienzudamente la razón. Los católicos belgas especialmente, en nombre de su patria invadida y de sus iglesias profanadas, han querido transmitirles la emoción y las lágrimas del cardenal Mercier. Empeño inútil: el clero español y los católicos que le siguen tienen una psicología genuina a prueba de propaganda escrita. Hay que salvar también las excepciones, pero la gran mayoría siguió incondicionalmente la sugestión de la prensa jaimista: de *El Correo Español* y *El Debate*. Y no lo hizo porque sí: las extremas derechas españolas iban contra la Francia que acababa de separar la Iglesia del Estado, cien veces más cristiana y aún más católica que Alemania, pero culpable del gran delito de perseguir a las instituciones religiosas. Les bastaba que el kaiser hablara en nombre de Dios y que se presentara como un arcángel vengador de la depravación francesa. Otras razones más escondidas irán apareciendo en el curso de la guerra; pero si la aristocracia privilegiada fué lógica al establecer sus predilecciones, el clero y los católicos españoles tuvieron también un instinto certero y se inclinaron en la guerra contra la libertad, como se inclinaban dentro de la política de su patria.

Puede haber influido sobre la España católica el estilo, un poco bíblico, del imperialismo alemán. Quizá la impresionara el modelo adoptado por el kaiser desde su discurso ante el Reichstag el 31 de Julio: — Y ahora os encomiendo a Dios. Id a la iglesia, arrodillaos en presencia de Dios y rogadle que quiera ayudar a nuestros valientes soldados. — Acaso les haya convencido la predicación oficiosa de que „en la evolución y crecimiento del pueblo alemán y en su ascensión al espléndido presente, no han obrado solamente el ingenio y la fuerza del hombre, sino que Dios les ha ayudado“. „Dios ayudará también a los alemanes para que tomen los dones inestimables con que les ha enriquecido“ (1). Pero en la balanza pesaron más las ideas políticas que las religiosas. Hemos de ver la contradictoria situación en que se halló desde el primer día de guerra la Iglesia romana luchando entre atender a las apelaciones desesperadas de los católicos belgas y del cardenal Mercier o a los intereses de orden moral y material que unen al Pontificado con el Imperio austro-húngaro. En esa lucha el clero español vió claramente que no pesaba más la protesta sentimental. La consigna esperada no llegó. Los meses que transcurrieron desde la invasión de Bélgica hasta

(1) *La guerra alemana y el catolicismo. Defensa alemana contra ataques franceses.* Editado por católicos alemanes. Barcelona, pág. 143.

la entrada de Italia en la guerra hicieron andar mucho camino a esta política llena de reservas mentales. Pero lo que en Italia fué sinuoso y subterráneo, aquí apareció rudamente a la luz del día. El clero español en conjunto habló, predicó y trabajó con arreglo a las normas que le proporcionaban, por una parte sus propios sentimientos xenófobos y reaccionarios, como en la guerra civil, y por otra la propaganda de su prensa. Cuando comenzó la réplica dirigida especialmente desde Francia por M. Baudrillart (1) era ya tarde para conseguir resultados apreciables en la gran masa de nuestro clero. Y aún es dudoso que llegando a tiempo se hubiera obtenido mucho más. Su mentalidad estaba poco dispuesta a dejarse influir.

c) *En el ejército.*

No es difícil desentrañar las razones que han llevado a la gran mayoría del ejército español a opinar y a tomar partido en contra de la política internacional señalada por el pacto de Cartagena. Pueden reducirse en términos escuetos a las siguientes: 1.<sup>a</sup> La sugestión del triunfo alemán rápido y aplastante y la superstición de la técnica, perfeccionada en cuarenta años, durante los cuales la casta militar constituyó en el Imperio una aristocracia laboriosa y brillante. 2.<sup>a</sup> La enseñanza recibida en las Academias militares, basada en gran parte sobre la ciencia de la guerra alemana. 3.<sup>a</sup> Los roces, en ocasiones demasiado bruscos, entre nuestro ejército y el francés en la zona marroquí y los obstáculos, a veces depresivos para nuestro amor propio, que hallaba la acción española en África al empezar la guerra. Téngase en cuenta que limitada la visión internacional del ejército a esta política del norte de África y circunscrita también a ese ideal nuestra acción militar, los generales, jefes y oficiales de Melilla y de Ceuta, de Larache y de Alcázar, veían en el colonismo francés que personificó M. Caillaux y que desarrollaron los residentes, un espíritu de hostilidad a España. 4.<sup>a</sup> La reacción hacia la derecha de una gran parte de este ejército que fué en el siglo XIX instrumento de la libertad y de la revolución.

---

(1) *La guerre allemande et le catholicisme*. Obra publicada bajo la dirección de Monseñor Alfredo Baudrillart, rector del Instituto católico de Paris, y bajo el alto patronato del Comité católico de propaganda francesa en el extranjero.

Agréguese a tales razones, que en el curso de estas páginas tendremos ocasión de desenvolver, otros influjos del medio ambiente español y especialmente el de las clases elevadas. La prensa militar ayudó eficazmente a esta sugestión.

d) *En los partidos políticos.*

*Los conservadores.*—A los conservadores gubernamentales de 1914 puede considerárseles agrupados detrás del señor Dato. La neutralidad era para ellos una resultante, pero no de la opción entre los aliados y la guerra a favor de los Imperios centrales, sino de la guerra a favor de los centrales o la neutralidad. Salvando la excepción del señor Sánchez de Toca y de algún otro político de tradición anglófila y cultura latina que no han faltado nunca en los partidos moderados españoles, la masa de las fuerzas conservadoras fué neutralista por impotencia. En una España fuerte, la teoría del sinapismo en la espalda la hubiéramos visto amparada por las clases conservadoras y por sus hombres públicos. La responsabilidad del poder les hizo ser cautos en la expresión de sus opiniones y hay, preciso es decirlo, muchas declaraciones de imparcialidad y no pocas de simpatía cordial por los aliados. Pero el historiador de mañana tendrá que trabajar muy poco para encontrar el rastro de la opinión íntima de las clases conservadoras, traducida por las del partido político que las representa.

Prueba de ello fué la actitud adoptada a través de los años de guerra por el señor Maura. Libre de la responsabilidad inmediata, pudo seguir con más independencia los estímulos de su convicción, pero necesitó contener los impulsos de sus amigos. Maura habló en el Teatro Real y en Berlanga el lenguaje de un hombre de gobierno que, habiendo dirigido los destinos públicos y adquirido para su patria compromisos de carácter internacional, mantenía la orientación y aseguraba la fidelidad a esos compromisos. Los acuerdos de Cartagena con Francia y con Inglaterra le parecían reflejo de „un conjunto de realidades incoercibles, imperativas, evidentes“. „España, en el occidente del Mediterráneo y en la costa Atlántica, tiene su situación que esos acuerdos definen de comunidad de intereses con Inglaterra y con Francia, y la recíproca promesa de mantener y trabajar en pro de esa comunidad y de ese *statu quo* no era una política que se hubiera ocurrido a aquél ni a ningún otro Gobierno“. El señor Maura tuvo que luchar con su partido, pequeño,

íntimo, familiar y con la masa considerable de opinión que le miraba con tanta simpatía como respeto. En el Teatro Real y en Berlanga habló el primer ministro del rey don Alfonso. Su lenguaje fué claro. Un serrezazo a la desbocada opinión germanófila: „Respetando todas las opiniones, ya comprendo yo que haya quien crea que a España le puede convenir otro género de conexiones; pero yo a esos les recomiendo una cosa, y es que adviertan que para ganar el derecho de elegir hay que cuidar primero de integrar la plena personalidad y de vigorizar, intencionadamente, el albedrío para que funcione, y cuando se tenga la libertad de optar y la fuerza de resistir será el deliberar y el decidir. Porque mientras tanto yo digo que en 1907 esos eran los intereses de España, en lo que se refiere al Mediterráneo y a las islas y a las costas del Mediterráneo y del Atlántico que interesan a España, las cosas están como estaban, subsisten en la misma coordinación de intereses y en la misma dinámica de previsiones y riesgos, y que, por tanto, *hoy habría que volver a suscribir los pactos de Cartagena*“. Era el ex presidente del Consejo el que hablaba así. Hemos de ver de qué modo más tarde el jefe de grupo se dejaba arrastrar en su discurso de la Plaza de Toros por el impulso de las pasiones que le rodeaban y cómo quedaron desvirtuadas sus primeras palabras.

El caso del señor Maura es elocuente; ¿no servirá también para explicar toda la política del señor Dato? Hay motivos para creer que en 1914 el pensamiento del jefe del Gobierno no difería personalmente del que contiene esa frase del discurso de Maura. Es muy posible que sus sentimientos glosaran el concepto en términos muy distintos de los que implica la fría posición del neutral, y, sin embargo, el señor Dato acabó por hacer de la neutralidad estricta su único título a la gratitud de las futuras generaciones españolas.

*Los liberales.* — Acerca de la actitud de los liberales dice tanto el artículo del *Diario Universal*, „Neutralidades que matan“, como la serie de desautorizaciones que cayeron después sobre su tendencia antineutralista. ¿Cuántos liberales le aprobaron? ¿Cuántos se alegraron de verle luego contradicho? En el censo del partido liberal no hay una casilla que revele cuáles son sus ideas sobre política internacional. Entre los amigos del conde de Romanones, algunos no hubieran sabido cómo llenarla. En cuanto a los que forman el grupo demócrata y a la aristocracia de ex ministros liberales acaudillada por el marqués de Alhucemas, el artículo mereció severas censuras y despertó grandes alarmas.

Su política desde el poder ha de decirnos de qué modo interpretaba esa fracción liberal la neutralidad. Piedra de toque fué la guerra, y ella ha precisado bien el valor del liberalismo gubernamental español. Bajo el pabellón del partido estaban agrupados hombres de muy distinta tendencia. Había, hay entre ellos hasta reaccionarios, corazones del siglo XII que perpetúan en el artificio del régimen electoral contemporáneo supervivencias feudales. No era necesario esta prueba del movimiento de ideas políticas desarrollado por la guerra para saber la falta de contacto, la incomunicación del ideario de los partidos españoles con el resto del mundo. Pero se ha hecho patente el artificio de nuestros partidos gubernamentales constituidos alrededor de nombres, por personalismos y entrañando, por lo que aquí se llama fuerza de la realidad, cada caso una defección. Si todo el partido liberal español hubiera pensado con arreglo al criterio expuesto en el mes de Agosto por el conde de Romanones, la marcha de nuestra política internacional hubiera sido muy distinta.

*En las extremas derechas.* — Desde el principio de la guerra las derechas españolas han demostrado su inclinación por los Imperios centrales, dando luego raro ejemplo de fidelidad. En vano la propaganda aliada, a nuestro juicio equivocándose, procuró interponer unos cuantos argumentos entre el concepto del poder que constituye el espíritu de Alemania en la guerra y la tendencia absolutista grata a las derechas españolas en la paz. ¿Cuántos artículos, folletos y libros se han publicado sin contar con la predicación de hombres como Melgar que conocen bien a sus correligionarios? Todo ha sido inútil. No es por capricho ni por azar por lo que las extremas derechas aceptaron en España la invasión de Bélgica, la destrucción sistemática y más tarde la interpretación alemana de las leyes internacionales sobre el bloqueo, la doctrina del contrabando instituida en Berlín — aun siendo mortal para nuestro comercio — y la teoría de la eficacia que las llevó a disculpar los bombardeos aéreos de París y de Londres. Hay en la filosofía de esta guerra una levadura de violencia que casa muy bien con la historia de las derechas españolas en todo el siglo XIX, desde Fernando VII a don Carlos. Hay también una bella leyenda absolutista, un mito soberbio que pone frente a frente el orden, la disciplina, la preparación, la técnica, al servicio del enviado de Dios, y la ligereza, la imprevisión, el libre examen de lo divino y de lo humano; es decir, la *Kultur* del imperialismo alemán frente a la civilización política parlamentaria y democrática de Francia e Inglaterra. De estas dos atracciones materializadas.

en el campo de batalla, las derechas españolas eligieron la más próxima a su concepción de estado y del orden social. Para las derechas españolas Alemania representó el triunfo de la política de mano dura, considerando todos sus progresos sociales como actos de benevolencia patriarcal, del poder, de las instituciones y de los propietarios hacia el trabajador. Concesión, no derecho. En esta enumeración rápida de las posiciones adoptadas por las fuerzas políticas españolas en el año 14 es preciso apuntar el influjo de la obra personal del señor Vázquez Mella. Con anterioridad a la guerra había defendido ya una política de inclinación a Alemania. Previéndola dispuso sus baterías antes del mes de Agosto, y la opinión jaimista que él dirigía, contra don Jaime o por lo menos sin don Jaime (1), mostróse desde el primer día furiosamente apasionado en favor de Alemania. Ella había de ser eje y centro de toda la gran maniobra política de los Imperios centrales en España.

*En el nacionalismo catalán.* — Si no la voz de Cataluña, tan contradictoria como la del resto de España a pesar de la estrecha comunicación cordial de Barcelona con la República francesa, llevó el señor Cambó la voz del nacionalismo catalán. Su actitud es puramente pragmática, ante la guerra como ante los problemas de política interior. Mientras en la gran ciudad catalana luchaban apasionadamente los partidarios de unos y otros beligerantes, Cambó pronunciaba las palabras frías que miran, no al sentimiento, sino a la utilidad. Se ha comentado mucho sus artículos de *La Veu* sobre el conflicto europeo. Nadie tiene la culpa de esta guerra. Fué inevitable a consecuencia de realidades más fuertes que la voluntad de los hombres y de los pueblos. Estas afirmaciones le llevaban a aceptar toda la tesis alemana de la lucha con el eslavo y del odio de Inglaterra al crecimiento económico de Alemania. „El Gobierno de Bélgica ha hecho un favor a Francia, pero ha arruinado a su país ofreciéndolo como campo de devastación en una lucha en que nada va a sacar y ha comprometido, para el caso de una victoria de Alemania, su misma existencia como nación“. „El gesto de Bélgica es de una inmensa gallardía, pero sus gobernantes han contraído una responsabilidad que, pasada la lucha, su pueblo no podrá perdonarles nunca“. Alemania contaba con que Italia seguiría creyendo que sólo a costa de Francia puede realizar su ideal de la hegemonía mediterránea, pero le han fallado sus cálculos, inspirados en un elemental buen sentido. ¿Y

---

(1) Véase *En desagravio*, folleto de Francisco Melgar, pág. 57.

España? España no puede tomar parte en la lucha ni con Francia ni con Alemania, porque no tiene ideales nacionales y porque carece de preparación militar. Si la guerra llegase al Mediterráneo y nuestra neutralidad no fuese respetada, no hay que caer en la tentación quijotesca de imitar a Bélgica. Estas opiniones secas y descarnadas encierran toda la doctrina de un hombre del Mediterráneo y del Renacimiento. Los principios en lucha no eran realidades para el señor Cambó a mediados de Agosto, cuando se publicaban esos artículos. Aceptaba el mundo nacional e internacional con un sentido conservador más consciente que el del señor Dato y el del señor Maura. Dato era neutral por compromiso y su neutralidad revelaba la actitud más pasiva que pudiera adoptar un hombre de Estado. Maura conservaba aún el gesto digno y caballeresco de un gran señor inválido. Pero Cambó confiaba todavía en sacar partido de la impotencia y de la invalidez. Cualquier posición puede ser utilizable para el político hábil. — „A fuer de franco — decía el mismo mes de Agosto en un artículo de *La Lectura* — (1), declaro que no me preocupa gran cosa el que lleven la mejor parte Alemania y Austria o el que alcance la victoria el grupo de potencias que con ellas están en lucha“... — Lo que le preocupaba al señor Cambó era el papel de España en la nueva fórmula de equilibrio europeo que impone siempre el vencedor. Cambó no cree en la moral internacional. Es la voluntad del fuerte la que impone ese equilibrio. Pero España siente los problemas que podrían resolverse en momentos excepcionales por la guerra o por la diplomacia, el de su reintegración territorial — Portugal, el Rosellón, Gibraltar — y el de su posición en el Mediterráneo — Marruecos —. Y aquí vienen las palabras esenciales del pensamiento oportunista y utilitarista del señor Cambó:

„El Congreso internacional que fije después de esta guerra la situación de todos los Estados de Europa puede constituir — no digo yo que así sea — un momento precioso para que nuestra diplomacia supla la falta de ideal colectivo del pueblo español y prepare un período ascensional para la vida de España. Es casi seguro que en el futuro Congreso tendrán participación los Estados neutrales, afectados, lo mismo que los beligerantes, por lo que en él se resuelva. Deberemos, pues, reclamar una participación en él y procurar por todos los medios que no nos sea negada. Y dado el caso de que se nos negase, no habrían de faltarnos

---

(1) *La Lectura* — Septiembre de 1914, número 165. — *España ante la guerra europea. Cuando se haga la paz*, por Francisco de A. Cambó.

abogados que nos defendiesen: entonces habría llegado el momento decisivo para poder apreciar el grupo de Potencias al cual debemos unirnos, por cuanto entonces podremos saber cuáles se prestan a ser defensoras de los intereses de España y cuáles nos atajan el paso en nuestro camino de engrandecimiento". — Más adelante, desde el discurso pronunciado en el palacio de la Música Catalana, va evolucionando el pensamiento del señor Cambó, siempre con la característica de prescindir de toda idealidad que no sea la del alto interés nacional.

*En los republicanos y socialistas.*— Al hablar de la posición adoptada por los radicales y los reformistas ante la guerra, indicamos ya la de republicanos y socialistas. A partir del 98 adquirió la tendencia republicana en España exagerado carácter local. Muerto Castelar, para cuyo ancho espíritu no hubo nunca trincheras, los republicanos españoles apenas sintieron la preocupación internacional. Un libro interesante de Álvaro de Albornoz sobre *El partido republicano*, dice que su actitud en la política exterior puede resumirse en esta frase: *nada de aventuras*. En 1901, cuando se planteó el tema de las alianzas, „los directores del republicanismo no esperaban ninguna ventaja de nuestra colaboración a la política de Inglaterra y Francia. Veían además con recelo, si no con hostilidad, la actuación de las dos grandes potencias occidentales“. Salmerón habló de una nación que tiene puesto el veto a todo lo que sea el desarrollo espléndido de España; de „antipatías ineluctables“, de „un obstáculo que, para mayor afrenta y mengua, todavía se asienta en el suelo sagrado de la patria“. Pi y Margall, adversario de la Francia centralista, combatió la unión con „esa República rapaz que, en vez de hacerse la emancipadora de los pueblos oprimidos, ha llevado sus armas contra los débiles sin acordarse de recobrar las provincias que en 1870 le arrebató Guillermo de Alemania“. Para la „entente cordiale“ de 1906, para el pacto de Cartagena, para el viaje de Poincaré en España tuvieron los republicanos, con excepción del reformismo, críticas y reservas demasiado ostensibles. „En algún mitin, ya en visperas de 1914 — dice Albornoz —, se tronó contra la *pérfida Albión*, que pretendía tener por ejército al francés y que España le construyera sus futuros barcos. ¿Cómo extrañarse de la incompreensión de las izquierdas españolas ante el magno acontecimiento de la guerra?“ (1). Debe salvarse de este severo juicio a Melquiades Alvarez

\* (1) Álvaro de Albornoz, «El partido republicano». — *Biblioteca Nueva*. Madrid, 1918; página 236 y siguientes.

y a Lerroux, comprender la razón con que el partido socialista, avaro de la sangre del pueblo, temía verle arrastrado por la incompetencia y la ignorancia a una guerra superior a sus fuerzas, y reconocer que desde el primer momento se pusieron del lado del derecho y de la justicia contra la violencia. Luego, a medida que fué avanzando la guerra, hasta llegar al mitin de la Plaza de Toros, las izquierdas españolas fueron dando cada vez más valor a los móviles ideales que luchaban en las trincheras.

e) *Entre los intelectuales y en el pueblo.*

Pacifismo. Humanitarismo. Los instintos domados por la cultura intelectual y sentimental. Este era en España el año 14 el tipo ideal de civilización. Internacionalismo. Antimilitarismo. Un reflejo de las preocupaciones de carácter social de Francia, de Inglaterra y también de Alemania. En pleno desarrollo la tendencia a servirse de la cultura universitaria alemana como norma para crear en España un vivero de técnicos, especialistas y competentes. Prescindiendo de nombres, no hay en la intelectualidad española sino la lucha entre la tradición escolástica y la renovación científica. Desatada la guerra, deshecho el sueño de la humanidad pacífica por sentimiento y por razón, continúa la bifurcación del pensamiento español y van en el cortejo de Alemania, detrás de los noventa y tres profesores del kaiser, los representantes de la cultura tradicional que habían abominado de la ciencia alemana. 1914 es para los hombres que sienten dentro de su pecho los problemas de España y de la humanidad un desplome, un derrumbamiento, un terremoto mental. Individualistas a título de intelectuales, cada cual va reaccionando luego y aceptando la dura lección recibida. En el curso de estas páginas iremos viendo cómo los motivos ideales de la lucha contra el imperialismo alemán reducen cada día el número de los intelectuales españoles imperialistas.

En cuanto al pueblo, alejado de la acción eficaz de los partidos políticos, forzoso es decir que adoptó satisfecho la camisa de fuerza de la neutralidad. Primero estupor, luego recelo e inquietud ante posibles salpicaduras, más tarde una sensación de bienestar ante el espectáculo del dolor ajeno, por último una esperanza de vuelo corto fundada en el proverbio: „agua y sol y guerra en Sebastopol“.

### 3. EFECTOS ECONÓMICOS DE LA GUERRA.

Pasó el primer pánico de las clases productoras. Funcionó sin demasiadas catástrofes la Bolsa de Madrid y reanudó sus sesiones la de Barcelona. España no entraba en la guerra. Los lazos comerciales, rotos violentamente con la ruptura de hostilidades, las moratorias y la dificultad de comunicaciones, sangraron mucho los primeros meses, pero fueron restañándose las heridas poco a poco. Hubo, al estallar el conflicto, la idea de que la organización económica del mundo no soportaba una guerra larga, esperando los técnicos un final próximo por agotamiento de recursos. Luego se vió que la guerra crea organizaciones nuevas y nuevos recursos; que cada nación puede sustituir todo el mecanismo de su vida económica por un mecanismo distinto, y que en cuanto a la capacidad de sufrimiento encierra gran sabiduría otro proverbio nuestro: „Dios no nos dé todo lo que podemos resistir“. Al establecerse en la línea de trincheras los alemanes, después de la batalla del Marne, el capital español y la producción española vieron abrirse ante sus ojos, un poco aterrados todavía, un mundo nuevo, un estado de anormalidad duradera o de normalidad interina. La posición del neutral que puede comerciar con unos y otros beligerantes a precios de guerra era envidiable. Se adivinaba el riesgo seguro, infalible y, por desgracia, inevitable, dadas nuestra desidia y nuestra imprevisión, del encarecimiento de los artículos de primera necesidad. Pero en cambio, surgieron dos fórmulas de la misma idea utilitaria; una de ellas grata al interés privado: el aumento en los beneficios de muchas industrias; otra de interés público, más alto y más noble: la posibilidad de nacionalizar los elementos esenciales a nuestra independencia económica.

No hubo política económica merced a la cual pudiéramos lograr este ideal y llegó la carestía, pero la nacionalización, no. Sánchez de Toca, uno de los primeros en advertir el peligro y la posibilidad de vencerlo, describe de este modo el cuadro de nuestra vida económica desde Agosto del 14: „Cada trimestre de la guerra fué indicando consecutivamente con la angustia de sus propios apremios cuál era la necesidad general a que más urgía proveer, a qué especial demanda del mercado debíamos procurar asistir, en primer término, y cuál era el conflicto más que iba a producirse en nuestra economía nacional. Los primeros tiem-

pos reclamaban ante todo expansionar y movilizar el crédito y los tratamientos más eficaces a infundir la confianza. Ellos iniciaron también desde luego el señalamiento del orden de prelación en cuanto a las industrias que consecutivamente debían entrar en progresiva intensificación de su actividad. Las ulteriores vicisitudes de la guerra apuntaron luego de por sí a la producción agraria y a la actividad industrial, comercial y navegadora, cuál era el especial servicio más adecuado a la más general necesidad dentro de cada periodo. Y en cada uno de los sucesivos trimestres el síntoma premonitorio que se destacaba permanentemente como cardinal en todas las manifestaciones de la vida económica, traducía la advertencia de que nos encaminábamos irremisiblemente a un encarecimiento de especiales artículos de primera necesidad para las subsistencias y a muy altos costes, en general, para todos los elementos de la producción" (1). Juzgaba entonces el señor Sánchez de Toca que las condiciones singulares de nuestra neutralidad nos favorecían tanto que podíamos permanecer durante la guerra en relativa normalidad y llegar más fuertes a la hora de la paz. En vez de eso llegamos rápidamente a la crisis de las subsistencias.

Sin embargo, en el año 14 teníamos carbón que nos traía Inglaterra, algodón que venía de América, trigo y cueros de la Argentina y de la India. Se suponía al principio que no iba a estar cerrado en absoluto el mercado alemán para nuestra exportación de frutas. Se empezaba a resolver el problema del crédito. Inesperadamente se resolvía el de los cambios, y pronto, en el mismo mes de Septiembre, la peseta se cotizaba sobre la par. — „¡¡Al fin!!“ — La necesidad de los países occidentales les obligaba a recurrir a España. Si algunas industrias quedaron momentáneamente paralizadas — la corcho-taponera, la minería de algunas regiones, como Huelva, que se encontró sin el consumo alemán y redujo a menos de la mitad el personal, la industria vinícola y, sobre todo, la exportación de fruta y hortaliza — en cambio comenzaron a llegar pedidos importantes de tejidos de algodón y lana, cáñamo y lino, mantas, paños, géneros de punto, material sanitario, sacos, conservas, calzado, talabartería. Industrias como la azucarera, que atravesaba grave crisis al empezar la guerra porque debía limitarse al mercado interior, se encontraron de pronto en condiciones de exportar. Nunca pudo creer el

---

(1) J. S. de Toca: *Los problemas actuales de mayor urgencia para el gobierno de España*. Madrid, 1916; pág. 78.

accionista más iluso de las Azucareras que España se deshiciese en pocos meses del sobrante en los almacenes y que al librarse del *stock* comenzara un brillante período de fabricación ilimitada. Corren España de un lado a otro agentes comerciales; aumenta la circulación de mercancías en términos que pronto se plantea el gran problema de los transportes; circula el dinero hasta los pueblos más humildes. . . ¡Agua y sol y guerra europea! Consta en informes oficiales (1) que muchos fabricantes, creyendo que su nueva clientela era flor de un día, o forzados por el exceso de producción o simplemente arrastrados por un concepto estúpido del negocio, dieron géneros inservibles, mantas rotas, conservas podridas, zapatos de suela de cartón. Esa „falta de educación industrial“ les privó de nuevos pedidos y proyectó una sombra poco favorable sobre toda la producción española. Pareció una forma nueva del robo en el camino real, muy propia para hacer meditar al viajero que puede irse por otra parte.

Los fabricantes y productores serios aprovecharon largamente las circunstancias. Hemos de ver cómo algunas industrias, incluso la agrícola, aumentan y perfeccionan su maquinaria; nacerán otras nuevas; se intentarán ensayos que hubieran sido imposibles con la competencia extranjera. En cambio, faltarán los giros de América, se paralizarán otras industrias, como la pesquera, se hará más patente el retraso en los procedimientos, faltarán colorantes, abonos, sustancias farmacéuticas, agujas para la fabricación de tejidos, empezará a encarecer el papel, tintas y pastas y se escribirán muchos artículos sobre la independencia económica. Ante esta favorable disposición del ánimo proyectábase, sin embargo, la sombra de una gran inquietud. No ya en Berlín, sino en nuestra propia prensa, comenzaba a circular la tesis de la ilicitud del comercio con los beligerantes y aparecía la doctrina del contrabando, es decir, la amenaza alemana.

---

(1) «Resumen de las informaciones de los inspectores del trabajo acerca de las consecuencias sufridas por las industrias en España con motivo del actual estado de guerra.» Inst. de Ref. Soc. Madrid, 1914.

## CAPÍTULO VII

### Alemania no pierde el tiempo.

*Primera batalla, primera victoria. — No basta declarar la neutralidad: hay que conservarla. — El interés militar de Alemania y la amenaza de la lucha interior. El plan germánico. — La acción política está en marcha. — La organización desde Berlín. — Comunicación cultural y comercial entre Alemania, España y Sud-América. — Los alemanes de España. — Cómo se inicia la propaganda. — La propaganda directa. — La propaganda por medio de instrumentos españoles. — El fantasma de la guerra civil.*

#### 1. EL PLAN DE INFLUENCIA.

**L**EYENDO las páginas anteriores acaso se reciba la impresión de que España rige sus propios destinos, y libremente, atendiendo a las circunstancias de su vida interior, se decide a permanecer neutral ante la guerra. Importa señalar, sin embargo, el hecho de que a partir del año 14 comienza una presión de fuera contra la que no estábamos prevenidos, y esta falta de preparación nuestra se demostró: 1.º, por la extraordinaria facilidad con que prendieron las influencias exteriores; 2.º, por el tiempo que hemos tardado en darnos cuenta de que existían. En el capítulo IV hemos visto cómo antes de la guerra, en los días inquietos y febriles del mes de Julio, ya las extremas derechas españolas tomaban posiciones del lado de Alemania y cómo fué utilizada políticamente su actitud para imponer la fórmula de la neutralidad. Desde el primer momento vimos surgir una opinión improvisada con demasiada rapidez para ser completamente espontánea, y sólo ahora, cuando cono-

ceamos ya en conjunto la obra política de los Imperios centrales en Bulgaria, en Grecia, en los Estados Unidos, comprendemos que para lograr y asegurar la neutralidad de España, la *Wilhelmstrasse* debía tener un plan; que necesitó prepararlo con tiempo y ponerlo en práctica simultáneamente con la acción militar sobre Bélgica; es decir, sin perder hora. La existencia de un compromiso español, de cumplimiento más o menos exigible, como el pacto de Cartagena, debía hacerla contar con la posibilidad de que, alterado el *statu quo* del Mediterráneo, España, en las eventualidades de la guerra, se inclinase a favor de Francia. Como Alemania no dejó cabos sueltos ni fió en el azar, sino que aplicó sus métodos a la obtención de resultados de carácter internacional, del mismo modo que los aplicaba a la obtención de productos químicos, es indudable que para ella España tenía un papel durante la guerra y que puso los medios para conseguir que desempeñara ese papel.

Pensando lógicamente, ¿cuál debería ser la actitud española para servir el interés alemán? Recordemos la frase de Guillermo I en las „Memorias“ del príncipe de Hohenzollern: „Nosotros nos daríamos por satisfechos con una sencilla neutralidad benévola“. Comprendía el emperador, como Bismarck, las dificultades de orden práctico que encerraba cualquiera otra propuesta. Llegado el momento del choque, no ya contra Francia sino también contra Inglaterra, era muy peligroso para España y sus costas aplicar en los Pirineos el consabido „sinapismo en la espalda“. El interés de Alemania no podía conseguir tanto. Sumarse España era por consiguiente imposible. Bastaba con restársela a los aliados, para lo cual hacía falta obtener por de pronto una franca y sincera declaración de neutralidad, reduciendo a la impotencia a los elementos activos, sean cuales fueren, que tratasen de interpretar contra Alemania el compromiso de Cartagena.

Esto y no más que esto debió esperar Alemania de España al emprender la guerra: librarse de estorbos, grandes y pequeños, en el momento de realizar la ofensiva rápida y fulminante que había de traer la victoria a noventa días fecha. Podía proyectar también la creación de simpatías e intereses políticos y comerciales para después de la guerra, ya que Berlín había de imponer la nueva organización de Europa; pero en Agosto del 14 lo que importaba inmediatamente era la neutralidad de España. El tiempo descubrirá hasta qué punto intervino el factor personal dentro y fuera del Gobierno, en esa declaración cuya génesis hemos descrito. El embajador de Alemania, príncipe de Ratibor, y el de Austria,

príncipe de Furstenberg, libraron entonces la primera batalla desde San Sebastián y la ganaron en las circunstancias ya referidas y con el concurso público de las extremas derechas, que no tardaron en apuntarse el tanto (V. pág. 68). En realidad no tenían enemigo. Ellos tomaron la iniciativa y obligaron a crear „el frente español“, a donde llegaron tarde los aliados. Consiguieron con poca resistencia el primer triunfo de Alemania en España. Si la opción hubiera consistido, dada perfecta igualdad de circunstancias, entre los aliados o los centrales, ninguno habría triunfado al elegir España la neutralidad. Pero España podía irse con los aliados porque ninguna circunstancia de orden físico, geográfico, se lo impedía, y en cambio era absolutamente imposible que formara en el grupo de los centrales. En política internacional no se riñen batallas por objetivos imposibles. La disyuntiva era ésta: o entrar con los aliados o permanecer neutrales, y Alemania consiguió su primer objetivo de que España permaneciera neutral.

Más seria fué la lucha sostenida en el Consejo del 20 de Agosto y también allí, al afirmarse el Gobierno conservador, y con él la neutralidad, Alemania consiguió sus objetivos. Eran éstos de tanta mayor importancia cuanto que la batalla del Marne iba a cambiar todos los planes germánicos, y ya no bastaría en España una declaración de neutralidad que se sostuviera durante tres meses. La sorpresa había fracasado. Iba a ser necesario sujetar a los neutrales, y comenzó en Alemania un esfuerzo gigantesco para trazar y realizar otra serie de planes que aprovechaba algo de la anterior, pero que en extensión e intensidad era muy distinta. Abriáanse innumerables caminos para llegar al fin, y Alemania necesitaba recorrerlos antes que sus enemigos, de tal modo que hasta las pobres veredas españolas merecieron el honor de ser exploradas, anotadas y sometidas a un plan de influencia. Se trataba de ganar una guerra incomparablemente más vasta que la proyectada por el Estado Mayor del kaiser, y de vencer la acción diplomática de los aliados con dificultades de lugar y tiempo que no pudo sospechar en Agosto del año 14 la *Wilhelmstrasse*. Comenzaba, por consiguiente, un segundo período en el que Alemania, de acuerdo con el Imperio de los Habsburgos, se encontraba favorecida en España por un movimiento de opinión y por poderosos factores.

Anticipemos la línea escueta de la política y acción de los alemanes en España. Registrada la división de opiniones, fomentada por todos los medios la que les era propicia, su plan consistió en *servir los*

*finés militares, el interés militar de Alemania, haciendo que los gobiernos españoles, por temor a una guerra civil, no pudieran nunca salir de la neutralidad.*

2. TRABAJOS DE INFLUENCIA. — LA PROPAGANDA DESDE BERLÍN.

Para estudiar con algún método los trabajos de influencia alemana sobre España sería preciso distinguir entre la propaganda, la acción política y la acción propiamente dicha. No estamos seguros, sin embargo, de que puedan separarse siempre, porque ha habido ocasiones en que un torpedo — acción propiamente dicha — ha servido a la política y a la propaganda, mediante reacciones de opinión que ni los propios alemanes hubieran sospechado.

Antes de la guerra, Alemania había pensado ya en España, especialmente como punto de apoyo para su política sud-americana. El pangermanismo había lamentado que no fuera Alemania la que nos despojara de nuestras colonias (1) y le reprochaba a Bismarck su debilidad cuando tuvo ocasión de hacerlo en el conflicto de las Carolinas. Para los pangermanistas, „la política sentimental es una tontería; sus ensueños humanitarios, estupidez; el reparto de los beneficios debe comenzar por los compatriotas, la justicia y la injusticia son nociones necesarias sólo

---

(1) No deja de tener interés [lo que en el año 11 decía el verbo popular de *La más grande Alemania*, Otto Richard Tannenberg: — «España ha desaparecido de la lista de potencias coloniales. Lástima que sus posesiones no hayan caído en manos de los alemanes. El destino nos fué propicio provocando en favor nuestro en 1885 la lucha por las islas Carolinas, pero, desgraciadamente, las cosas no siguieron ese camino. En 1885 Bismarck era un viejo que quería gozar de su reposo y la política alemana era absolutamente senil. Cuba y Filipinas bien valen la pena, y los americanos han hecho una gran jugada con los españoles. Cuba, la perla de las Antillas, es tan grande como Baviera, Wurtemberg, Baden y Alsacia juntas; desde el punto de vista alemán es una extensión de territorio que bien valía una pequeña guerra. Su posición, al Sur de la América del Norte hubiera creado nuevas relaciones entre el pueblo alemán y los diez millones de alemanes domiciliados en los Estados Unidos; y además nos hubiera dado la preponderancia en el golfo de Méjico. La exportación de las pequeñas repúblicas centro-americanas, sobre todo de Nicaragua y Guatemala, se dirige ya hoy esencialmente hacia Alemania. La posesión de las Filipinas hubiera alejado de las islas de la Sonda a un vecino desagradable. . . ¡Es triste pensar que se ha dejado escapar tan buena ocasión sin aprovecharla!» (*La Plus grande Allemagne*. Edit. franc.; pág. 275.)

en la vida civil, y el pueblo alemán tiene siempre razón porque es el pueblo alemán y cuenta con 87 millones de habitantes" (1). En sus proyectos España no les estorbaba y la dejaban morir en paz. Pero medio América del Sur era suya. Lo que los conquistadores sobre el papel expresaban bárbaramente, procuraba realizarlo en otro terreno el Gobierno de Berlín, y España servía de comunicación cultural y comercial con la América que habla nuestra lengua. Antes del 14 se utilizó el Seminario de Lenguas románicas, de Hamburgo, al frente del cual estaba el profesor Schädel, discípulo de Morf, que había viajado por Sud-América y que no realizó una labor puramente científica, sino de miras más prácticas. Allí nació el *Heraldo de Hamburgo*, escrito en español, llamado a circular por España y América y nutrido con fondos de la banca y del comercio hanseático. El Seminario de Lenguas románicas no fué el único centro de influencia sobre España y las repúblicas hispano-americanas. Trabajó, también, un „Instituto Seminario de Historia Universal“, de Harms. Surgió en Kiel la „Economía Mundial“, institución española y americana, el „Weltwirtschftliches Institut“. En 1913, Lamprecht se había dirigido al canciller Bethmann Hollweg para que se intensificara la propaganda científica. Y Schädel, al estallar la guerra, seguro ya de la victoria, trazó un plan gigantesco para aprovecharse de ella en esos países mediante una propaganda no política ni comercial, sino científica, facilitada pingüemente por el Imperio. Conocía a los elementos más valiosos de la enseñanza española y preparó la fundación en Madrid, Barcelona, Granada y Bilbao de una gran Biblioteca-Escuela-Instituto, representación de las Universidades y organizaciones científicas alemanas en España. Libros, revistas, informes para trabajos especializados. Intercambio de alumnos.

El curso de la guerra hizo que esta organización obedeciera a otras miras mucho más inmediatas y la propaganda fuese de muy distinto género. Lo que se requiere es propaganda política. Debe entrar en campaña la Secretaría de Negocios Extranjeros, y a las órdenes del barón de Welzeck, con la plena confianza del canciller, se organizan las secciones del servicio extranjero con personal de profesores y escritores, la mayoría pangermanistas, dirigidos por von Rohrbach y auxiliados por censores y traductores españoles y sud-americanos. De allí salieron los primeros folletos, hojas, notas y recortes de propaganda jus-

(1) Obra citada, pág. 297.

tificando la invasión de Bélgica; los fusilamientos de la población civil — los franco-tiradores — ; la traducción y glosa del manifiesto de los 93; la justificación del odio a Inglaterra; la glorificación, en suma, del triunfo alemán. Aparecen Wiegand, Steffen, Sven Hedin y los reporters de la *Heard Press*, como artífices modeladores del pensamiento de los neutrales, obedientes, claro está, a la consigna del barón Welzeck. La sección española trabaja siguiendo las huellas de la yanki, la holandesa y la escandinava; pero tendiendo ya a tomar un carácter peculiar. — Otra organización apareció después y tomó en seguida gran desarrollo como oficina de propaganda: el *Bureau Erzberger*, relacionado con el Centro Católico y con la *Germania*, pacifista, vaticanista. De allí salían las „Cartas católicas“ semanales, largos artículos ya en castellano para los periódicos católicos españoles; y otras mensuales en pliegos de 16 páginas en 4.º mayor. Los jesuitas de Baden sostenían el aspecto científico de la controversia con los católicos aliados Jerguensen, Baudrillart y el Comité Católico francés. Cuando Alemania ocupaba por todas partes territorio enemigo, la tesis del *Bureau Erzberger* era: pacifismo, internacionalismo, pontificado, paz. Allí llegaban listas de amigos y simpatizantes extranjeros. Se les enviaba hojas y modelos de cartas comprometiéndose a influir en la opinión neutral de su respectivo país. — Hay que contar también con la labor del *Diario de la Guerra*, al que se dió enorme difusión. Representaba toneladas de papel impreso, que ya en el año 14 caían sobre el mundo entero, presentando los hechos desde el punto de vista de la santificación de Alemania todopoderosa. Desde Suiza y desde Holanda esas hojas y folletos fueron primero a España aprovechando el correo francés. Sabido es que cuando ya las comunicaciones fueron imposibles se mandaba un ejemplar del *Heraldo de Hamburgo* a Venezuela y allí se reimprimía para repartirlo luego por toda América. Welzeck, inteligente, casado con una chilena, habla bien el español y fué desde el principio el lazo de comunicación con los españoles al servicio de Alemania. No tardó en quedar montado el sistema de radiogramas y partes de la guerra y en establecer el contacto de corresponsales españoles con el cuartel militar, previa carta del embajador.

### 3. LOS ALEMANES DE ESPAÑA.

No puede precisarse el número de alemanes residentes en España al empezar la guerra, ni es fácil dar cifras. Las oficiales son muy bajas y no pasan de doce mil. En cambio, cuando se habló de la fuerza con que contaban llegado el caso de un choque de la España neutralista contra la España intervencionista, se hizo ascender la cifra a más de ochenta mil. Lo cierto es que no tenían aquí una colonia comparable en importancia a la de los Estados Unidos. Tampoco habían intentado la penetración económica, mediante la influencia financiera y bancaria puesta en juego intensa, metódicamente, para dominar en Italia. La obra del *Banco Alemán Transatlántico*, por ejemplo, no puede compararse con la de la *Banca Commerciale Italiana* que había ido conquistando las industrias, el comercio y la navegación de Italia, absorbiendo el ahorro, hasta llegar a intervenir en las elecciones políticas y a tener órganos en la Prensa (1). La única conquista comenzada en el año 14 era la del mercado en algunos artículos que por su precio y por las condiciones de pago podían sustituir a los de fabricación inglesa. En los Estados Unidos, funcionarios especiales de la Embajada alemana y de los consulados tenían hechas antes de la guerra estadísticas de los alemanes que residían allí. Sus profesiones u oficios, su riqueza, rentas o salarios. Mucho más fácil era tenerla en España, y es de suponer que no ha faltado conocimiento del personal que para su obra de influencia podían utilizar. No es ocasión de decir cómo fracasó el plan alemán en Norteamérica, a pesar de los diez millones (2) de alemanes o hijos de alemanes y del talento y habilidad del enviado especial Bernhardt Dernburg. Mas nos interesa ver cómo y por qué triunfó en España, contando con

---

(1) La Banca Commerciale la fundó Crispi, que, sin sospecharlo, metió en Italia «el caballo de Troya». Véase Giovanni Preziosi: *La Germania alla conquista dell'Italia*. Lib. della Voce, Florencia, 1914.

(2) Los americanos sinceros declaran que el número de germano-americanos oscila entre 15 y 20 millones de los cien millones de habitantes que cuentan los Estados Unidos. De Chicago se dice que es la tercera ciudad de Alemania después de Berlín y Hamburgo. (Gabriel Alphand: *L'action allemande aux Etats-Unis*. Paris, L. Payot, 1916; pág. 5.)

menos elementos y siendo muy inferior a la del secretario de Estado de las Colonias la talla política del príncipe de Ratibor.

La ley Delbruck preveía la utilización de los súbditos alemanes en el país en que habitaban. Al estallar la guerra se presentaron a sus cónsules, y la mayoría se quedaron porque la consigna era ésta: — No tienen ustedes que moverse. Están a mis órdenes. — Frente a la desbandada de franceses e ingleses, que lo abandonaron todo al recibir la orden de movilización, los alemanes de España, con muy pocas excepciones, se quedaron aquí movilizados „sur place“. Se los ha visto durante todo el curso de la guerra, activos, solícitos, insinuantes, buscando la sonrisa de los españoles que simpatizaban con la causa alemana, y no sabemos si, en efecto, eran tantos como se dijo o si parecían más por la frecuencia con que se prodigaban en lugares públicos y en las relaciones sociales. Los buques alemanes y austriacos refugiados en puertos españoles — muy numerosos, como veremos, y estratégicamente situados para atender a todos los mares —, tuvieron más tarde su misión en la guerra submarina, pero ya desde el primer día representaron una organización alemana en cada puerto. Su carácter era casi oficial y poco menos que militar. Luego habían de venir los alemanes de Camarones y los de Portugal. Sumados a los austriacos que en número mucho menor residían en España, la colonia germana, bien dirigida, era bastante para ejercer un influjo muy extenso, ya que no para armarse de los fusiles que, según rumores, tenían escondidos y ayudar a un movimiento organizado contra „los que quisieran llevarnos a la guerra“.

#### 4. LA PROPAGANDA EN ESPAÑA.

Dejemos aparte la acción diplomática y política que el príncipe de Ratibor y el de Furstenberg ejercían sobre las clases más elevadas de la nación en Palacio, en el Gobierno, en la buena sociedad española. Esta era una misión imposible si no hubieran encontrado el terreno dispuesto. Dificilmente embajador alguno recogió nunca más sembrando menos. Dernburg y el conde Bernstoff, con una acción intensísima, vieron cómo fallaban todos sus fines de guerra. El 30 de Agosto, cuando bombardeó París el primer aeroplano, el presidente Wilson envió su protesta. El 23 de Septiembre, cuando los alemanes incendiaron la catedral de Reims; el 19 de Enero, cuando los zeppelines bombardearon

por primera vez Londres, Wilson, personalmente, protestó. No hay noticia de la protesta del rey de España. Lo que el presidente Wilson comunicaba a los representantes diplomáticos de los Estados Unidos fué una desaprobación formal. Neutralidad aparte, los actos inhumanos fueron señalados por una censura. Ni siquiera ese gesto pudo desagradar aquí al príncipe de Ratibor. Wilson no reconoció la anexión de Bélgica por Guillermo II y notificó a los cónsules americanos que rechazaran el *exequatur* que trataban de conferirles las autoridades militares alemanas. Con ningún acto, fuera de la expresión de un sentimiento pasivo o caritativo, ha demostrado la España oficial la desautorización del ataque a Bélgica. Tan respetuosa neutralidad podía ser espontánea, pero era un triunfo que aquí disfrutó el príncipe de Ratibor y que en América se le escapó a Dernburg. — Aparte — repetimos — de esta acción diplomática y política, comienza desde Agosto del 14 la propaganda y se intensifica luego cuando las órdenes enviadas desde Alemania prevén una guerra larga.

Comenzó por organizar la información de la guerra. Primero las conveniencias militares alemanas exigían incomunicación telegráfica con el exterior. Era la hora de los rumores catastróficos. — Revolución en París. Toma de Versalles. Información autorizada de la derrota y captura de Pau y el ejército de la Lorena. — Aparecen luego la agencia Wolff y la misteriosa estación de Barcelona, y se asegura luego la versión alemana oficial por la telegrafía sin hilos. Pronto viene algo más que la noticia. Viene la propaganda de los puntos de vista alemanes sobre la guerra: la defensa de la invasión de Bélgica; la culpabilidad de Inglaterra; el crimen servio; cómo Rusia movilizó primero. . . Cuestiones de hecho que precedieron a las cuestiones de principios y que vinieron servidas por hojas, folletos y libros del „Nachrichterdienst“, de Francfort, hasta que comenzaron a editarlas en España, y de los otros centros de propaganda ya citados. Esa primera época es la de las publicaciones alemanas en lengua española: *Germania*, la de Barcelona y de Madrid, — „*Por la patria y la Verdad*“, el folleto mensual del relojero Coppel; el *Heraldo Germánico*. . . En todas ellas presidía el espíritu del *Heraldo de Hamburgo*.

Pero pronto se vió que toda la propaganda directa expedida desde Alemania o impresa y repartida en España, era mucho menos eficaz que la indirecta, hecha por periodistas españoles en periódicos españoles, cultivando tendencias favorables de la opinión española. La que radicaba

en Berlín, en Francfort o en Hamburgo, forzosamente adolecía de desconocimiento del país. Así vimos, por ejemplo, en Barcelona, desaparecer la *Germania* al mismo tiempo que acentuaban su germanofilia *El Noticiero*, *La Tribuna* y *El Día Gráfico*. *La Gaceta Alemana* y *El Faro* que repartían gratis semanalmente, en los talleres, oficinas y barriadas obreras, no eran tan útiles como los diarios que servían su causa con la misma incondicionalidad, pero desde las filas de nuestra política militante. Un casino como el „Centro germánico“ de la Plaza Real, no podía servirles eficazmente, mientras que otras sociedades sin filiación alemana prestaban inmejorables servicios. En el año 14 una gran parte del periodismo italiano era tributario de la „Banca Commerciale“ y de las sociedades que dependían de ella. En España sólo podía advertirse la influencia de los Mannesmann en algún periódico madrileño que defendió sus intereses en Marruecos; pero no tardaron en comprender los alemanes que necesitaban la prensa; y en Madrid y en provincias procuraron atraérsela, logrando resultados que superaron a sus esperanzas, como podremos ver cuando registremos la actitud de los periódicos ante los torpedeamientos. Su apoyo principal estuvo en la prensa reaccionaria desde el primer día, pero contaron con auxiliares en todos los campos, hasta en el sindicalista. ¿Hicieron la opinión? Por lo menos la fomentaron. Y conviene advertir, para poner fin a estas líneas acerca del comienzo de la política y acción de los alemanes en España durante los primeros meses de guerra, que esta propaganda fué protegida desde el poder, que mientras sus instrumentos gozaban de perfecta libertad y usaban de ella procazmente, la escasa prensa que defendía a los aliados encontraba por todas partes frenos y obstáculos para contenerla; que la censura hizo patente esta parcialidad de los elementos directores, y que el Gobierno del señor Dato, como más tarde el del señor García Prieto, basó su política de neutralidad en la fuerza de esa opinión amenazadora, a sabiendas de que se sostenía con dinero alemán.

---

Est. 2

1821





## CUADERNOS DE ESTUDIO SOBRE ASUNTOS DE ACTUALIDAD

*En esta colección, la editorial "Europa" se propone publicar trabajos que ayuden a ilustrar la opinión española sobre temas de interés inmediato, políticos, sociales y culturales. Complemento de la obra periodística, este género de estudios permite acoplar datos y presentarlos reunidos a manera de informe alzado ante las clases directoras y ante el pueblo por hombres que comprenden la necesidad de ser útiles y de confiar para el progreso de España en el juicio que ella misma forme de sus problemas, después de conocerlos.*

### ESPAÑA DURANTE LA GUERRA por Luis Bello.

- I 1914. La neutralidad.
- II La guerra submarina.
- III Marruecos.
- LV La acción política.

### EDITORIAL "EUROPA"

Pedidos a  
Sociedad General Española de Librería  
Ferraz, 25

Precio: 2 pesetas.

CUADERNOS DE ESTUDIO

© 1975 A. G. U. S. P. A.

© LUIS BELLO